



BIBLE BELT

Una encarnizada lucha
entre el bien y el mal

MARIO ESCOBAR



Lectulandia

¿Qué harías para salvar a tu familia?

Betty Cox ha terminado su segundo año de universidad y la tensión con sus padres no deja de crecer. Los Cox son una de las familias conservadoras más influyentes de los Estados Unidos y el centro de todas las miradas de la alta sociedad de Houston, pero todo está a punto de cambiar.

Después de un sábado de fiesta con su novio Robert, Betty descubrirá que sus padres han desaparecido junto a sus dos hermanos pequeños. En ese momento emprenderá un viaje desesperado para encontrar a su familia antes de que sea demasiado tarde.

En una prisión de máxima seguridad en Escocia, una peligrosa asesina tiene la clave para salvar a la familia Cox. El agente de la Interpol Anthony Wise y la psiquiatra Grace Kung tendrán que utilizar todos los medios a su alcance para descubrir que oculta la asesina.

Betty, en su intento desesperado por rescatar a su familia, se está metiendo sin saberlo en la boca del lobo y tendrá que aprender a desconfiar de todos los que parecen estar a su lado.

Lectulandia

Mario Escobar

Bible belt

ePub r1.0

Titivillus 21.03.2017

Mario Escobar, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para que triunfe el mal solo es necesario que los buenos no hagan nada.

Edmund Burke (1729-1797). Político y escritor irlandés

¿Es usted un demonio? Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936). Escritor británico

Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche (1844-1900). Filósofo alemán

No intentes curar el mal por medio del mal.

Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.). Historiador y geógrafo griego

El mal existe, pero no sin el bien, como la sombra existe, pero no sin la luz.

Alfred de Musset (1810-1857). Poeta francés

AGRADECIMIENTOS

A las decenas de miles que han leído mis novelas de suspense y han disfrutado con ellas.

A la buena gente de Texas y su estrella solitaria.

A todos los que luchan para hacer de nuestro planeta un mundo mejor y no dan respuestas sencillas a problemas complejos.

NOTA DEL AUTOR

Algunos de los crímenes narrados se corresponden con otros que sucedieron de forma parecida, pero se ha cambiado el nombre de sus protagonistas y los lugares donde acontecieron.

PRÓLOGO

Houston, Texas

El alboroto de la sala apenas le permitía escuchar el eco de sus pensamientos. Le gustaba aquel lugar precisamente por eso: allí su cabeza se relajaba y simplemente se dejaba llevar por su cuerpo sensual y el sonido de la música. Era verano y el calor parecía intentar deshacer sus hermosas formas adolescentes. La chica, a pesar de haber cumplido los diecinueve años, continuaba pareciendo una cría. Aquel había sido su segundo curso en la universidad y la jovencita formal de Houston había dado paso a la insaciable Betty que se reflejaba en los espejos de aquella inmensa sala repleta de gente. Sus caderas eran estrechas, pero estaban ajustadas a unos viejos pantalones vaqueros. Una minúscula camisa anudada a la altura del sujetador mostraba su tripa plana y blanca, con el brillante rubí de su *piercing* en el ombligo. Tenía el pelo teñido de negro, disimulando el color rubio que le daba una cara de ángel de la que llevaba más de un año intentando escapar. En el brazo derecho, a la altura del hombro, tenía tatuado un musculoso ángel de la guarda. Sus ojos color miel estaban cercados por una gruesa línea de rímel y unas pestañas postizas que no lograba ocultar su cara infantil de pómulos salientes y labios rojizos.

La música paró apenas unas décimas de segundo, lo suficiente para que su cabeza le atormentase de nuevo. Las palabras le taladraban el cerebro. Ella se apretaba las sienes e intentaba apartar de sus pensamientos aquellas ideas, pero era imposible: *¿Qué haces aquí, Betty? Vete a casa.*

Ya estaba acostumbrada a aquella voz interior, pero aquella noche era distinto. Su intensidad parecía crecer a cada momento.

Desde de que había llegado al local a las dos de la madrugada unas imágenes rápidas pasaban delante de sus ojos, dejándole una sensación de angustia y una fuerte presión en el pecho que se le pasaba cuando tomaba alguna pastilla o fumaba algo más de hierba.

Al final no pudo resistirlo más. Se acercó al oído de su chico, Robert, y le dijo que se marchaba. Él puso cara de sorpresa, se encogió de hombros y después hizo un gesto de despedida. Betty sabía que un capullo como él no se molestaría en acompañarla a casa, aunque la de sus padres estuviera a un par de manzanas de la suya, en el exclusivo barrio residencial de River Oaks. La mansión de estilo sureño, con un inmenso porche de columnas con frontón, había pertenecido al abuelo, pero su padre Ezekiel no se había deshecho de ella a pesar de representar el lado más ostentoso y prepotente de la vieja nobleza.

Betty salió al callejón y sin ponerse el casco encendió su moto. Después de acelerarla al máximo salió como una exhalación a la calle principal. La amplia

avenida tenía el tono amarillento de las calles de Houston, que por la mañana se tornaba en un gris oscuro, de cielos casi siempre azules. Todo lo contrario a su universidad en Filadelfia, una excitante ciudad del norte en la que todo lo que soñabas podía convertirse en realidad. Ella llevaba varios meses intentando quitarse su estela de provinciana, aunque mientras permanecía en Houston continuaba vistiendo como una chica desenfadada de Texas.

Nunca se llegaba a tener frío en el caluroso verano de Texas, pero su cuerpo sudoroso se escalofrió de repente al percibir el aire que producía la velocidad de la motocicleta. Una nueva imagen le golpeó la retina. Era la cara de su dulce hermana Jennifer, una chica de doce años de pelo castaño claro e inmensos ojos verdes, con una especie de mordaza en la boca y la expresión de pánico más horrible que había visto nunca.

Algo marchaba mal en su casa, pensó mientras se aproximaba a la zona residencial. Su padre le había comentado hacía años que tenía una especie de don, que podía percibir la cercanía del mal, su suave pestilencia y a aquellos que le servían. Ella creía que se trataba simplemente de un sexto sentido o tal vez de una perspicacia especial heredada de su abuelo Fran, el pastor fundador de la iglesia más grande de Houston a la que llamaban «La Casa de Dios».

Apenas había circulación en las calles, a pesar de ser un sábado por la noche. La buena gente de Houston solía recogerse pronto: por algo aquella era una de las ciudades con menos delitos del país, aunque paradójicamente ostentaba el récord de asesinatos con arma de fuego. Betty pensaba que aquella aparente contradicción tenía que ver con el carácter violento y a la vez reprimido de los tejanos.

La moto atravesó varios semáforos en rojo sin frenar y se adentró en las calles opulentas de River Oaks, donde nunca sucedía nada. Las palmeras a ambos lados imitaban las calles de Los Ángeles, pero en cuanto entrabas en la zona residencial las mansiones sueñas devolvían al lugar su aspecto decadente, misterioso y señorial de las bellas ciudades del sur.

La joven enfiló la calle a toda velocidad, sacudiendo los centenarios tilos con el viento que levantaba su moto y robando el apacible silencio a los amplios jardines que rodeaban las mansiones. La casa de sus padres estaba en lo alto de una pequeña colina, protegida entre un bosquecillo de sicómoros. Subió la colina a toda velocidad y aparcó la moto junto al coche familiar de su madre; después corrió hasta el porche y abrió con cuidado la puerta blanca, rodeada por un gran arco de ventanales acristalados. No había luz en el gran recibidor, tampoco en la escalinata ni en la barandilla del primer piso, pero la casa parecía calmada y no veía nada que pareciera *a priori* anormal o sospechoso.

Betty, algo más tranquila, pasó por la cocina, tomó una garrafa de leche y bebió durante un rato para aplacar el calor sofocante que otra vez comenzaba a hacerle sudar. Después atravesó el salón y se dirigió al despacho de su padre, pero enseguida comprobó que no había nadie en la planta baja.

En cierto sentido era normal que todos estuvieran durmiendo. Los Cox siempre se acostaban antes de las once de la noche, sobre todo si al día siguiente había que ir a la iglesia, aunque en algunas ocasiones su padre podía irse a la cama pasada la una o las dos de la madrugada ensayando un sermón u orando por algún tema urgente de la congregación.

La joven subió la escalera de madera y se dirigió directamente a su habitación. Sabía que en ocasiones su mente le jugaba malas pasadas y sin duda aquella era una de esas veces. Además, aquella noche se le había ido un poco la mano con las pastillas. Pasó por delante de la puerta de su hermana Jennifer, paró al ver una pequeña rendija abierta y miró por unos instantes. Al principio la penumbra de la estancia le impidió apreciar nada, pero unos segundos más tarde vio con cierta claridad la cama desecha y vacía de su hermana pequeña. Le dio un vuelco el corazón y entró en la habitación. No había ni rastro de la niña. Corrió inquieta hasta la de William, su hermano, pero apenas se asomó al quicio de la puerta contempló la misma escena: la cama desecha y la habitación vacía.

El corazón le latía a mil por hora mientras se encaminaba al cuarto de sus padres. Aquella estancia siempre le recordaba los momentos felices de su niñez, cuando sus dos hermanos y ella se lanzaban sobre sus padres mientras dormían hasta tarde la mañana de los sábados. Solían hacer una pequeña guerra de almohadas y terminar todos rodando por el suelo de madera mientras su padre no dejaba de hacerles cosquillas.

La habitación principal también estaba desierta. Betty sabía que nada habría podido sacar a aquellas horas a sus padres de casa. Podía que William se hubiera puesto enfermo, pero su madre se habría quedado con Jennifer en casa. Entonces percibió aquel olor. Sabía de qué se trataba: era el persistente aroma del mal en estado puro. Comenzó a temblar. Se sentó en el pasillo con la cabeza baja y las piernas aferradas con las manos y se echó a llorar. No sabía qué hacer. Primero pensó que Dios se había llevado a todos y ella se había quedado allí sola para siempre, pero enseguida una idea más terrible comenzó a imponerse en su mente. Alguien había secuestrado a su familia.

PRIMERA PARTE

1

ESCOCIA

Aquel lugar estaba en el culo del mundo. La mitad del tiempo hacía un clima horroroso y la otra mitad era imposible salir a la calle. Los días eran muy cortos y la poca luz del sol se entretenía entre los nubarrones antes de iluminar las praderas siempre verdes de Escocia. Anthony Wise era de origen escocés, pero su familia llevaba más de dos generaciones viviendo en una ciudad al sur de Londres. Aquel lugar no era el paraíso, pero al menos se habían quitado el olor a oveja y el deseo perenne de vestir falditas a cuadros y convertirse en la primera provincia independiente y más pobre de Gran Bretaña. Los pensamientos de Anthony eran casi tan negros como los nubarrones que comenzaban a amenazar tormenta cuando llegó a la puerta principal de la cárcel de máxima seguridad de Perth.

Logró aparcar en la zona oficial y dirigirse a la oficina central del complejo. No era sencillo que dieran el permiso para una visita con Maryam Batool, una de las asesinas en serie más peligrosas del Reino Unido, pero la Interpol podía conseguir casi cualquier cosa.

Aquel caso era urgente, y aunque se encontraba en el límite de los delitos que su oficina podía investigar, las presiones del vicepresidente de los Estados Unidos habían obligado al secretario general de la organización a dar a aquel asunto la prioridad máxima.

El reverendo Ezekiel Cox, pastor de una de las mayores congregaciones de Houston y escritor superventas de la lista de los más vendidos del *New York Times*, llevaba desaparecido junto con el resto de su familia 72 horas y Estados Unidos entero estaba conmocionado.

Afortunadamente, las autorizaciones habían llegado a tiempo y los funcionarios ya tenían preparada la entrevista. Con un poco de suerte podría regresar a Edimburgo por la tarde y tomar el primer avión a Londres antes de las ocho de la noche.

Anthony atravesó seis puertas de seguridad mientras seguía al funcionario. Apenas prestó atención a toda aquella parafernalia carcelaria. Llevaba diez años trabajando entre la peor calaña de asesinos del mundo y lo único que le producía aquella gente era una mezcla de repugnancia e indiferencia. La mayoría debían haber vivido toda su vida en algún centro de seguridad psiquiátrico, pero las permisivas leyes inglesas permitían a miles de locos acampar a sus anchas por toda la isla.

Cuando por fin llegaron a la sala de interrogatorios el agente respiró aliviado. Después colocó el informe de la mujer sobre la mesa metálica y desgastada y comenzó a repiquetear con los dedos hasta que el sonido metálico de la puerta eléctrica que tenía enfrente anunció que la «psicópata» estaba entrando en la sala.

La primera sorpresa que se llevo Anthony al ver a Maryam fue que no aparentaba estar loca. Su aspecto aseado y su pelo rizado reluciente le hacían parecer más bien una modelo posando con uniforme verde para alguna marca de champú. No tenía cara de ida; tampoco parecía anestesiada por pastillas o enajenada en algún lugar turbio de su atormentada mente.

El funcionario ató a la mujer a la mesa. Dos esposas sujetaban sus muñecas y una cadena gruesa llegaba hasta sus pies, también encadenados.

—¿Maryam Batool? —preguntó Anthony para romper la tensión que siempre surgía en aquellos interrogatorios.

La mujer se limitó a mirarle fijamente a los ojos y fruncir lo que parecía una sonrisa.

—Estoy aquí para confirmar la correspondencia que ha mantenido con un tal Matthew Bonham en los últimos meses.

Maryam no hizo el menor gesto. Se limitó a observar el expediente abierto sobre la mesa para después mirarle de nuevo directamente a los ojos.

—¿Se carteaba con dicho joven de la Universidad Bautista de Houston?

—Señor...

—Wise.

—Señor Wise, no le negaré que salir de mi celda es siempre un placer. Lo único que he visto en los dos últimos años es un cuarto anodino y un patio minúsculo con rejas hasta en el techo, pero no entiendo por qué me ha traído aquí para preguntarme cosas que ya sabe —dijo la mujer en un inglés tan correcto que Anthony comenzó a sentir que aquel caso era muy distinto a los que estaba acostumbrado a investigar.

La mayoría de los fanáticos religiosos que tenía que perseguir eran una panda de descerebraos, pero aquella mujer no parecía ni fanática ni ignorante.

—Entonces, ¿reconoce haber estado escribiéndose con dicho joven?

—Cada día contesto una media de quince cartas. La gente siempre se siente fascinada por las personas que se han atrevido a hacer lo que el resto de la sociedad se limita a desear, pero no memorizo el nombre de todos ellos. La mayoría de mis admiradores están en los Estados Unidos; puede que ese sea uno de ellos —contestó Maryam en un tono de voz neutro.

—En sus cartas Matthew le comentaba que fantaseaba con la idea de hacer algún tipo de daño a un tal reverendo White y su familia. ¿Lo recuerda? —preguntó el agente comenzando a impacientarse. Su esperanza de estar por la tarde en Londres comenzaba desvanecerse.

—Puede que haya recibido alguna carta en ese tono...

Anthony sacó la copia de unas diez cartas y las colocó delante de sus ojos.

—Esta es su letra, ¿verdad?

—Sí, es mi letra.

—Creemos que el tal Matthew ha hecho realidad su sádico sueño, pero naturalmente no escribía con su verdadero nombre; tampoco puso los datos del pastor

que quería secuestrar. Registramos el apartado de correos en el que estaba inscrito el nombre falso, pero no nos ha llevado a ninguna pista. Usted es lo único que nos relaciona con él.

—Pues si han leído las cartas, yo ya no tengo más que añadir —dijo la mujer encogiéndose de hombros.

—La última carta del tal Matthew tiene fecha de hace dos meses, mucho antes de que se atentara con la vida del pastor. Sin embargo, creemos que esta otra carta franqueada en Liberty, Texas, es del mismo joven. Ahora le escribe como John Adams. Un especialista ha corroborado que la letra de ambas cartas es la misma —dijo Anthony poniendo ambos papeles enfrente de la mujer.

Maryam se recostó sobre el asiento. Sabía que aquello era simplemente un juego. Aquel apuesto agente de ojos verdes, pelo rojizo y mejillas pecosas estaba siguiendo el estúpido manual del policía. A ella únicamente le interesaba una cosa de todo aquel asunto: ganarse algunos privilegios para hacer más amena su estancia en aquel maldito sitio.

—Hablemos sin rodeos. Usted quiere regresar cuanto antes a su despacho en Londres y dejar atrás estas apestosas tierras de Escocia y yo que me saquen de ese agujero. Necesito una cinta para correr, una biblioteca y un ordenador.

—Veo que sabe lo que quiere.

—Cuando una pasa las veinticuatro horas del día en un agujero como este le aseguro que sabe exactamente lo que quiere.

—La entiendo...

—No, no me entiende. Cree que tener un traje caro y unos zapatos relucientes le hacen parecer sofisticado y cosmopolita, pero sigue siendo hijo y nieto de unos palurdos escoceses...

Maryam disfrutaba con aquel juego. Siempre había sabido retorcer las palabras para conseguir exactamente el efecto que quería. Había sido bien adiestrada desde su juventud y muy pocas personas lograban enfrentarse a ella y salir bien paradas.

—No pensaré que me impresiona con sus trucos, ¿verdad? Sé perfectamente quién es. Está claro que soy de Escocia, Wise es un apellido típico de aquí. El resto es simple deducción...

—También lo es conocer que se ha casado dos veces, que en la actualidad está divorciado, que adora a su hija pequeña Luci y la tiene todos los fines de semana en su casa de Croydon.

Anthony sintió un escalofrío en su espalda. No entendía cómo la reclusa podía saber todo aquello si vivía encerrada en una celda de aislamiento. Se encargaría él mismo de investigar el entorno hasta dar con la persona que le facilitaba aquella información.

Intentó mostrar serenidad. No era la primera vez que recibía una amenaza indirecta, pero nunca habían mencionada a su hija o la dirección de su casa. Decidió no prestar atención a aquellas palabras y actuar con naturalidad.

—Podrá conseguir todos esos privilegios, aunque su ordenador tendrá una conexión limitada a Internet —le comentó el agente.

—Perfecto. Tienen que darse prisa si quieren que el reverendo y su familia regresen a su casa vivos y con todas las partes de su cuerpo intactas. Matthew tiene algunas ideas algo extrañas sobre la alimentación y me temo que no resistirá mucho más sin probar a alguno de sus prisioneros —comentó Maryam con un brillo en la mirada. Aquello por primera vez mostró al agente la verdadera naturaleza de su alma, aunque fueran apenas unas décimas de segundo.

2

CASA VACÍA

Aquella inmensa mansión parecía aún más vacía y caduca sin el resto de su familia. Betty llevaba un año estudiando fuera de la ciudad, pero el saber que siempre tendría un lugar al que regresar le daba cierta sensación de seguridad. Era consciente de que sus padres no estaban de acuerdo con las decisiones que había tomado el último año, y tampoco con sus salidas nocturnas y las personas de las que se rodeaba. ¿Pero qué otra cosa podía hacer para soportar aquel tedioso y absurdo verano en Houston? A pesar de todo, intentaba convencerse a sí misma de que se trataba de su vida y que tenía que experimentar cosas nuevas antes de sentar la cabeza. Aun así, no podía evitar cierto sentido de culpa.

Antes de que su familia fuera secuestrada hubiera hecho cualquier cosa para perderles de vista una temporada; ahora sentía ataques de pánico, padecía insomnio y debajo de sus ojos color miel se había formada unas ojeras hinchadas de tono gris. Por si eso fuera poco, el imbécil de Robert no ayudaba, aunque ella sabía que no se podía pedir mucho más de alguien como él: un traficante de poca monta que terminaría entre rejas tarde o temprano.

La chica caminó con un vaso de zumo de naranja en la mano hasta el despacho de su padre. Se sentó en su silla y se hizo la misma pregunta que había rondado su cabeza todos aquellos días: *¿Dónde estáis? ¿Quién os ha hecho esto?*

Las iglesias siempre estaban repletas de chalados capaces de cometer alguna locura. Con toda seguridad eran los únicos sitio en el mundo donde se aceptaba a todo tipo de gente sin hacer muchas preguntas. Pero que alguien capaz de realizar algo así hubiera pasado completamente desapercibido no era normal, Tenía que tratarse de mucho más que un chiflado fanático.

La policía había seguido varias pistas desde la noche de la desaparición, pero ninguna de ellas les había conducido hasta su familia. Primero habían investigado a una banda de secuestradores de Dallas que en las últimas semanas habían sembrado el terror en el estado, pero la pista había sido falsa. Después, una serie de cartas anónimas que su padre había recibido en el correo electrónico, aunque no era algo muy anormal para alguien conocido en todo el país y con cientos de miles de seguidores. Por último, un testigo había confesado ver una furgoneta de color azul saliendo de la calle poco antes de la desaparición. Lo más inquietante era que la vecina había visto también esa misma furgoneta la mañana anterior.

Betty repasó los papeles de su padre y después se metió en su iMac. La pantalla se iluminó y por unos segundos observó la imagen de toda su familia un par de años antes, cuando la armonía y el amor reinaban en su casa. Notó un escalofrío, como si

los buenos recuerdos lograran traerle a la memoria otros desagradables.

Miró los archivos, el historial de navegación y por último los lápices USB que su padre tenía en un pequeño bote de metal decorado a mano que ella le había regalado el Día del Padre unos años antes. Cuando sacó el ultimo del bote vio una pequeña nota adhesiva pegada al enganche metálico. La miró por unos segundos y vio una anotación: #8213. Posiblemente la nota se había quedado pegada en el fondo de la lata, pasando desapercibida a la policía. No sabía qué significaban aquellos números. Entró en Twitter y escribió el *hashtag*. Al instante aparecieron algunos resultados variopintos: vuelos de avión, una tienda de golosinas y algunas fotos de parejas de vacaciones. Nada extraño, pero Betty insistió e introdujo en Google el mismo *hashtag* y apareció una página llamada Iconosquare, perteneciente a Instagram. En la pantalla aparecieron decenas de caras felices, parejas y familias posando ante el objetivo. Betty no entendía por qué salían las fotos de todas esas personas y qué podían significar. Se acordó de la imagen que su padre tenía en el ordenador; puso en la página web el apellido de la familia y dio al intro. Apareció la misma foto del monitor. Tenía unos 2055 me gusta y cien comentarios. Se fijó en todas las personas que habían apretado el «Me gusta»: la mayoría eran de Texas, aunque también había del resto del país y de otros tres continentes. Cuando llevaba unos cien se cansó y se dedicó a leer los comentarios. Reconoció a diez de las personas. Todos ellos miembros de la congregación, aunque era difícil descubrir si el resto lo eran, ya que la iglesia de su padre era una de las más grandes del país. De todos los comentarios hubo uno que le llamó especialmente la atención. Estaba fechado un mes antes, tenía una cara de payaso algo inquietante como icono del usuario y decía: «Únicamente las almas más puras sacian a los espíritus más exigentes».

Cuando terminó de leer la frase sintió de nuevo una fuerte opresión en el pecho. Tenía que llamar a Robert. Sabía que el secuestrador había escrito aquel mensaje y debía descubrir de quién se trataba.

3

NEGOCIAR CON EL DIABLO

Grace Kung le saludó y después le pidió amablemente que se sentara. Anthony Wise sujetó la corbata con la mano derecha, mientras que con la izquierda se levantaba ligeramente la chaqueta por detrás para que no se arrugase mucho. No soportaba la ropa arrugada y únicamente se había traído lo puesto para un viaje que él esperaba que fuera muy breve. Aquella misión iba a durar supuestamente unas horas, pero ahora debería permanecer en el norte de Escocia por tiempo ilimitado.

—Muchas gracias por recibirme, doctora Kung. Es viernes por la tarde y sé que usted no suele estar aquí a estas horas.

—No se preocupe, agente. El caso de Maryam Batool siempre lo he considerado prioritario. ¿Sabe que apenas un uno por ciento de las mujeres son consideradas asesinas en serie? Eso no quiere decir que no seamos tendentes a la psicopatía, pero sin duda no canalizamos ese narcisismo extremo a través del asesinato —dijo la psiquiatra. Su pelo largo y rizado, junto a una expresión inteligente de su mirada, la hacían muy atractiva.

—Pues parece que en este caso estamos enfrente de es uno por cierto. ¿No cree?

—Las cosas no son tan simples. La psiquiatría es una ciencia, pero a veces hay casos difíciles de resolver. Nunca hay dos enfermos iguales. Tampoco todos los psicópatas tienen el mismo patrón de comportamiento. Ya sabe que no podemos argüir una evidencia científica para afirmar quién es un psicópata y quién no lo es. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que todos ellos tienen un comportamiento antisocial, un carácter desinhibido y una empatía casi nula, acompañado todo esto de una falta casi total de remordimientos. Maryam no responde a todos los síntomas, por lo que a veces he pensado que el suyo es un caso típico de doble personalidad.

Las palabras de la psiquiatra le sorprendieron. Por lo que él había leído en el informe, la paciente parecía una psicópata de manual. Maryam había asesinado al menos a diez personas, incluidos niños, por lo que no parecía que su capacidad de empatía estuviera muy desarrollada. Además, nunca había demostrado el menor arrepentimiento por sus execrables crímenes. Y por lo que había comprobado en su primera entrevista, no parecía muy sociable.

—Bueno, siento discrepar con usted, pero estoy convencido de que su paciente sí es una psicópata. No soy psiquiatra como usted, pero he tratado decenas de casos como el suyo.

—Llevo más de un año estudiando a Maryam Batool y creo hablar con la suficiente experiencia. Su pasado traumático, el impacto emocional que le hizo perder la memoria y obsesionarse con los círculos, además de su comportamiento totalmente

diferente si está bajo un gran estrés o no, me han hecho llegar a esa conclusión. Pienso que hay algo más en su compleja personalidad que no hemos sabido descubrir hasta ahora.

—Ya sabe que todos los psicópatas no son iguales. Las películas y las novelas los sacan como personas insensibles y sin sentimientos. Muchos de ellos sienten emociones muy parecidas a las nuestras. Maryam es una narcisista maligna en un grado muy alto —concluyó Anthony.

—Sí, pero apenas responde a muchos de los patrones de la lista de psicopatía de Hare.

—¿No me dirá que Maryam no es manipuladora, mentirosa, superficial, sin remordimientos, impulsiva y promiscua?

—Sí, tiene todas esas características, agente Wise, pero no siempre... A veces parece otra persona —comentó la psiquiatra frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿lo que quiere decirme es que la paciente es bipolar?

—Creo que puede tratarse de algo más profundo e inexplicable —contestó la psiquiatra de forma enigmática.

—No la entiendo.

—Será mejor que lo vea por usted mismo —dijo la mujer. Después se giró y conectó el DVD de una televisión que tenía a las espaldas.

Al principio no salían imágenes, la pantalla estaba completamente en negro, pero más tarde aparecía la paciente en una sesión con la psiquiatra. Maryam aparentaba encontrarse muy tranquila delante de la cámara y respondía a las preguntas de la psiquiatra con total normalidad, intentando agradecerla y ser afable con ella. Este comportamiento duraba unos minutos. Después, poco a poco, cuando la doctora lograba producir en ella cierto grado de estrés, su personalidad iba transformándose hasta convertirse en una persona extremadamente violenta.

—No veo nada fuera de lo normal —dijo el agente con indiferencia.

—Espere un momento.

Maryam comenzó a manifestar tal estado de agresividad que empezó a tirar de sus esposas y a levantar la mesa anclada con tornillos. En ese momento entraron los funcionarios y lograron reducirla por medio de una descarga eléctrica.

—No sé lo que le pasaba, estaría furiosa. Maryam es una asesina en serie desordenada y responde a impulsos...

—Yo creo que es mucho más que eso. Tenía una fuerza descomunal y una expresión extraña en su cara —dijo la psiquiatra.

Anthony la miró con cierto escepticismo y decidió que ya era hora de centrar la conversación. Quería recibir la aprobación de la mujer para facilitar a la paciente todo lo que había pedido a cambio de su colaboración.

—Maryam puede tener las claves para atrapar a un psicópata norteamericano y liberar a una familia que lleva secuestrada más de tres días. La reclusa nos ha pedido como contraprestación por su ayuda algunas mejoras en su régimen disciplinario:

acceso a libros, una cinta para correr y un ordenador que se conecte a Internet. ¿Puede eso convertirla en una paciente más agresiva? Necesitamos su autorización antes de cerrar el trato y facilitarle sus peticiones.

—No creo que esas cosas empeoren su estado —respondió la mujer de manera mecánica, como si hubiera perdido todo el interés en la conversación al ver la respuesta del agente ante sus ideas.

El hombre extendió la autorización y Grace Kung la firmó sin leerla. Parecía realmente decaída, como si todo su empeño por demostrar que Maryam Batool no era la típica psicópata fuera la única manera de salvarse así misma de la impotencia que sentía hacia la paciente.

—Si es eso lo que quiere...

—Sí, por favor. No podemos perder más tiempo, cada minuto es importante. Las personas secuestradas suelen morir a manos de sus captores antes de la primera semana, y estamos demasiado cerca del límite. Necesitamos encontrar a ese peligroso secuestrador cuanto antes —dijo Wise muy serio—. Muchas gracias por su colaboración. Puede que haya contribuido a salvar a una familia inocente.

—¿Está seguro de lo que está haciendo? —preguntó la psiquiatra.

—Sí, es mi trabajo y lo realizo a diario. Llegamos a acuerdos para capturar a asesinos o terroristas que son un peligro para la sociedad.

—Pero puede que todo esto tenga algunas consecuencias —dijo la doctora.

—¿No ha dicho que esto no empeorará su estado mental?

—¿Quién está hablando de su mente? —contestó la psiquiatra.

—Ese tipo de cosas no me parecen trascendentes; únicamente me guío de lo que puedo ver con mis ojos y escuchar con mis oídos. Maryam Batool es una mujer mentalmente enferma. Simplemente le estamos dando algunas mejoras para hacer más llevadera su anodina vida en la cárcel.

—No, señor Wise. Lo que acaba de hacer es firmar un pacto con el Diablo. Creo que algo domina a Maryam y no le permite sacar su verdadera personalidad y ese algo no tiene una explicación científica.

—Demonios, fantasmas... que más da. Lo único que me importa es hacer bien mi trabajo y salvar vidas. Esa paciente nos llevará hasta la familia Cox y lograremos salvarlos a tiempo.

Las palabras de Grace parecieron salir de lo más profundo de su alma, como si hablara por experiencia, pero el agente no creía en aquellas supersticiones religiosas. Para él Maryam Batool era el producto de una sociedad despiadada y desnaturalizada. Su caso ya no tenía remedio, pero al menos contribuiría a capturar a un tipo tan violento como ella. Eso suponía regresar a su casa de Londres y olvidar todo aquel asunto para siempre.

TRES CABEZAS Y UN CEREBRO

Tres cabezas frente a un potente iMac y un único cerebro era la sensación que tuvo Betty cuando Robert se giró por décima vez y le preguntó por qué no fumaban un poco de marihuana. Su chico era incapaz de comprender que ella ya no era la misma. La desaparición de sus padres lo cambiaba todo. En aquel momento hacer cualquier cosa que no fuera encontrarlos suponía un desafío para su conciencia. En el fondo se sentía profundamente culpable. Sabía que no tenía ninguna razón para sentirse de aquella forma, pero eso daba igual. Desde niña sus padres le habían infundido un profundo sentido del deber, como si el mundo dependiera de ella. No era sencillo ser hija de dos celebridades que cenaban con el presidente de los Estados Unidos o daban reflexiones cristianas ante lo más selecto de los financieros de Wall Street. La habían criado para pertenecer a una élite de la que no se sentía parte.

—La foto pertenece al célebre asesino en serie John Wayne Gacy. Un hombre de negocios que en su tiempo libre hacía funciones benéficas de payaso, pero en realidad era un sádico asesino. Al parecer debajo de su casa tenía los cuerpos de veintinueve víctimas —dijo Philip al amigo informático de Robert.

—De acuerdo, ¿pero qué tiene ese que ver con tu familia? —preguntó su chico.

—Alguien comentó una foto de mi familia con esa misma cara. ¿No te parece extraño? —contestó Betty.

—Vuestra iglesia está repleta de chiflados —añadió Robert intentando hacerse el gracioso.

Betty se limitó a poner los ojos en blanco; después miró atentamente la imagen del asesino. Un tipo con bigote, la cara regordeta y pintada de payaso.

—¿Se puede rastrear el comentario? ¿Hay alguna manera de averiguar quién lo hizo? —preguntó la joven.

—Tengo un programa que aprovechando la información de las *cookies* puede averiguar la CPU del usuario, aunque puede que lo hiciera desde un teléfono, tal vez desde un ordenador público —comentó Philip.

El amigo de Robert parecía algo más centrado que él, lo que no era decir mucho. Al menos prestaba algo de interés por aquel asunto. El joven puso el programa en funcionamiento y su ordenador comenzó a rastrear el mensaje. Fue curioso para Betty observar cómo un simple comentario a veces seguía el itinerario más absurdo del mundo, pasando por la India, Sudáfrica, Francia y Rusia antes de llegar a un ordenador situado a unas manzanas de su casa.

—La CPU que utilizaron está situada en Looscan Library 2520 Willowick Road —dijo Philip.

—¿Es una biblioteca? —preguntó la chica.

—Sí, eso parece —contestó Philip.

—Sería mejor que pasáramos toda esta información a la policía. Nosotros solos no vamos a descubrir quién está detrás de los secuestros —dijo Robert algo agobiado. Llevaba mucho tiempo sin colocarse y su chica le agobiaba demasiado. Él no tenía la culpa de que Betty fuera hija de un charlatán al que le había secuestrado un loco.

—¿Tendrán claves de usuario? En la universidad los estudiantes necesitan sus claves de usuario para poder acceder a los ordenadores de la biblioteca —comentó Betty.

—Yo he estado muchas veces en ese sitio y no creo que haga falta ser socio para acceder a Internet, pero hay otra posibilidad. Tenemos la fecha y la hora. Tendré que examinar todos los ordenadores para descubrir cuál es y después intentar mirar el historial. Espero que nadie lo haya borrado; al menos podremos ver qué otras cosas hizo o miró antes de poner el comentario y cómo se abrió una cuenta en esa página —dijo Philip comenzando a emocionarse con la investigación.

Robert miró la hora en su teléfono y frunció el ceño. No quería pasar el resto de la tarde de aquel miércoles buscando absurdas pistas que no conducían ninguna parte.

—Yo no puedo ir. Tengo que...

—Eres un capullo —dijo Betty a punto de llorar, pero tragó saliva para frenar las lágrimas. Después tomó su mochila y se dirigió al pasillo de la casa.

—Espera —dijo Philip tras los pasos de la chica.

El novio de Betty se limitó a encogerse de hombros y seguirles. No le apetecía nada perder el tiempo, pero prefería no dejar sola a su chica con Philip. Aunque su amigo no era más que un friki de los ordenadores, Betty estaba demasiado desesperada y buscaría cualquier hombre con el que poder consolarse.

Philip les llevó a la biblioteca en su coche, un pequeño Toyota blanco muy viejo, pero con un potente motor de gasolina. El tipo de coche que a Robert le gustaría preparar y poner a punto si fuera suyo. Cuando aparcaron enfrente de la biblioteca, Betty tuvo la sensación de que se encontraban enfrente de una iglesia. Su aspecto exterior era impecable, con una torre rematada con un tejado triangular y un precioso reloj con números romanos. El recibidor estaba impecable, con plantas exóticas y mesas redondas para charlar un rato y muebles de madera oscura. La recepcionista se ajustó nerviosa las gafas al verles entrar. Betty y Robert no tenían aspecto de estudiantes; más bien parecían dos raperos recién fugados de algún correccional. Afortunadamente, Philip tenía la típica apariencia de un empollón con sus pantalones chinos grises, una camisa de rayas y la expresión de no haber roto un plato en su vida.

Caminaron hasta la sala de los ordenadores, situada justo al lado de unos psicodélicos sillones futuristas de color blanco. Un miércoles a esas horas, y en pleno verano, nadie ocupaba la media docena de ordenadores de la sala.

Philip se introdujo rápidamente en cada uno hasta descubrir cuál era el que había utilizado el sospechoso. Resultó ser el tercero de los situados en la fila de la derecha.

Tras hacer un examen rápido comprobó que el historial estaba intacto.

—¿Qué más miró? —preguntó Betty impaciente, sacando la cabeza por encima del hombro.

—Entró en el perfil para poner el comentario, después estuvo mirando...

El agente del FBI Maldonado Ramírez se colocó justo a sus espaldas y con los brazos en jarras les dijo:

—¿Se puede saber que están haciendo?

Robert se puso pálido y Philip comenzó a tartamudear, pero Betty se giró furiosa y contestó:

—Su trabajo, agente. Estamos haciendo su maldito trabajo.

5

LA CARTA

Escuchó el sonido de su móvil varias veces antes de que su cabeza comenzara a funcionar. Estaba profundamente dormido. Aquella noche había bebido más de la cuenta y ahora tenía una ligera resaca. No había mucho que hacer en aquella ciudad provinciana además de beber y olvidarse por algunas horas de uno mismo. De alguna forma era lo que Anthony estaba intentando hacer desde hacía años. Nadie le esperaba en casa y sin duda nadie volvería a esperarle jamás. Su esposa le había dejado el mismo día en el que ingresaba en la Interpol. El tercer aborto natural, la poca atención que le prestaba y su maldita adicción a evadirse de todo, ya fuera con la botella, el juego o el sexo, le habían convertido en un tipo detestable. Al menos le quedaba el consuelo de su hija pequeña.

Entró en el baño, se duchó con agua muy fría para sentir en su cuerpo lo que su alma parecía negarle y después se vistió lentamente mientras miraba el río desde la ventana del hotel. Aquel lugar representaba lo que había sido su familia durante generaciones: un humilde hogar de trabajadores que se ganaban el sueldo con el sudor de su frente. Él se creía mejor que ellos. Había logrado superar ese pasado de necesidades y frustraciones, pero no era verdad; no era mejor que su padre o su abuelo.

Aquel caso del secuestro de los Cox le parecía la misma basura de los últimos años. Gente enferma y desquiciada que cometía crímenes atroces para llamar la atención de un público cada vez más acostumbrado a la violencia y el sufrimiento. En cierto sentido cumplían un servicio social al alimentar los temores y fantasías de una sociedad anestesiada que buscaba en las desgracias el consuelo que ya no le producía la religión ni la ideología. Millones de pobres diablos se iban a la cama cada noche con la esperanza de que el mal no les alcanzara a ellos, pero sin saber que por dentro estaban tan muertos como los miles de emigrantes que cruzaban cada año el Mediterráneo en busca de un mundo mejor, los cristianos decapitados cada mes en Oriente Medio o los desgraciados que sufrían en Ucrania ante la indiferencia de la ONU y la opinión pública internacional.

Se quedó pensativo frente al espejo mientras se colocaba la corbata azul oscuro y la chaqueta. Le aterró ver reflejado el rostro asustado de su padre cuando se quedó sin trabajo y tuvo que vivir del paro durante dos años, con el miedo a caer en la más absoluta miseria. Él no viviría nunca atemorizado por un patrón dictatorial y una cuenta corriente en constantes números rojos.

En las grises calles de Perth la lluvia incesante parecía maldecir su origen escocés mientras su coche de alquiler se aproximaba una vez más a la prisión. Tenía que

reconocer que cada vez que veía a Maryam sentía una mezcla de temor ancestral y atracción. Sin duda ella parecía estar por encima de la mediocridad que lo impregnaba todo. Caminó los cien metros que separaba el aparcamiento al aire libre de la entrada del recinto y aspiró el aire frío y húmedo de la mañana. Al menos le tranquilizó sentir que sus pulmones todavía eran capaces de distinguir lo que su alma se negaba a reconocer, que estaba vivo.

Después del rutinario paso por todas las puertas de seguridad se encontró de nuevo sentado en la silla anclada al suelo frente a la mesa metálica. Maryam tardaba en venir y decidió ponerse en pie y mirar por la ventana de cristales blindados y barrotes que daba al río. Aquel primitivismo le repelía, pero no podía negar que tenía una belleza salvaje, como si en medio de los bosques que se extendían al norte el mundo fuera digno de ser vivido de verdad.

El sonido metálico de la puerta le hizo girarse. Maryam entró vestida con el uniforme penitenciario, demasiado ancho y deforme para resaltar su belleza, pero esta vez él tuvo la sensación de que la mujer se había esmerado más en arreglarse. La funcionaria ató las esposas a la mesa y la mujer se sentó cómodamente, como si se encontrara tomando un café con un viejo amigo.

—Creo que ya ha recibido todo lo que pidió —comentó Anthony.

—Sí, gracias. Al menos puedo hacer un poco de ejercicio y entretener mi mente con la lectura. Lamento que mi acceso a Internet esté limitado, pero el ordenador también ha sido un alivio. Antes era una verdadera fan de la tecnología, pero desde que estuve encerrada en el psiquiátrico, con mi mente totalmente apagada, el mundo de la tecnología ha sufrido toda una revolución. En cuanto puse los pies en el Caribe compré un teléfono de esos con Internet. Me encantan las redes sociales; es como si las moscas y las hormigas les explicaran a las arañas cuál es la mejor manera de cazarlas. ¿No cree?

Anthony se limitó a encogerse de hombros. Para él el mundo no era una especie de coto de caza en el que buscar víctimas; simplemente se comportaba como si se tratase del escenario de una tragedia shakesperiana.

—Tengo buenas noticias para usted. He recibido una carta de Matthew. Al parecer está impaciente por comenzar su obra con la familia del reverendo Ezekiel Cox, pero no quiere hacer nada sin capturar antes a la hija mayor, Betty. Al parecer la oveja negra se le escapó de las manos. Naturalmente todo esto he tenido que descifrarlo entre un montón de eufemismos y medias verdades.

—¿Tiene una carta? ¿Por qué no lo avisó a la dirección del centro? No debería haber abierto el sobre, tenemos que analizar las huellas y examinarla a fondo —dijo Anthony muy alterado. Por primera vez sentía que todo aquel asunto avanzaba hacia algún punto.

—No se ponga nervioso. He tomado mis medidas, he abierto la carta con guantes y no he borrado ninguna prueba. Para mí también es divertido ver como cazan a este aprendiz de asesino —comentó Maryam con una sonrisa.

La mujer extendió el sobre y lo puso sobre la mesa. El agente lo tomó después de ponerse unos guantes de látex y comenzó a leer.

Estimada Maryam:

Nunca pensé que fuera tan excitante tener en tus manos la vida de una persona, pero lo es más aún el controlar a una familia entera. En eso he aprendido mucho de ti. Cuando terminamos con la vida de un ser humano únicamente estamos destruyendo su alma, porque una buena parte de su esencia queda impregnada en los seres que le han amado. Pero al destruir a una familia completa nos convertimos en dioses, aniquilando a nuestro capricho toda la existencia humana.

El reverendo White se ha mostrado en todo momento colaborador. Aprecia tanto a sus hijos y a su esposa que sería capaz de hacer cualquier cosa por ellos. Cuando les pregunté a cuál de sus hijos preferían para ser sacrificado, como Dios hizo con Abraham, él pidió morir por ambos. Naturalmente, por ahora no deseo perder a ninguna de mis cobayas humanas, pero para calmar un poco mis instintos más primarios tomé la mano del pastor, la coloqué sobre la vieja madera que mi abuelo utilizaba para cortar la carne y con un pesado cuchillo de carnicero le arranque de un tajo el dedo índice. La sangre saltó hacia mi mandil de plástico blanco y después comenzó a encharcar la madera vieja y astillada. Mientras él se retorció de dolor yo sentía un placer infinito. Tras diez minutos observándole y ante el temor de que se desangrase, accedí a que su bella esposa Julie le curase. Fue una escena muy tierna; mientras ella le vendaba la herida sus hijos no paraban de gritar y llorar, como cochinos antes de ser sacrificados por el matarife.

Me gustaría que me contases cómo los sacrificarías tú, pero como no me fío del apartado de correos, quiero que me envíes la respuesta al foro de «Amigos de Jesús». En cuanto veas mi perfil sabrás quién soy.

*Un fuerte abrazo de tu discípulo amado,
Matthew*

El agente sintió como si aquella carta le removiera por dentro. Hasta aquel instante no había logrado imaginar por lo que estaba pasando la familia Cox. Podían no caerle bien los predicadores, pero su trabajo consistía en salvar a la gente decente y buena del mundo de la escoria de personas como Matthew.

—El ordenador que te han dejado es portátil, ¿verdad?

—Sí, un trasto algo viejo, pero parece funcionar bien.

—Mañana por la noche contactaremos con él. Estaré presente mientras le contestas. Te permitiremos acceder a Internet siempre bajo mi supervisión —dijo Anthony muy serio.

—Sí, señor —bromeó Maryam.

Él la miró sorprendido. En algunas ocasiones no parecía la psicópata asesina que había aterrorizado a Londres en la Navidad de hacía dos años. La reclusa con su instinto criminal había logrado masacrar a una familia casi por completo.

La puerta se abrió de nuevo y la funcionaria desató a la mujer. La presa caminó torpemente hasta la salida; las piernas y brazos atados le impedían moverse con normalidad. Antes de cruzar el umbral se dio la vuelta y sonrió al hombre. Él no pudo evitar responderle con una sonrisa.

Anthony llamó a la comisaría de policía de la ciudad, que en aquel caso colaboraba al servicio de la Interpol en todo lo necesario. Un agente en persona llevaría la carta, sellada en un sobre de máxima seguridad, al laboratorio de Scotland Yard en Londres para que la analizaran. Además de las huellas y posibles restos de ADN del sospechoso en aquel moderno laboratorio tenían los medios para encontrar polen de la zona, restos de humedad, la procedencia del papel, el sobre, la tinta, el matasellos y la oficina desde la que se había enviado. Dada la urgencia del caso, tendría toda esa información, como muy tarde, veinticuatro horas después de su llegada. Antes de cerrar el sobre y entregárselo al agente que había acudido a la cárcel para garantizar la cadena de custodia hizo una foto a la carta con su móvil y la envió al agente al cargo del caso en Houston; después se dirigió al despacho de la psiquiatra de Maryam. Ella podría ayudarle a trazar el perfil del secuestrador e intentar averiguar sus motivaciones y qué pretendía hacer con la familia Cox.

Mientras caminaba con calma hacia el despacho de Grace Kung su teléfono sonó de repente. Era su superior, Mike Green, un hijo de puta galés que se la tenía jurada. Apagó el sonido del teléfono y llamó a la puerta de la psiquiatra. Entonces sintió la vibración de su móvil, cuando miró a la pantalla contempló nervioso que el mensaje llegaba desde Houston. El tiempo se agotaba.

6

LA INSCRIPCIÓN EN LA PARED

Maldonado Ramírez escuchó el teléfono y observó que procedía de la Interpol en Gran Bretaña, pero prefirió continuar con la conversación. Aquella mocosa había logrado escapar de la vigilancia del FBI y no se limitaba a esperar compungida a que ellos hicieran su trabajo. Si continuaba con aquella actitud no dudaría en encerrarla en una celda del condado.

—Por favor, Mike, incauta el ordenador, es una prueba fundamental para nuestra investigación. En cuanto a ustedes tres —dijo el agente señalando con el índice a los jóvenes—, les prohíbo que continúen investigando. La muchacha regresará a la casa con escolta de la policía local.

Robert, Philip y Betty miraron desafiantes al agente y sin hacerle caso se dirigieron a la salida de la biblioteca pública. Antes de que llegaran a la puerta un agente negro de casi dos metros de altura se puso delante de la entrada, impidiéndoles el paso.

—Señorita, tiene que acompañarme a su casa.

Betty frunció los labios y se despidió de sus amigos con un simple gesto de la cara. Ellos intentaron seguirla, pero el agente puso su inmenso brazo tras la chica y los apartó bruscamente.

El viaje en el coche patrulla fue humillante. No era la primera vez que viajaba en un vehículo de la ley, pero se sentía furiosa de que la trataran como a una niña. Aquel maldito policía del FBI pensaba que tenía el derecho de retenerla para que no le pasara nada, pero ¿qué más le podía suceder? Estaba sola en el mundo. Alguien tenía que hacer algo para encontrar a su familia.

Mientras el coche aparcaba delante de la entrada de la casa el teléfono vibró en el bolsillo de su estrecho pantalón corto. Lo sacó al tiempo que abría la casa y desconectaba la alarma.

Se trataba de un mensaje de Philip. Al parecer, le había dado tiempo a memorizar algunos de los datos del perfil del presunto secuestrador. Se acercó al ordenador de su padre en el inmenso despacho solitario y buscó un restaurante cercano de comida mexicana y un medicamento especial para personas que sufrían fuertes dolores de cabeza. Los dos establecimientos se encontraban en un lugar llamado Coldspring, cerca del lago Livingston. No conocía el pueblo, pero había oído hablar de los bosques de los alrededores y del mismo lago. Mucha gente había construido casas de maderas por toda la zona. Su familia podía encontrarse en cualquier casucha perdida entre esos bosques y el lago. Tomó el teléfono de la mesa y envió un mensaje a sus dos amigos: «Mañana tenemos que hacer una excursión al lago Livingston. Llevad

todo lo necesario para estar un par de días. Mi familia puede encontrarse cerca».

Apretó el botón de enviar y comenzó a buscar por la casa dos cosas que creía imprescindibles para el viaje. La primera era la pistola automática de su padre. Él mismo le había enseñado a disparar cuando cumplió quince años. Ahora era el momento de poner en práctica lo aprendido. Si veía al maldito cabrón que se había llevado a sus padres no duraría en usar el arma. La segunda cosa era una gran linterna con brújula que se recargaba con la luz solar.

El cielo comenzó a oscurecerse y en ese momento fue consciente por primera vez de que se sentía hambrienta. Tomó un poco de zumo de naranja de la nevera y descongeló los restos de un puré de patatas que había hecho su madre el domingo anterior. Después de descongelarlo en el microondas lo saboreó como si se tratase del mejor manjar de la tierra. Puso la televisión para intentar aliviar su mente de profundo dolor que le producía la desaparición de su familia y se quedó profundamente dormida.

En ese momento alguna parte de su cerebro se activo, aquello que su padre llamaba discernimiento y ella creía que era simple instinto. Aunque aquella vez la experiencia fue mucho más potente que nunca.

Primero se vio a sí misma caminando por una especie de bosque hasta una cabaña cochambrosa de madera gris y desgastada. Entró por una especie de trampilla a un sótano con un intenso olor a humedad y madera podrida. Las paredes de ladrillo estaban empapadas y el suelo resbaladizo, pero no podía ver nada debido a la oscuridad. En ese momento se escurrió y sus manos se empaparon de un líquido viscoso y maloliente. Se llevó los dedos a la nariz y supo que se trataba de sangre. Tanteó las paredes hasta llegar a la escalera, estiró el brazo buscando algún tipo de luz y tiró de una fina cadena metálica. Una luz intensa se encendió de repente cegándola por completo; entonces observó una inscripción en la pared que decía: «MENE, TEQUEL, UFARSIN».

LA ÚLTIMA OVEJA DEL REBAÑO

Grace Kung miró la foto en la pantalla del ordenador y antes de responder a Anthony intentó recordar la primera vez que vio a Maryam Batool. El informe que el director del centro le había facilitado era demoledor. Detrás de aquella joven de pelo moreno y ojos verdes de aspecto frágil se escondía una de las asesinas en serie más mortíferas del Reino Unido. Su expediente como bróker de la bolsa era más que sobresaliente, pero no podía ocultar las terribles secuelas de una infancia en un orfanato y el internamiento en un centro psiquiátrico tras un extenso periodo de delirios y un trastorno obsesivo compulsivo severo. Ella creía que desde el principio la joven había sido mal diagnosticada, con mayores componentes de doble personalidad y catatonía periódica que psicopatía.

—¿Qué puede deducir de la carta? —preguntó impaciente Anthony intentando sacar de su mutismo a la psiquiatra.

—Perdón, estaba intentando ordenar mis ideas. Desde niña tengo esos momentos de ausencia; tal vez mi cerebro trabaje de una manera diferente al del resto de la gente —comentó algo ruborizada.

—En la carta se ve que el joven, si realmente es franco al describirse, tiene algún tipo de psicopatía. ¿No cree?

—Sin duda es muy difícil diagnosticar a alguien por lo que dice en una carta, pero al menos podemos intentar distinguir algunos posibles rasgos de su personalidad. En primer lugar, por su forma de escribir y el lenguaje que emplea, puede que en realidad se trate de un joven de poco más de veinte años, aunque también puede ser un individuo inmaduro que busca el reconocimiento en la paciente. Maryam no es una psicópata, al menos tal y como entendemos la psicopatía moderna, pero él sí cree que la paciente siente lo mismo que él al matar o torturar.

—Al menos Maryam si tiene en común con los psicópatas su poca empatía con sus víctimas, la falta de arrepentimiento y su frialdad —contestó él, molesto ante la insistencia de la psiquiatra.

—No estoy segura del todo, pero centrémonos en el autor de la carta. Al parecer tiene dos ideas compulsivas. La primera es acerca de la familia. Al parecer ha decidido no interactuar plenamente con la familia Cox hasta que tenga capturados a todos sus miembros. Posiblemente él nunca tuvo una familia y si la tuvo fue disfuncional. Estamos buscando a un huérfano o a un joven que tuvo problemas con la ley desde la adolescencia y se crió en centros estatales o correccionales. La segunda obsesión que observo parece tener un carácter religioso. Hace algunas referencias como la del sacrificio de Isaac por Abraham, lo que nos informa de que el joven podía ser del

entorno del pastor y su familia, posiblemente hasta miembro de su congregación o de la universidad cristiana de la ciudad; además, es posible que esté estudiando para convertirse en clérigo.

Anthony se quedó sorprendido por la capacidad de la psiquiatra. Sin duda todos aquellos indicios reducían considerablemente el número de sospechosos. A pesar de que el pastor Cox dirigía una de las iglesias más grande de todos los Estados Unidos, él calculó que el número de sospechosos no podía ser superior al medio centenar. La policía descartaría enseguida a los que no hubieran tenido problemas con la justicia o no fuesen huérfanos, reduciendo el número mucho más.

—¿Por qué piensa que ha secuestrado a esa familia en concreto? —preguntó el agente.

—Para él son el símbolo máximo del amor a Dios y desea ponerlos a prueba. Por alguna razón no termina de creer que los Cox sean tan perfectos como aparentan en público. Diríamos que desea probar su fe.

—Interesante.

—Por último, el hecho de que haya lesionado al padre y le haya pedido elegir entre sus hijos tiene un simbolismo especial. De alguna manera está reproduciendo algo que le sucedió a él. Matthew odia la figura paterna con todas sus fuerzas.

Anthony apuntó todos los detalles en su teléfono y mandó un mensaje al agente del FBI en Houston. Cuando dejó el despacho y se despidió de la psiquiatra, ella volvió a mirar la imagen de la carta en el monitor. Maryam le había hablado con anterioridad del muchacho norteamericano. Había reconocido que había jugado con él, aunque nunca pensó que intentaría llevar a cabo sus fantasías delirantes. Ella sabía que su paciente era incapaz de incitar a alguien a cometer aquellos crímenes; detrás de la supuesta psicópata se escondía una niña aterrorizada que había experimentado cómo todo su mundo se destruía a su alrededor. No negaba que la personalidad de su paciente fuera atrayente. A veces pensaba que estaba cayendo en la misma fatal admiración de su anterior psiquiatra, Salomón Lewin, aunque enseguida desechaba aquella idea. Ella estaba puesta en antecedentes y no debía bajar la guardia.

La mujer se puso en pie y se miró por unos instantes en el espejo. De alguna manera vio reflejados el cuerpo y el rostro de su paciente, como si su alma estuviera invadiendo lentamente su mente. Se tapó la cara con las manos e intentó apartar aquellas ideas de la cabeza. Ella también había sentido lo que era estar sola en el mundo, pero su abuela y la psiquiatría la habían salvado de enfermar. Ahora se dedicaba a salvar a otros y cada vez que se acercaba al abismo debía apartarse rápidamente de él para no caer en la nada cegadora de la locura.

8

UNA EXCURSIÓN

La mañana era más fresca de lo habitual para aquella época del año y su ropa ligera apenas pudo impedir que sintiera un escalofrío al salir por la puerta trasera de la casa. Saltó la valla que separaba su jardín del vecino y caminó por el césped húmedo hasta la calle principal. A unos cincuenta metros de distancia observó el coche patrulla que estaba delante de su casa y caminó con prisa hasta el fondo de la calle. Philip y Robert le esperaban allí con el coche. Los dos se habían animado a llevarla al lago y ella, por primera vez desde la desaparición de su familia, sentía que volvía a conectar con otro ser humano.

Cuando entró en la calidez del coche no pensó en que los sentimientos que se agolpaban en su mente y su corazón eran de orfandad. Durante el último año y medio había despreciado a sus padres, tal vez porque al verlos sentía que su vida estaba sin rumbo y apunto de arruinarse, pero aún más al recordarle cada día que había una manera de hacer las cosas diferente de la que la mayoría de la gente parecía pensar.

El coche se puso en marcha y durante los primeros kilómetros ella se limitó a apoyar la cabeza sobre Robert e intentar descansar un poco. En las últimas horas apenas había pegado ojo. Primero pensando qué podía significar aquellas tres palabras de su sueño, después intentando no recordar a sus pobres hermanos, aterrorizados en algún sótano oscuro de alguna granja abandonada. Cuando al final logró dormirse de nuevo, experimentó una sensación muy desagradable, como si el mal en su esencia absoluta estuviera rondando aquella noche por su casa. Aunque ella ya no creía en aquellas cosas supersticiosas, no pudo evitar hacer una breve oración para recuperar el control.

—El pueblo que está al lado del lago Livingston es Coldspring. Según datos del año 2000 tiene 691 habitantes, 263 casas, y 180 familias. Aunque no podemos descartar que tu familia estuviera en la propia ciudad de Livingston. Las dos están muy próximas y el tipo que usó el ordenador puede que compre en ambos municipios —dijo Philip sin apartar la vista de la carretera.

—Lo que no entiendo es por qué utilizaba una biblioteca en Houston, que está a noventa kilómetros de distancia —comentó Robert, mostrando por primera vez interés en lo que estaban haciendo.

—Puede deberse a dos razones —dijo Betty—. Por un lado, que el secuestrador quiera despistar a la policía, para que no localice su guarida o que la biblioteca esté cerca de otro lugar en el que está habitualmente, tal vez un trabajo o facultad de estudios.

—La biblioteca está muy cerca de tu casa, de la iglesia y de la Universidad Rice.

El secuestrador podía frecuentar la zona al ser miembro de la iglesia o estudiante en la universidad —comentó Philip.

La chica comenzó a sentirse mal. Le sudaban las manos y parecía faltarle la respiración. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Le horrorizaba pensar que aquel tipo hubiera estado cerca de la familia, acechándoles como un lobo a su presa.

—¿Te viene alguien a la mente? ¿Alguna persona sospechosa que estuviera cercana a tu familia? —preguntó Philip.

—Últimamente no pasaba mucho tiempo en casa. Las únicas personas que se me viene a la cabeza son dos chicos. Uno de ellos era de España, un joven que había venido a Houston para estudiar en el seminario, no recuerdo su nombre. Era un poco pesado, siempre estaba intentando darme conversación. Creo que le gustaba, pero no sé mucho más de él.

Robert frunció el ceño y miró directamente a la cara de la chica. No le gustaba descubrir de aquella manera que su novia había tonteado con otro chico. Recordaba perfectamente al español. Era un tipo espigado, de piel pálida y pelo castaño. No era muy guapo, pero parecía tener mucho éxito con las chicas, al menos con las que asistían a la iglesia. Él también había sido miembro de la iglesia «Casa de Dios», aunque en los últimos meses había apenas había asistido. Muchos le consideraban el responsable de pervertir a la hija del pastor.

—¿Quién era el otro? —preguntó Robert, malhumorado.

Ella se incorporó y le miró por unos instantes.

—¿No estarás celoso?

—No digas estupideces. Estamos buscando posibles sospechosos.

—El otro es un chico llamado Max. No sé su verdadero nombre; al parecer fue adoptado hace unos años por una familia de la congregación. En las últimas semanas hizo algunos trabajos en casa. Arreglar el jardín, limpiar la piscina. Al parecer hacía poco que había tenido una conversión muy espectacular. Durante años fue de centro a centro de acogida y había sido muy conflictivo.

—Yo creo que el segundo cumple más los rasgos del secuestrador —dijo Philip.

—Tendríamos que intentar enterarnos de si la familia tiene una casa en el lago Livingston y si Max está allí ahora —dijo Betty.

—¿Puedes conseguir el teléfono de sus padres? —preguntó Robert.

—Sí, era una de las familias más cercanas a la nuestra.

Betty miró en su teléfono hasta encontrar el contacto de Alice. Después le mandó un mensaje y durante un par de minutos estuvo en silencio, como si esperara una respuesta inmediata. Cuando dejaron Houston atrás la mente de la chica regresó al extraño sueño de la noche anterior. ¿Realmente podía darle alguna credibilidad a su estúpida intuición? ¿Qué pensarían los chicos si se lo contaba todo?

—Tengo que deciros algo. Pensaréis que estoy loca, pero esta noche tuve una especie de pesadilla. Estaba cerca de una granja de madera medio derruida en mitad del bosque. La casa tenía una especie de trampilla que conducía a un sótano. Me

introduje por ella y caí a un sótano oscuro cubierto por una especie de capa viscosa que después supe que era sangre. Cuando logré encender las luces pude ver una pintura en la pared que ponía: «MENE, TEQUEL, UFARSIN». ¿Os suena de algo? —dijo Betty, intentando disimular la vergüenza que le producía contarles su visión.

—Me parece que apenas has aprovechado todo el tiempo que has estado en la iglesia —dijo Philip—. Esa es la famosa escritura en la pared que descifró el profeta Daniel. Al parecer mientras Belsasar, corregente con su padre Nabodino, estaba en medio de una desenfrenada orgía vio como unos dedos arañaban la inscripción que has dicho en la pared. Dios le acusó de usar los utensilios sagrados del templo de Israel para emborracharse con sus prostitutas y amigos. Daniel interpretó el texto que significaba algo así como «Ha contado tu reino y le ha puesto fin. Has sido pesado en balanza y hallado falso de peso. Ha sido roto tu reino y dado a los medos y los persas». Al parecer aquella misma noche Darío invadió el imperio babilónico y lo destruyó.

—La verdad es que nunca había oído esa historia —dijo Betty.

—Yo tampoco, pero no veo la relación que puede tener con tu familia —dijo Robert.

—No soy teólogo, pero creo que significa que Dios ha juzgado a alguien y le ha hallado falso. Puede que se refiera a que desea castigar al que ha hecho todo esto o...

Philip se quedó en silencio antes de continuar la frase. No quería que Betty se ofendiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la chica, impaciente.

—También puede que tu padre haya hecho algo incorrecto, algo de lo que no ha dado cuentas y ahora tiene que pagar por ello.

EL CONTACTO

Le llamaron a media noche y aunque había dado aviso de que le contactarían en cuanto recibieran el mensaje de Matthew se despertó sobresaltado y acudió a la prisión inquieto. Cuando apagó los faros del coche de alquiler en el aparcamiento se frotó los ojos antes de salir. Llovía intensamente, como si el otoño comenzara a anunciarse sin avisar, recordando a todos que el frío únicamente había dejado una tregua a los agradables días de agosto. Tardó casi veinte minutos en traspasar todos los controles, a pesar de que por la noche la vigilancia parecía más relajada. Para su sorpresa, no le llevaron a la rutinaria sala de visitas, le introdujeron directamente en el módulo de Maryam y le llevaron hasta su celda. Allí se encontraban las dos mujeres. Él no esperaba ver a la psiquiatra, pero casi se alegró de que estuviera allí aquella noche. En cierto sentido le inquietaba estar a solas con la presa, sin ningún tipo de barreras ni controles.

—¿Por qué ha tardado tanto? —refunfuñó Maryam.

—Lo siento, pero tuve que vestirme, atravesar la ciudad y pasar todos los controles —comentó el agente, disculpándose.

—Hay novedades —dijo la psicóloga señalando el ordenador.

Él se puso al lado de las dos mujeres sentadas al borde de la mesa de una pequeña sala en el que la presa hacía deporte, veía la televisión y ahora tenía el ordenador. En la pantalla iluminada estaban el críptico mensaje del secuestrador. Algo que únicamente ella habría podido entender.

—Comenta que su obra está a punto de completarse. Al parecer creé que atraparé a la hija mayor muy pronto —dijo Maryam.

—Eso es imposible. La policía de Houston la custodia en su casa —dijo Anthony, incrédulo.

—Será mejor que se asegure de eso —dijo Grace.

El agente mandó un mensaje al responsable de la investigación en Estados Unidos. Un par de minutos después recibió la respuesta. La joven no estaba en la casa.

—¡Joder!

—¿Qué sucede? —preguntó la psiquiatra.

—No está en casa. Esa cría estúpida se ha escapado.

—Ya se lo comenté —dijo Maryam.

—¿Qué más dice?

Anthony leyó un viejo y conocido texto del libro de Éxodo:

Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales^[1].

—No entiendo qué relación tiene eso con los secuestrados —comentó el agente.

—Muy sencillo. Primero matará a la hija mayor —comentó Maryam.

—Pero no creo que haya logrado atraparla —contestó el agente.

—No tardará mucho en hacerlo. A partir de ahora nos mandará un mensaje cada uno o dos días; en él nos indicará el miembro de la familia al que matará.

—Eso es terrible —dijo la psiquiatra.

Los tres se quedaron callados unos minutos. Sabían que el tiempo se terminaba, como si los últimos granos de arena estuvieran a punto de caer en el reloj, poniendo en marcha la maquinaria bestial de aquel asesino.

—Yo soy la única que puede detenerle y dar con el paradero de la familia —comentó Maryam.

—Pregúntele cuál será su próximo paso. Necesitamos más pistas —dijo el agente pasándose la mano por la cabeza.

La presa tecleó un breve mensaje:

Los hijos de extraños se someterán a mí; al oír de mí, me obedecerán^[2].

—¿Qué le quiere decir con eso? —preguntó Grace.

—Le estoy recordando quién es aquí la figura de autoridad. De esta manera intento que él me muestre respeto y obedezca mis órdenes.

—Pero ¿cómo sabe que entenderá el mensaje? —dijo el agente.

La pantalla parpadeó y apareció un nuevo mensaje:

El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor^[3].

—Sí lo ha entendido —dijo Grace señalando la pantalla.

La ilusión les duró poco tiempo, ya que el secuestrador añadió una nueva frase:

Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido^[4].

—¡Maldita sea! Pone una condición —comentó Maryam.

—¿Qué condición? —preguntó el agente.

—Tiene que verme en persona. Debo ir a Estados Unidos.

—Eso es imposible. Es una presidiaria condenada a cadena perpetua. Nunca aprobarán que salga de esta cárcel y mucho menos del Reino Unido —dijo Anthony.

—Estoy de acuerdo, pero nada impediría que fuera con una psiquiatra de prisiones —comentó Grace.

—No la entiendo —dijo el agente.

—Es muy sencillo. Maryam se hará pasar por mí. Ella está recluida de forma aislada en una sección de máxima seguridad, únicamente la supervisan con las cámaras. Yo me haré pasar por ella y cuando regresen Maryam volverá a entrar.

—Eso es una locura. No sé cómo se atreve a proponerlo —comentó el agente.

—¿Prefiere que toda esa familia muera? —le preguntó Grace con el ceño fruncido.

Anthony le pidió a la psiquiatra que se levantase y le siguiera. Se apartaron unos metros de la paciente y comenzaron a discutir.

—Lo que propone es una locura. Su paciente es muy peligrosa y lo que podría pasar es que además de perder a la familia, también ella hiciera alguna locura o matara a alguien más.

—He comprobado en estos meses que Maryam Batool no es una psicópata —dijo la psiquiatra.

—¿Se ha vuelto loca? Maryam asesinó al menos a seis personas en Londres. Sin olvidar a los que mató en el Caribe —dijo Anthony.

—En Londres mató al psiquiatra que le tuvo encerrada injustamente y lo que sucedió en la casa de Salomón Lewin lo desconocemos. Allí había agentes y la propia familia del doctor Lewin. En el Caribe ella no perpetró ningún asesinato directamente...

—Hay pruebas de que...

—Maryam estaba sometida a un gran estrés —interrumpió la psiquiatra—. He descubierto que realmente tiene una especie de trastorno bipolar. Es cierto que una parte de ella es despiadada y fría, pero ahora la tiene controlada. Mantente en guardia, no la pierdas de vista, pero es la única forma de salvar a esa familia.

Todo aquello era una verdadera locura. Grace le estaba proponiendo que sacara a una reclusa peligrosa de la cárcel. Él no era muy estricto con el reglamento, pero otra cosa muy distinta era sacar a la asesina en serie más conocida del Reino Unido de la isla, viajar con ella a Texas y buscar a un secuestrador.

—Piénselo bien. Esa familia no tiene más opciones —dijo Grace.

—Necesito aclarar mis ideas. Todo esto me parece muy confuso.

—Tiene que ser esta noche. Si toman un avión de la Interpol llegarán por la mañana a Estados Unidos. Si todo sale bien estarán de regreso antes de cuarenta y ocho horas. Esta es mi documentación. Me he cortado el pelo como ella y he mandado que me graduasen unas gafas iguales, me pondré unas lentillas de colores para los ojos.

—No funcionará —comentó Anthony.

—He quedado con Maryam en que la agrediré para que me mantengan en aislamiento absoluto una semana. Nadie entrará aquí para examinarme ni evaluarme —dijo la psiquiatra.

Maryam permaneció sentada, mirando el monitor como si todo aquello no tuviera nada que ver con ella. El agente empezó a caminar por la sala intentando pensar con claridad, pero le resultaba casi imposible.

—Las cámaras verán que intercambian la ropa.

—No, llevo la de reclusa debajo del abrigo. Ella ya se ha puesto mi ropa, pero tiene el pantalón y chaqueta amarilla por encima.

—No puedo hacerlo.

—Tendrás que hacerlo —dijo la psiquiatra quitándose la ropa y arrancando la de Maryam. Después comenzó a agredirla y una alarma sonó en todo el recinto.

Anthony las separó, los agentes de seguridad entraron y llevaron a la psiquiatra a su celda. No se habían dado ni cuenta de que estaban deteniendo a Grace en lugar de Maryam.

Él intentó quejarse, pero los funcionarios le comentaron que no podía permanecer allí. Le llevaron hasta el despacho de Grace y les dejaron a solas.

—Es una locura. Tendré que avisar a la prisión de vuestras intenciones —comentó el agente.

—Grace escribió la carta en la que solicitaba que le acompañara a Estados Unidos para configurar el perfil del secuestrador. Únicamente tiene que solicitar un avión y saldremos de inmediato para Houston.

—Ya le he dicho que no es posible.

—He mandado un mensaje a Matthew. En el caso de que no nos veamos antes de 24 horas comenzará su macabro sacrificio. No puede echarse atrás —dijo Maryam.

Anthony vio el rostro apenas iluminado por la luz de la lámpara de mesa y supo que no podía echarse atrás. Tomó su teléfono y se comunicó directamente con su superior.

—Señor, necesitamos un avión que nos lleve de inmediato a los Estados Unidos. La psiquiatra Grace Kung tiene pruebas del lugar en el que podían encontrarse los rehenes, pero el secuestrador no lo indicará a nadie que no sea ella... Entiendo señor.

El agente apagó el teléfono y Maryam le observó inquieta.

—¿Qué ha dicho?

—En media hora tendremos un avión preparado en el aeropuerto. ¿Tiene toda la documentación de Grace?

—Sí, claro.

—Nuestro viaje será autorizado sin problema por los Estados Unidos, pero nunca se sabe lo que pueden pedirnos al llegar. Usted es una presa huida y yo su cómplice; los dos acabaremos entre rejas —comentó Anthony.

—Todavía no lo soy —dijo la mujer señalando a su alrededor.

Tenía razón. Aún permanecían en la cárcel y debían cruzar cuatro controles antes

de llegar a la calle.

—Será mejor que nos marchemos —respondió secamente el agente.

Los dos salieron del despacho y caminaron tranquilamente hasta la primera puerta. Los guardianes no se molestaron en salir; simplemente abrieron la reja cuando Maryam pasó su identificación por el escáner. Quince minutos más tarde se encontraban en el coche. La presa no disimulaba su alegría al verse por fin fuera de las cuatro paredes de su celda. Mientras tanto, Grace Kung descansaba en el camastro de Maryam. Nunca había pensado cómo sería estar al otro lado de las rejas. Temía el aislamiento, pero sobre todo el ser descubierta. Su paciente había pensado un plan casi perfecto; aunque a veces le asaltaban las dudas con respecto a Maryam, intentaba convencerse así misma de que con su desinteresada acción estaba salvando la vida de toda una familia o al menos eso era lo que ella creía.

SEGUNDA PARTE

10

LA CASA DEL LAGO

En cuanto comenzaron a recorrer la zona del lago comprendieron que era casi imposible dar con la casa. Betty tenía la imagen grabada en su mente de la fachada del edificio que había visto en sueños, pero aquello era absolutamente absurdo. No podían guiarse por una mera alucinación. Pero a pesar de todo, no dejaba de mirar por la sucia ventanilla trasera mientras notaba cómo la angustia la invadía poco a poco. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar su familia? Jennifer y William estaban acostumbrados al aire libre y a realizar todo tipo de deportes, pero ahora estaban encadenados en una casa cercana a aquel maldito lago, en unas condiciones terribles.

Se apartaron de la carretera principal y atravesaron un pequeño camino de asfalto desmenuzado y cubierto en parte por hojas. Philip aminoró la marcha y ella no pudo evitar sentir una especie de escalofrío, como si su indicador de maldad se hubiera activado de repente. El camino se convertía al poco tiempo en un sendero de tierra rodeado de maleza, zonas pantanosas y árboles retorcidos. Estaba atardeciendo y la luz del verano parecía apocarse debajo de la densa sombra. La chica se apartó del cristal y se acurrucó al lado de su novio. Philip les observó a través del retrovisor mientras fruncía el ceño.

—Será mejor que regresemos al camino principal. No tardará en anochecer y aquí seguro que nos perderemos —dijo Betty frotándose los brazos. Desde hacía unos minutos un frío intenso le recorría todo el cuerpo.

Philip hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero se limitó a continuar la marcha. El vehículo apenas avanzaba. Circulaba muy lentamente, mecido por el vaivén de los profundos baches y salpicado por el barro marrón y maloliente que parecía rodearlo todo.

—Dile a tu amigo que se dé la vuelta —suplicó la chica en un susurro a su novio, pero este pareció no escucharla y se limitó a mirar hacia delante, a algún punto inexistente en el infinito.

Estaban muy alejados del camino principal, pero si seguían el sendero regresarían de nuevo a la carretera en cinco o diez minutos. Ella pensó en saltar y correr en dirección contraria, pero se convenció así misma de que aquello era una locura. Los dos chicos se habían ofrecido a ayudarla, uno era su novio y el otro un chico que conocía desde niño. ¿Qué podía sucederle?

El coche atravesó un pequeño claro. A un lado había un viejo Ford oxidado y al otro los restos de un trillo mecánico junto a unas cajas de madera podrida. Sin duda se estaban acercando a algún tipo de granja.

—¿Se puede saber adónde demonios vamos? —preguntó Betty, impaciente.

—Vamos a la casa de Max. Cuando paramos a echar gasolina logré hablar con su madre. Efectivamente tienen una casa cerca del lago y Max lleva aquí desde... adivina. Sí, desde que desapareció tu familia —dijo Philip muy serio, como si le molestase la desconfianza de la chica.

—Este sitio parece bastante sórdido —dijo la chica sintiendo un escalofrío.

El coche frenó bruscamente cuando tras el sendero apreció una casa de madera grisácea, tan maltrecha e invadida por las enredaderas que parecía una extensión más del bosque. Los tres miraron inquietos a la cabaña y al final Philip se decidió a descender del coche y a andar por el barro hasta el porche principal. Parte del tejado estaba derruido y un viejo columpio de madera chirriaba en la entrada. Robert abrió la puerta y descendió por un lateral. Ella se quedó unos instantes más en el coche, como si quisiera cerciorarse de que no había nadie en los alrededores. Aquel lugar le ponía los pelos de punta. No conocía la historia de aquella casa, pero una atmósfera densa y malvada la envolvía por completo.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? —preguntó Robert, molesto.

Betty pisó con sus deportivas rosas el cieno que lo inundaba todo y no pudo evitar poner una expresión de repugnancia. Caminó por el barro con pasos cortos y pesados. Philip había subido los cuatro escalones del porche e intentaba observar algo por las ventas sucias, mientras que Robert esperaba al pie de la escalera.

—¿Esta es la casa de vacaciones de Max? —preguntó extrañada Betty.

—Debemos habernos perdido —dijo su novio.

Robert se giró y dio dos pasos hacia ella, pero en ese momento se escuchó un disparo. Parecía amortiguado por la espesa vegetación y el sonido de los pájaros que comenzaban a cantar al crepúsculo, pero ella pudo ver el impacto en los ojos sobresaltados de su novio y la sangre que manaba de su boca abierta.

Ella apenas tuvo tiempo de pensar en la sorpresiva muerte. Se quedó sin respiración y después dio un paso hacia Robert, que no había llegado a posar de nuevo el pie que había levantado para acercarse a ella. Simplemente se desplomó como un árbol recién cortado. Por unos instantes Betty dudó si levantar el cuerpo y cerciorarse de que estaba vivo, pero su instinto le impulsó a correr en dirección contraria, hacia el estrecho sendero que ahora que la luz comenzaba a sucumbir a las sombras apenas se dibujaba en el horizonte. Escuchó dos disparos más. Pensó brevemente en Philip, pero su mente se concentró en salir de aquel lugar y pedir ayuda.

Escuchaba el sonido de su propia respiración agitada; le dolían los oídos, seguramente por el impacto de la bala tan próximo y lloraba sin parar, lo que nublaba aún más la poca visión que producía la luz de la tarde. Tropezó con la raíz de un árbol y cayó de cara en el barro. Estuvo unos segundos quieta en el cieno, ahogándose en el pestilente olor a agua estancada y a putrefacción, pero al final se puso en pie y corrió con todas sus fuerzas. El barro le recorría las piernas, los brazos y humedecía su minúscula camiseta, pero ya no sentía frío.

Después de diez minutos corriendo escuchó un motor a su espalda, miró a un lado y al otro, pero la ciénaga se extendía por todas partes. No sabía qué podía encontrar en aquel apestoso lago, pero no estaba dispuesta a comprobarlo. Cuando vio su sombra reflejada por los faros del coche se lanzó a un lado. Sus piernas se hundieron hasta los tobillos y los zapatos se clavaron en el fango del fondo. Comenzó a moverse con dificultad. Escuchó cómo el vehículo se detenía a pocos metros y se agachó. El agua tibia la cubrió hasta la cintura. Sintió ganas de llorar, de pedir ayuda o simplemente meterse bajo aquella agua marrón, que con los últimos rayos de luz parecía negra. Entonces hizo una breve oración. En aquel momento le pareció que era la única manera de templar los nervios y pensar que alguien estaba a su lado. Entonces escuchó la voz. Sonaba viscosa y terrible. Se tapó los oídos, pero fue inútil. El sonido penetraba hasta lo más profundo de su mente.

—Betty, ven a reunirte con el resto de tu familia. Por fin regresa la hija pródiga, la oveja descarriada vuelve al rebaño. ¿No quieres verles? Todos están bien. Bueno, papá ha sufrido un accidente, nada importante. Es hora de que la familia Cox esté de nuevo reunida. ¿No te parece? Te estaba esperando, sabía que vendrías a buscarlos. Eres digna hija de tu padre. Sal del lodo. Creo que ya te has revolcado suficiente en él. La hija del reverendo más famoso de Estados Unidos no es mucho mejor que una fulana. ¿Verdad, Betty? ¿Quieres que papá sepa todos tus secretos?

11

HOUSTON

El rostro de Maldonado Rodríguez no podía ser más expresivo. Tenía el ceño fruncido, los labios apretados y las manos apoyadas en la cintura. Su jefe le había levantado en plena noche, lo que suponía despertar a las dos gemelas, cruzar el pasillo hasta la planta baja y discutir con su esposa, embarazada de ocho meses de su primer hijo varón. Además le había informado de que Anthony Wise, agente de la Interpol, y la psiquiatra Grace Kung aterrizarían en una hora en el Aeropuerto Internacional de Houston para ayudarle en el caso. Él no había pedido ayuda, y menos de un tipo estirado de la policía internacional y una psiquiatra de prisiones. Su jefe le había dicho que tenían información importante sobre Matthew, el presunto secuestrador y que la psiquiatra les ayudaría a dar con la casa en la que la familia estaba encerrada.

Desde que hacía cinco días le habían asignado el caso fue consciente de que estaba pisando arenas movedizas. Los crímenes en los que estaban envueltos personas importantes de la sociedad o celebridades siempre provocaban un gran eco mediático. Si además el personaje era un predicador y su familia, el morbo y el fanatismo amplificaban aún más el efecto en la prensa y las redes sociales.

En los últimos días había recibido llamadas del alcalde de la ciudad, que llevaba un tiempo teniendo problemas con los miembros más conservadores de la comunidad y que ahora debía enfrentarse al secuestro y posible asesinato del pastor más famoso de los Estados Unidos. Sin embargo, había comenzado a preocuparse cuando el día anterior le telefoneó el gobernador del estado. ¿Qué pensaba aquella gente? ¿Creían que capturar a un psicópata peligroso era como salir a cazar ciervos? Él llevaba cinco años en el FBI y había conseguido la tasa de detenciones más alta del cuerpo en la costa Este, pero aquel caso era diferente a todos los que había conocido hasta el momento.

Mientras una tormenta veraniega se desataba sobre el cielo de Houston, Maldonado comenzaba a sentir como el agua le calaba los huesos. Su mente estaba concentrada en aquel caso. En aquellos días apenas había averiguado nada del psicópata; tampoco tenía la menor pista sobre el posible paradero de la familia. Ni siquiera estaba completamente seguro de que estuvieran aún con vida. Normalmente, cuando en un secuestro no se producía la petición de un rescate las posibilidades que las víctimas aparecieran con vida se reducía casi a cero. Llevaban unas horas siguiendo la línea dictada desde Londres de que podía tratarse de un huérfano que asistiera a la iglesia de los Cox, pero todavía no habían terminado las pesquisas.

Matthew no era el típico joven desequilibrado que espontáneamente tomaba un

arma y masacraba a la mitad de su clase. Tampoco parecía un perturbado impulsivo que había tomado una familia al azar. Aquel tipo era un asesino en serie; parecía a veces un asesino en serie de carácter misionero, de aquellos que creían que estaban haciendo una especie de servicio a Dios al librar de «pecadores» al mundo, pero normalmente estos asesinos no retenían a sus víctimas durante tanto tiempo. Todo en aquel caso parecía fuera de lugar y no encajaba con los perfiles clásicos de los casos más conocidos de los últimos años.

Muy pocas veces un psicópata secuestraba a una familia entera y se la llevara a un lugar oculto. ¿Cómo había logrado reducir a un hombre de mediana edad, a su esposa y a dos niños? Sin duda había tenido ayuda, lo que complicaba aún más el caso. La mayoría de los psicópatas actuaban en solitario, aunque en contadas ocasiones contaban con la ayuda de otros individuos.

Él cada vez se inclinaba más a pensar que el móvil del secuestro podía ser religioso. Algunos fanáticos juzgando y condenando a un reverendo que para ellos no cumplía con los cánones religiosos que ellos defendían.

El avión privado aterrizó a cierta distancia y lentamente fue acercándose al hangar. Cuando el aparato apagó los motores dos personas descendieron de él apresuradamente. El hombre llevaba una gabardina azul ligera, una prenda totalmente absurda en Houston a finales de verano. Tenía el pelo muy rojo y la piel rosada, casi lechosa. La mujer era muy atractiva, con pelo moreno y rizado y grandes ojos claros.

—¿Es usted el agente Maldonado Rodríguez? —preguntó el hombre.

—Sí, llevo media hora esperándoles —se quejó el hombre.

—Lo lamento, pero han tardado en darnos permiso para aterrizar. El vuelo no estaba previsto y su gobierno siempre es reactivo a dejar pasar a personas sin identificar, aunque sea para hacer el trabajo que ustedes no son capaces de terminar —comentó Anthony, que se encontraba nervioso y cansado por el largo viaje.

—Nadie les ha pedido que vengan. Aquí tenemos todo bajo control.

—¿Todo bajo control? Llevan días sin avanzar en la investigación y encima ha desaparecido la única persona de la familia que se había librado de ser secuestrada, sin contar con que dos de sus amigos íntimos tampoco aparecen por ninguna parte.

Maldonado cruzó los brazos y respiró hondo antes de contestar a aquel británico arrogante que venía de gallito a su corral, pero la mujer se interpuso y con una amigable sonrisa comentó:

—Creo que lo más importante en este momento es la familia Cox; cada minuto que pasa es menos probable que los encontremos con vida. Por no hablar de los sufrimientos por los que pueden estar atravesando.

—Tiene razón. Por favor, síganme; será mejor que nos tomemos un café y les ponga al corriente del caso.

El agente del FBI estaba furioso, pero aquella mujer tenía razón: no podía permitir que sus sentimientos personales interfirieran en la investigación. No quería ni imaginar qué sucedería si se tratase de su propia familia. Maldonado guardaba un

secreto que se había resistido a compartir con nadie. Aquel secreto era una de las razones por la que apenas había avanzado en su investigación, pero ahora que ellos estaban en Houston las cosas cambiaban notablemente.

Eligieron una cafetería vacía a un par de minutos del aeropuerto. Aún era demasiado pronto para que los parroquianos habituales estuvieran desayunando o leyendo el periódico del día, por eso fueron los primeros clientes de la mañana. Se sentaron en una de las mesas del fondo y un par de minutos después se acercó hasta ellos una camarera sesentona, que un par de décadas antes debía haber dejado a todos deslumbrados por su belleza; ahora estaba demasiado escuálida y las arrugas desfiguraban sus perfectas facciones.

Los dos invitados se limitaron a pedir un té, mientras que Maldonado tomó un café. El café era una de las cosas que echaba de menos de su querida Colombia. El café en los Estados Unidos era aguado y siempre lo servían muy caliente, tal vez para disimular su insípido sabor. No dejaba de ser irónico que diez años antes hubiera dejado Cali con la intención de dar un futuro más tranquilo a su esposa para que ambos pudieran criar a sus hijos, sin mirar a cada instante a sus espaldas, para que ahora se encontrara en una situación tan complicada. Intentó disimular la angustia que le producía todo aquello y poner en antecedentes a sus dos nuevos colaboradores.

—Imagino que ya saben que la familia Cox pertenece a una de las sagas más conocidas de los Estados Unidos. Ezekiel Cox es el hijo de uno de los pastores más famosos del siglo pasado. Daniel Cox fue un predicador itinerante en los años cincuenta y fundó en los sesenta la iglesia carismática más grande de los Estados Unidos. A finales de los años noventa cedió el testigo a su único hijo varón, Ezekiel. Desde entonces él y su esposa han dirigido la iglesia aumentando aún más el número de feligreses. Pero su notoriedad actual parte de sus famosos libros, el programa de televisión en el que participa y de ser uno de los consejeros espirituales del presidente de los Estados Unidos.

—Cuanto mejor es la presa, más difícil es encontrar al cazador —comentó Anthony.

—Efectivamente. Los medios han estado encima de nosotros y hemos recibido miles de llamadas con pistas falsas. Muchos cristianos consideraban a Cox un apóstata, demasiado complaciente con el ecumenismo y poco dado a condenar los nuevos tiempos. Ya me entienden. Además, en los últimos años fue muy crítico con el mundo financiero y los culpables de la crisis financiera —dijo el agente de FBI, pero la realidad era que los dos británicos le entendían a duras penas.

En Europa no se comprendían muchas cosas sobre Estados Unidos. Desde hacía más de dos décadas la secularización del Reino Unido había apartado a la religión de casi todas las instituciones y la vida pública del país. Era cierto que la monarquía parecía ser el último bastión del anglicanismo, pero en Estados Unidos las cosas eran muy distintas. Dos grupos muy diferenciados llevaban en pugna durante mucho tiempo. Una América que temía que las cosas cambiaran tanto que los principios en

los que había sido fundado el país desaparecieran, y otra América que veía en todo lo que no fuera modernidad un freno para el futuro. Houston y el Medio Oeste parecían uno de esos lugares en los que la guerra abierta entre conservadores y liberales se encontraba en su punto álgido. El reverendo Cox era de los que pensaba que se podían reconciliar en algunos casos ambas posturas, por eso muchos cristianos no le perdonaban su relación con un presidente extremadamente liberal para ellos.

—La familia Cox tuvo una crisis grave hace un par de años. Acusaron al reverendo de tener una relación con una feligresa y aunque no se pudo demostrar nada, para muchos fue suficiente para intentar aislar al pastor y echar toda la basura posible sobre la familia. Julie Cox estuvo todo el rato al lado de su esposo; los hijos soportaron la situación lo mejor que pudieron, pero Betty, la mayor, comenzó a dar problemas. Ha sido detenida un par de veces por consumo de marihuana y la relación con sus padres era muy mala, por eso no estaba en la casa la noche del secuestro. El reverendo terminó por confesar la relación y un hijo de la misma, pero fue antes de que se casara con su esposa.

—Por favor, cuéntenos cómo se desarrollaron los hechos —dijo la mujer, a la que no le importaban mucho todos aquellos asuntos.

—Bueno, creo que el señor Wise recibió mi informe ayer. Se lo envié a su teléfono. Al parecer el sábado 20 de agosto la familia Cox desapareció sin dejar rastro de su domicilio en Houston. La última vez que los vieron fue a las seis de la tarde. Al parecer una amiga de Jennifer, una de las hijas de los Cox, fue la última persona en verlos. Cuando Betty llegó a la casa a la dos y media de la madrugada la familia había desaparecido. No encontramos apenas signos de violencia. No faltaba dinero u objetos de valor en la casa; no había notas o cualquier tipo de aviso sobre el secuestro. Tampoco se han producido intentos de comunicación verdaderos de los secuestradores. A los pocos días, rastreando correos electrónicos y posibles cartas sospechosas a psicópatas conocidos, descubrimos que desde nuestro estado había salido una carta dirigida a Maryam Batool, una de las asesinas más conocidas de los últimos años. Esa parece ser la única pista fiable, pero cuando hemos intentado localizar a la persona que envió la carta no hemos conseguido averiguar mucho. Al parecer el apartado de correos que utilizaba estaba abierto con documentación falsa —terminó de explicar el agente del FBI.

Todos se quedaron en silencio tomando sus bebidas, como si intentaran digerir lo más rápidamente la información. Maldonado aprovechó para saborear su desayuno. Comenzó con los huevos revueltos y después continuó con la salchicha. Maryam sintió que comenzaba a revolverse. Durante mucho tiempo había sido vegetariana y el simple olor de la carne le repugnaba. Por eso le costaba reconocer que ella había cometido todos los crímenes que le atribuían en Londres y el Caribe.

—¿No hay ninguna pista nueva? ¿Le sirvieron para algo los dos mensajes que le envié del secuestrador? —preguntó Anthony.

—La verdad es que eso confirma la teoría de que se trata de un psicópata

misionero, alguien que se creó elegido por Dios para destruir el mal de la tierra. Aunque cada vez me inclino más a pensar que no ha cometido el secuestro una única persona.

—¿Creé que se trata de un grupo de psicópatas? —preguntó Anthony. Lo cierto era que aquella idea ni se le había pasado por la cabeza antes.

—No es la primera vez que se producen estos casos —comentó Maldonado—. A lo largo de la historia se han dado varios de estos grupos de psicópatas. Parejas que actúan en común, ya sea de hombre y mujer o dos mujeres, pero también hay casos de familias psicópatas, ya sean varios hermanos o incluso padres e hijos.

—Sé perfectamente que existen ese tipo de grupos, pero se dan muy raramente —contestó Anthony.

—Pero si a eso une las frases que me mandó, tenemos a un grupo de psicópatas misionales y organizados. Estoy estudiando si se han producido algunos asesinatos o secuestros parecidos. No he encontrado ninguno, pero he visto tres casos de supuestos suicidios de reverendos en los últimos años muy sospechosos. Pienso que podrían estar relacionados con este caso.

—¿Cree realmente que puede haber alguna conexión? —preguntó la mujer.

—Tenemos que barajar todas las hipótesis. El primer caso es el del pastor bautista Edy Jackson, que se lanzó desde lo alto del edificio de su iglesia en Orlando, Florida. Su esposa no había percibido ningún tipo de depresión o anomalía. El pastor estaba en la línea más social y reivindicativa de su denominación y había denunciado la pobreza a la que estaba sumiendo la economía a las clases más desfavorecidas. El segundo era el reverendo Tod Sullivan, un pastor de apenas cuarenta años que había predicado aquella misma mañana y que apareció con un tiro en la boca de su propia escopeta en el garaje de su casa. Por último, el más conocido, el del predicador e hijo del consejero del presidente Abraham Caster.

—En eso coincide con el reverendo Cox, él también es un consejero espiritual del presidente —comentó la mujer.

Anthony tuvo que reconocer que el agente del FBI había hecho bien su trabajo. Nunca habría pensado en un grupo organizado de psicópatas. Lo cierto era que no se trataba de nada habitual, pero algunos de los indicios apuntaban en esa dirección. El otro asunto, el de los pastores que habían muerto en las últimas semanas en extrañas circunstancias, le parecían meras coincidencias. No pensaba que algún tipo de psicópatas misionales estuvieran acampando a sus anchas sin control. Desde los atentados del 11 de septiembre el gobierno de los Estados Unidos se tomaba muy en serio su seguridad interna y había conseguido evitar casi todos los ataques extremistas que habían intentado perpetrarse en el país.

—¿Saben algo de Betty Cox? —preguntó la mujer.

—Por desgracia logramos rastrear su móvil hasta las inmediaciones del lago Livingston, pero desde hace un par de horas el teléfono está desconectado. Al parecer se acercó a la zona con dos amigos de la infancia y los tres han desaparecido —dijo el

agente.

—¿Por qué estaban en ese lago? —preguntó Anthony.

—Creemos que encontraron alguna prueba que les hizo pensar que la familia de Betty estaba por la zona. Hemos enviado a una docena de unidades para rastrear el lago, pero tiene varios pueblos alrededor y tardaremos días en tantear todo el terreno. Además, parte de las tierras son pantanosas y de muy difícil acceso.

Los ojos de Maryam se iluminaron como los de un perro de presa que sabe que su premio se encuentra cerca. Un sitio como el lago Livingston parecía el lugar ideal para esconderse. En cuanto tuviera un ordenador cerca intentaría ponerse en contacto con Matthew; estaba deseosa de conocerle personalmente.

12

LOS PANTANOS

Escuchaba el sonido de su respiración en los oídos mientras el corazón le latía a mil por hora. Aquel tipo se había callado, pero aún sus palabras retumbaban en su mente. Sabía que había escuchado esa voz en alguna parte, pero era incapaz de recordar dónde. Intentó concentrarse y pensar, pero temblaba de frío, totalmente empapada y con la sensación de que en cualquier momento ese maldito loco aparecería y le rebanaría el pescuezo.

Tras diez minutos paralizada decidió ponerse de nuevo en marcha. Escuchó el burbujear del lodo y el agua e intentó orientarse. Ya era casi completamente de noche, llovía ligeramente y el viento parecía algo más fresco que en las últimas semanas. Pensó en las lecciones que le habían enseñado de supervivencia y orientación en las Misioneritas, un grupo parecido a los Boy Scouts, pero fue inútil. Comenzó a caminar pesadamente hacia lo que ella creía que era el norte, con la intención de llegar de nuevo a la carretera principal, pero apenas había avanzado unos metros cuando cambió de opinión. Su familia se encontraba en peligro, seguramente encerrada en el sótano húmedo y sucio de aquella casucha desecha. No podía abandonarles a su suerte. En el caso de que lograra escapar y buscar ayuda, su familia estaría muerta antes de que la policía diera con el lugar. Intentó armarse de valor y regresar a la casa. Caminaba muy lentamente. El barro de la ciénaga le cubría las piernas casi hasta las rodillas; en algunos tramos el agua le llegaba a la cintura. Sabía que debía regresar al sendero, al menos allí avanzaría más deprisa, aunque se encontrara más expuesta.

Unos minutos más tarde chocó con lo que parecía un gran escalón. Era el camino por el que había ido con el coche. Se aferró al suelo de gravilla y tiró del resto del cuerpo, sus piernas salieron con dificultad del lodo y se arañó los brazos.

Intentó quitarse en parte el barro de las piernas y las zapatillas antes de continuar hacia la casa. Cuando de nuevo se puso en pie se sintió liviana y comenzó a correr. Llevaba años saliendo todos los días a entrenar, y aunque en los últimos meses se había descuidado un poco todavía tenía la resistencia y la rapidez que la habían convertido en unas de las mejores atletas de su instituto. El aire comenzó a acariciarle la cara y por unos instantes, a medida que su corazón bombeaba sangre al resto del cuerpo, experimentó la agradable sensación de libertad.

Mientras se acercaba a la casa su mente comenzó a bloquearse al recordar lo que había ocurrido con Robert. Era consciente de que nunca sería el amor de su vida, pero su novio era una de las pocas personas que sabía todo lo que sentía y pasaba por su cabeza. Aún le costaba asimilar que lo había perdido para siempre. Aquel no era el mejor momento para dejarse llevar por las emociones. Su familia estaba en peligro y

ella era la única que podía ayudarles a escapar.

Al fondo del camino percibió una luz muy tenue, una especie de estrella caída del firmamento en medio de la ciénaga. Se puso a un lado del sendero y se acercó con más cautela. De nuevo se le aceleró el pulso y le comenzó a faltar el aire. Cuando tras los últimos árboles apreció de nuevo la casa, un escalofrío le recorrió la espalda. Aquel lugar parecía una tumba, una especie de gran ataúd de madera tosca y podrida.

Se situó justo al comienzo del pequeño claro. Divisó dos vehículos; uno era el de Philip, pero el otro, una gran furgoneta Ford de color negro, debía ser de los secuestradores. Por alguna razón ya no pensaba que se tratase de algún tipo fanatizado, estaba casi convencida de que era un grupo.

Se acercó en cuclillas hasta el primer coche y muy lentamente asomó la cabeza por encima del capó. En aquel fantasmagórico lugar no parecía haber vida. Únicamente la bombilla amarillenta del porche medio derrumbado desafiaba en parte a la oscuridad y la ligera niebla que comenzaba a cubrirlo todo. Pensó que tal vez le ayudaría a ocultarse mejor y llegar a la casa sin que la viesan. Hizo un pequeño rodeo y se dirigió a lo que en otra época había sido el jardín trasero. Un gran cobertizo se encontraba medio oculto por las ramas de los árboles. Se dirigió hacia él con la idea de buscar algún tipo de herramienta o cuchillo que le sirviera para defenderse.

El portalón de madera estaba algo torcido. Tiró despacio de él para intentar hacer el menor ruido posible, pero no pudo evitar que se escuchara un chirrido. Se giró, pero no vio a nadie detrás de los mugrientos y oscuros cristales de la casa. Entró en el cobertizo. Notó primero un fuerte hedor a carne podrida y polvo. El ambiente parecía cargado y la penumbra era casi total. Siempre había tenido miedo a la oscuridad, pero intentó concentrarse en su objetivo y con pasos cortos se aproximó a lo que parecía una larga mesa de carpintero. Tanteó las paredes repletas de clavos y alcayatas que en otra época debieron tener herramientas colgadas, pero no encontró nada. Pasó los dedos por la mesa hasta que chocaron con un mango de madera, lo tomó y al levantarlo supo que se trataba de una maza muy pesada. La dejó un momento sobre la mesa y abrió los cajones, le costaba mucho meter la mano y tantear dentro, temía que en cualquier momento sus dedos tocasen algún ratón muerto o cucarachas, pero únicamente palpó trapos sucios, clavos y tornillos. En el segundo cajón realizó la misma operación, pero esta vez tuvo más suerte al encontrar una pequeña caja de cartón; eran cerillas.

Le costó encender la primera, el fósforo estaba algo húmedo, pero al final un chispazo prendió la primera y la estancia se iluminó un poco. Betty pudo percibir que era mucho más grande de lo que se había imaginado. En la parte central había una especie de gran mesa, como si el anterior inquilino hubiera trabajado de médico o veterinario. También observó una pequeña lámpara de petróleo, la tomó de la repisa y la encendió. Cuando la luz fue creciendo, los ojos de Betty tuvieron que adaptarse unos segundos. Después caminó hasta la gran mesa y observó algo grande y viscoso que había sobre ella. Se trataba de un dedo humano, no era muy grande, parecía un

dedo índice, de uñas largas y sucias. Por unos instantes la recordó al de su padre, pero intentó desechar esa idea de su cabeza.

Se giró para recoger la maza. Antes de salir al jardín apagaría la lámpara para que no la localizasen, aunque dentro de la casa le podía ser útil. Apenas se había vuelto cuando una sombra se aproximó hasta ella. Betty dio un respingo al percibir que algo se movía en la oscuridad, miró hacia la maza y calculó cuánto tardaría en cogerla. La figura caminó hacia la luz y la chica se lanzó hacia la larga mesa de carpintero, pero una de las tablas sueltas del suelo del cobertizo le hizo tropezar y perdiendo el equilibrio se cayó al suelo. La lámpara rebotó de su mano y se derrumbó a su lado. Betty vio unos pantalones vaqueros viejos que se paraban justo a su altura y no supo si cerrar los ojos e intentar imaginar que todo aquello era una pesadilla o comenzar a correr en dirección contraria.

—Betty, ¿te encuentras bien? Pensé que te habían atrapado, pero veo que has logrado escapar.

La joven levantó la vista y vio el rostro de Philip. Tenía la cara sucia y la ropa llena de barro. Se alegró tanto de verlo con vida que se puso de pie de un salto y le abrazó. Ya no estaba sola, pensó al apoyarse sobre el pecho del chico y notar algo de calor después de que sus ropas húmedas y frías le estuvieran helando hasta los huesos.

—Tranquila, ya estás a salvo —dijo Philip acariciando el pelo rubio sucio y enmarañado.

—¿Robert está muerto? —preguntó la chica, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Sí, pero creo que sé donde esconden a tu familia —dijo el joven.

Aquellas palabras le levantaron el ánimo y se dirigió a la mesa para tomar la maza con sus dos manos.

—Creo que no necesitarás eso —dijo Philip. Después sacó una pequeña pistola negra y quitó el seguro. Era la pistola que Betty se había dejado descuidadamente en el coche unas horas antes.

Betty sonrió al chico, tomó la lámpara de petróleo y tras apagarla salieron al jardín. En aquel momento la niebla lo envolvía todo y la casa parecía un viejo cascarrón a la deriva en medio de un mar de nubes.

13

SOSPECHAS

Los tres viajaban en silencio. El agente Maldonado aferraba el volante con ambas manos mientras se dirigían a la casa de los Cox. En su mente seguían apareciendo una y otra vez los mensajes de amenaza recibidos. No estaba seguro de si era mejor simplemente alejar a los dos británicos de las pistas principales o limitarse a inventar algunas falsas. Otra opción era contarles todo y pedir a su esposa que tomara el primer avión para Colombia. Un par de meses con su familia y alejada de todo aquello le vendrían muy bien y él podría trabajar sin el temor a que le pudieran hacer algún tipo de daño. Ahora estaba casi seguro de que las muertes de los otros pastores podían estar relacionadas, aunque le faltaba encontrar el nexo en común. No podía quitar de su mente a la familia Cox. Dejarlos morir era poco menos que ser cómplices de su asesinato. Al menos los mensajes le habían servido para convencerse de que estaban detrás de algo mayor que un psicópata con ansias de notoriedad.

Anthony no apartaba los ojos de la ventanilla mientras atravesaban Houston. Se había imaginado Texas seca y desierta, pero la ciudad estaba muy arbolada y, a pesar del bochorno, no era para nada el lugar inhóspito repleto de *cowboys* que se había imaginado. Gracias a su trabajo en la Interpol había recorrido media Europa y algunos países de Asia y África, pero era su primer viaje a los Estados Unidos. Por alguna extraña razón, siempre había tenido una visión de los norteamericanos muy estereotipada, seguramente parecida a la que tenían la mayoría de los británicos de clase media. Para ellos los norteamericanos eran demasiado infantiles y optimistas, aunque odiaba aún más la arrogancia de los agentes del FBI, que se consideraban los más eficientes de los cuerpos de investigación especiales, a pesar de que el agente Maldonado no parecía un mal tipo. Lo que realmente le preocupaba era que se descubriese que había sacado a una reclusa de la cárcel y la había llevado hasta otro país.

—Necesito un ordenador para contactar con Matthew. Estoy segura de que nos facilitará su situación —comentó la mujer.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? ¿Piensa que se entregará sin más? —preguntó el agente del FBI frunciendo el ceño.

—No, simplemente él creé que soy otra persona. Me estoy haciendo pasar por Maryam Batool y Matthew está deseando enseñarle a su mentora el trabajo que ha hecho —contestó la mujer.

Maldonado no estaba tan seguro. Él sabía que aquel tipo no era un psicópata en busca de reconocimiento, por eso le extrañaba que se intentase ponerse en contacto con ellos.

—Le pido que sea lo más discreto posible. Nadie más puede saber que el secuestrador piensa que soy Maryam, no queremos que llegue a enterarse de alguna manera y perdamos la oportunidad de dar con la familia Cox.

El teléfono del agente del FBI sonó y este decidió echarse a un lado de la calle para no interrumpir el tráfico. Se trataba de la oficina central.

—Hemos localizado la última señal del teléfono móvil de Betty. Al parecer mandó un par de mensajes en una zona cercana al lago Livingston, en el pueblo de Onalaska.

—Muchas gracias —dijo colgando el teléfono.

Hubo un largo silencio. El agente comenzó a avanzar por la calle hasta la biblioteca municipal. Habían preparado las grabaciones de los últimos meses para averiguar qué personas se habían sentado en el ordenador del que habían salido el mensaje amenazador a la familia Cox.

—¿No piensa decirnos qué le han comunicado? —preguntó Anthony malhumorado de nuevo.

—Sí, pero antes haremos una parada en la biblioteca. Desde aquí el secuestrador mandaba sus mensajes y he pedido un lápiz USB con las grabaciones de la cámara de seguridad. Además, la psiquiatra podrá escribir a Matthew y preguntarle dónde tiene secuestrada a la familia, aunque dudo mucho que eso sirva para algo.

—Si logramos identificar a la persona que mandó los mensajes, podremos localizar fácilmente el lugar en el que están los Cox —dijo Maryam.

Aparcaron enfrente de la biblioteca y mientras el agente se dirigía al despacho de la directora, Anthony y la mujer entraron en la sala de lectura y buscaron los ordenadores. Maryam sintió una especie de presencia electrizante al saber que Matthew había estado allí antes.

Mientras Anthony se marchó al baño, la mente de la mujer comenzó a recordar. Era algo que no le gustaba hacer. Prefería pensar en cada día sin mirar atrás. Sin duda nunca había sido feliz. Sola en el mundo y al mismo tiempo rodeada de extraños que querían aprovecharse de ella, ya fuera de su cuerpo o de su inteligencia, siempre había desconfiado de todo el mundo, creando una especie de barrera de protección. Apenas recordaba nada del tiempo de internamiento en el psiquiátrico, tampoco de lo que había pasado en los últimos años de su trabajo como bróker de la bolsa; pero sí sabía que había pasado los mejores años de su vida escribiendo y dibujando círculos, sin saber bien de qué se trataba. Salomón Lewin la había ayudado y su imprudencia le había costado la vida. Tal vez era mejor que nadie se acercase a ella. En ocasiones pensaba que era mucho mejor terminar con su vida, que nadie la echaría de menos y evitaría causar más dolor.

De alguna manera inexplicable escogió el mismo ordenador que había utilizado el joven. Se sentó frente a la pantalla y buscó el chat.

—¿Todavía no has empezado? —se quejó Anthony.

—Estaba... —dijo la mujer sin terminar la frase.

Buscaron el chat y miraron la cuenta de Matthew. No había nada nuevo. Ella

intentó escribirle algo, pero no hubo respuesta.

Apenas había comenzado a mandar mensajes cuando el agente del FBI regresó nervioso, sudando y jugueteando con algo en su bolsillo.

—¿Ha visto de quién se trataba? —preguntó Anthony.

—No, llevaba una capucha todo el tiempo, únicamente parecía un chico joven, aunque eso ya lo sabíamos.

El agente sacó la mano del bolsillo y comenzó a jugar con su anillo de boda. No podía contarles lo que había visto. Justo cuando salía del despacho de la directora había recibido un nuevo mensaje del secuestrador con una foto de su mujer embarazada y las gemelas jugando en el salón de su casa. En el texto le advertía que si no se deshacía del agente Anthony Wise no volvería a ver a su familia nunca más. Tenía doce horas para eliminar al británico y despistar a la psicóloga.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer.

El hombre afirmó con la cabeza y se inclinó hacia el monitor del ordenador. Justo en ese instante llegó la primera contestación del secuestrador:

«No me puedo creer que haya logrado llegar hasta aquí. He pensado muchas veces en enseñarle mi obra, pero verla es como un sueño hecho realidad. Los Cox no son las primeras personas con las que experimento, lo he hecho antes, pero considero que esta es mi obra maestra. Espero completar mi misión con la captura de Betty. Ella misma se está aproximando a mí, sin duda es una chica lista».

«¿Dónde te encuentras? Quiero reunirme contigo lo antes posible. Espero que me dejes a algunos de tus trofeos para que juegue con ellos», contestó la mujer.

«Yo también estoy impaciente, pero antes debo completar el trabajo. Dentro de un par de horas amanecerá; espero verte en Iglesia Bautista Central a la una del mediodía».

Matthew cerró el chat y los tres permanecieron unos instantes observando el monitor. No les quedaba mucho tiempo para trazar un plan. Maldonado no podía dejar que la psiquiatra descubriera la guarida del secuestrador, Anthony no se fiaba de las verdaderas intenciones de Maryam y ella, a medida que se acercaba el encuentro con el joven psicópata, tenía más dudas sobre sí misma y cómo reaccionaría al verle.

—Será mejor que nos pongamos en marcha; estamos a más de una hora del lago —dijo el agente del FBI.

—¿No va informar a su oficina y pedir refuerzos? —preguntó Anthony extrañado.

—No. Si el secuestrador nos ve aparecer con un ejército de policías se escapará y perderemos la pista de los Cox para siempre —contestó el agente del FBI.

—Además, ya ha empezado a dañar a la primera víctima. Hasta que no llegue yo no tocará a otro, pero después su instinto le llevará a masacrar a toda la familia —dijo la mujer.

—Parece que está a punto de capturar a Betty. Su guarida está cerca del lago, posiblemente junto al sitio en el que se detectó por última vez su teléfono, lo que

reduce mucho el radio de acción a inspeccionar —comentó Anthony.

—Le aseguro que si le perdemos, la próxima vez que encontremos a los Cox será para enterrarlos a todos —dijo el agente poniéndose en marcha.

Maryam aprovechó que se giraba para sacarle el lápiz USB del bolsillo y guardarlo disimuladamente en su pequeña mochila. Cuando atravesaron la puerta principal, los tres levantaron la vista para observar el cielo de color azul oscuro. Parecía que se aproximaba una fuerte tormenta.

—No me diga que va a llover. Dejamos la jodida Escocia lluviosa y venimos a este desierto para que nos caiga un chaparrón encima —dijo la mujer señalando a los nubarrones grises.

—En el vehículo tengo varios chubasqueros y botas de agua. No es época de tornados y es demasiado pronto para las tormentas tropicales, pero nunca se sabe con lo que te puedes encontrar en mitad de un bosque —dijo Maldonado.

Mientras el coche se dirigía a la carretera principal, Maryam palpó dentro de su bolsillo el lápiz USB. Estaba casi segura de que el agente del FBI les estaba ocultado algo y estaba dispuesta a averiguarlo antes de que se encontraran con Matthew.

14

LA FAMILIA

El aislamiento no parecía afectarle. Grace Kung era una mujer solitaria; apenas tenía amigos y sus padres llevaban cinco años viviendo en Nueva Zelanda, aunque realmente no estaba muy unida a ellos. Desde los cinco años había vivido con su abuela. Sus progenitores siempre se habían comportado como dos *hippies* a los que la paternidad les parecía algo ajeno a sus vidas. La joven psiquiatra nunca había sido especialmente sociable, por eso había decidido estudiar psiquiatría. Tenía la sensación de que le faltaba algo, tal vez las agallas para enfrentarse a la vida o simplemente le sobraba timidez, producida por el desprecio de sus padres. Su relación con los hombres no había sido mucho mejor; algunas veces había llegado a pensar que era lesbiana, pero nunca había tenido ningún tipo de pareja masculina ni femenina. No podía negar que se sentía atraída por Maryam, aunque ella consideraba que no era una atracción sexual; más bien le sorprendía su coraje y seguridad. Algo de lo que ella carecía por completo.

Las primera dieciocho horas encerrada en la cárcel habían sido relativamente tranquilas. Nadie se había dado cuenta del engaño. El plan había sido preparado de manera precipitada pero concienzuda. Grace había procurado ir cambiando su aspecto desde que Maryam le propuso el hacerse pasar por ella para resolver el caso de la familia Cox y, a pesar de que al principio había tenido muchas dudas, después había estado convencida de que era la única solución. Convencer a Anthony había resultado bastante fácil.

Maryam podía ser una mujer muy persuasiva, no solo por su gran inteligencia, sino porque conocía perfectamente las debilidades del ser humano. De alguna manera había detectado su soledad y se había convertido en algo parecido a una amiga. Nunca le había pasado nada parecido con una paciente. Sin duda Maryam Batool era una mujer excepcional.

Grace escuchó una voz por la megafonía de la celda y se puso inmediatamente en guardia.

«Reclusa Maryam Batool, el doctor Frank Gordon pasará en unos momentos para examinarla».

La mujer notó cómo el corazón se le aceleraba. Si su supervisor iba a visitarla no tardaría en darse cuenta del engaño. Grace se dirigió a la puerta principal y al momento se abrió una pequeña compuerta para que pusiera las manos y el funcionario le colocara las esposas. Apoyó las muñecas sobre el metal frío, escuchó cómo se abrían las esposas, pero antes de que el hombre las hubiera cerrado le aferró los brazos con fuerza y tiró de él. Después le colocó las esposas y los brazos del

funcionario entraron por completo en el recinto. Ella cerró la compuerta con todas sus fuerzas y el hombre aulló de dolor. Grace continuó abriendo y cerrando la exclusiva hasta que le rompió los dos brazos y las manos colgaron sobre el metal. Después el hombre se derrumbó en el suelo y perdió el conocimiento.

Sonaron todas las alarmas y se escucharon las carreras de los guardianes por el pasillo. Llevaban el uniforme antidisturbios sobre su uniforme gris. Parecían jugadores de Fútbol Americano a punto de vestir. La mujer se alejó de la puerta; dos de los funcionarios se llevaron a su compañero en una camilla y otros dos entraron en la sección de aislamiento. Ella se pegó instintivamente a la pared, pero cuando los guardianes se dirigieron hacia ella con una inyección se lanzó sobre ellos y comenzó a arañarles y morderles como una fiera. Antes de que logran reducirla los dos hombres estaban magullados y furiosos.

—¡Maldita zorra! ¡Tendrían que matarte como a un perro rabioso! —gritó uno de los guardianes al notar el arañazo profundo en el cuello.

El otro logró doblarle el brazo y le pegó la cara al suelo mientras ponía su rodilla en mitad de la columna. Ella le mordió en la pierna, pero el guardián reaccionó dándole un fuerte revés en la cara. Después le inyectó el potente narcótico y Grace comenzó a verlo todo borroso. Su furia se disipó y después todo fue oscuridad.

* * *

Las manos de Betty temblaban mientras sostenía el farolillo de petróleo y la maza. Al final se había decidido a cogerla. No les vendría de más su ayuda si las balas se terminaban. Philip caminaba dos pasos por delante. Se detuvo frente a la puerta trasera, que parecía dar a la cocina. El suelo de madera crujía levemente y el sol estaba a punto de aparecer en el horizonte, pero unas nubes grises azuladas alargaban aún más la penumbra y la densa niebla. El chico le hizo un gesto que ella apenas intuyó; después comenzó a girar lentamente el pomo de la puerta sin dejar de apuntar con la pistola. La oscuridad dentro de la casa era aún más densa que fuera. Olía a cerrado y a humedad, pero desprendía cierto calor. Betty estaba temblando de frío, con sus ropas totalmente empapadas cuando entró detrás de Philip a la cocina. La joven encendió la lámpara y se iluminó toda la estancia. Vio un viejo fregadero seco y mugriento debajo de una ventana con cortinillas deshilachadas llenas de polvo, una mesa de madera con dos sillas, un aparador de cristales rotos y una renegrida nevera de una sola puerta abierta, con varias latas oxidadas en su interior.

La casa no parecía habitada, pero ellos habían visto la furgoneta que les había perseguido y alguien había disparado a Robert. Caminaron por un pasillo y descubrieron la entrada al sótano en el hueco de la escalera que conducía a la planta superior, pero decidieron cerciorarse primero de que no había nadie en el salón ni junto a la entrada principal. Caminaron con pasos cortos y se asomaron al destartado salón, con una mesa principal y dos sofás viejos y destripados. Los

cuadros torcidos de las paredes y las cortinas hechas jirones eran el único adorno de las paredes empapeladas con papel desgastado y descolorido por el tiempo.

—No hay nadie —dijo Philip en un susurro.

Betty afirmó con la cabeza y ambos se dirigieron de nuevo a las escaleras; él hizo amago de subir, pero ella señaló el sótano.

—En mi sueño se encontraban allí abajo.

El chico giró las manillas y la puerta se abrió con un ligero chirrido, después ella introdujo la lámpara y observó unas escaleras de listones madera toscos y podridos. No se distinguía el final, pero el olor era nauseabundo, tanto que casi les hizo vomitar.

Ella pasó delante para iluminar el camino y ambos descendieron con cuidado. La madera daba chasquidos tan fuertes a cada paso que temieron que la escalera se derrumbara en mil pedazos, pero lograron llegar hasta la mitad del tramo sin problemas. Cuando ella volvió a levantar la lámpara observó que el sótano estaba repleto de trastos viejos, una caldera de hierro oxidada, estanterías y una puerta al fondo. Continuaron bajando, pero uno de los últimos escalones se partió por la mitad y la chica perdió el equilibrio. Cayó sobre el suelo empapado en lodo, polvo y agua sucia. La lámpara rodó por las tablas y se apagó. Los dos se quedaron completamente a oscuras. Aguantaron la respiración y esperaron mientras intentaban afinar los oídos. Se escucharon unos pasos en el piso de arriba, después en las escaleras y finalmente en la entrada del sótano. Una linterna brilló en la oscuridad y Betty corrió a esconderse, tropezando con todo lo que encontraba a su paso. Se aproximó a la puerta del fondo, la abrió y se introdujo en ella. Dentro las paredes eran de tierra, como si alguien hubiera cavado por debajo de la casa. Palpó la tierra húmeda y se adentró en el túnel mientras escuchaba palabras amortiguadas en la lejanía. Intentó pensar, pero su mente se encontraba bloqueada por el pánico. El terror la tenía paralizada. Caminó mecánicamente, tropezando y volviendo a ponerse en pie. Al final llegó a una segunda puerta; tenía un gran cerrojo echado, lo abrió y comenzó a empujar de la gran hoja de hierro. Cuando puso un pie en el interior se dio cuenta de que el suelo era de hormigón o alguna plataforma dura. Allí la humedad no era tan intensa y el olor menos insoportable. Escuchó cómo la puerta se cerraba a su espalda. Intentó empujar la hoja pero esta no cedió; estaba cerrada por fuera.

Sin duda la habían atrapado. No quería imaginar qué había sucedido con Philip, simplemente tanteó las paredes, buscó otra salida e intentó aclarar su mente.

—Tranquila Betty, seguro que hay una salida —se dijo mientras levantaba las manos.

Encontró una especie de caja de madera. Pensó que aquel sitio debió ser usado alguna vez para ocultar mercancía ilegal. Tenía que haber alguna especie de trampilla o entrada en la parte superior. Comenzó a caminar con la cara hacia arriba hasta que notó una ligera corriente. Después colocó la caja debajo de sus pies y se alongó todo lo que pudo hasta tocar ligeramente con los dedos una especie de respiradero de

láminas de hierro cubierto en parte por las hojas de fuera. Empujó la tapa y esta cedió un poco; pegó un salto y la tapa se desplazó algunos centímetros. Ella cayó al suelo golpeándose la rodilla, notó el golpe y después algo viscoso que le corría por la pierna, pero ahora no tenía tiempo para preocuparse por sus heridas. Pegó un nuevo salto y alcanzó con los dedos la trampilla, sacó los brazos y aferró el borde. Intentó subir, pero el esfuerzo era muy grande y no se encontraba precisamente en forma. Intentó que sus brazos levantaran el peso muerto de su cuerpo, pero apenas pudo elevarse unos centímetros. Entonces oyó cómo se abría la puerta. Escuchó una voz a su espalda. Logró apoyar un brazo en el suelo enfangado. La lluvia le golpeaba en la cara, nublándole la visión.

—Betty —escuchó justo debajo de ella.

Intentó reconocer la voz, pero el sonido del viento que traía la tormenta no se lo permitía. Logró subir el otro brazo y sacó medio cuerpo del agujero. Entonces notó que algo le aferraba el tobillo derecho y tiraba con fuerza.

—No, Betty —dijo de nuevo la voz.

Ahora supo que se trataba de Philip. Pensó que había logrado llegar hasta donde ella, pero que el secuestrador les estaba persiguiendo. Logró soltar la pierna y sacar el cuerpo por completo. Después se asomó al agujero oscuro, pero no fue capaz de ver nada. De repente el rostro de su amigo salió de la oscuridad y la miró fijamente a los ojos. Ella sintió un escalofrío. Se echó para atrás y él extendió sus brazos para agarrarla.

—¡Ayúdame Betty! —gritó el chico.

Ella se puso en pie y se apartó unos pasos. Él cambió el gesto de desesperación por una mueca de rabia, subió el otro brazo y la apuntó con la pistola.

—¡Maldita niña mimada! ¡No te muevas!

La chica se quedó paralizada al descubrir que Philip estaba apuntándola con un arma. No entendía nada; se conocían desde niños. Entonces dio una patada a la tierra y un revuelo de barro mezclado con hojas secas revoloteó hasta caer en los ojos del chico, que comenzó a disparar al aire.

Betty corrió en dirección contraria a la casa. Mientras se perdía por el sendero fue consciente de dos cosas. En aquel lugar no estaba encerrada su familia. Philip les había llevado hasta allí para matarles o atraparles. Su familia debía encontrarse en algún otro lugar. La otra fue que no había un secuestrador, que se trataba de un grupo. Posiblemente gente fanatizada y convencida de que estaban haciendo alguna clase de servicio a Dios con todo aquello. Mientras corría sentía la rodilla dolorida, un fuerte dolor en el pecho y la lluvia golpeando fuertemente la cara. Se aproximaba una fuerte tormenta. El sendero comenzaba a encharcarse y el lodo a extenderse por todas partes. En una hora ya no habría sendero y todo se convertiría en una inmensa ciénaga de la que sería casi imposible escapar.

ALGUNAS VERDADES

El miedo siempre tiene sus consecuencias. A veces lo más peligroso no es aquel objeto que nos enturbia el alma, sino dejarse llevar por el pánico. Anthony creía que había superado hacía tiempo esa sensación horrible que llevaba a muchos a la desesperación, pero lo que realmente había perdido eran las ganas de vivir. Le faltaba perspectiva y cierta distancia para ver su propia existencia. Sus padres habían desaparecido un par de años antes, tras convertirse en la nada que, según él, les esperaba a todos los seres humanos. Prefería utilizar esa expresión para no tener que pronunciar la palabra muerte. Aquella pérdida le había ocasionado un profundo vacío. El sentimiento de orfandad y la sensación de que tu pasado, el hogar al que siempre podías volver, ya no existía, le habían enfocado hacia el futuro, pero cuando su segunda esposa le abandonó supo que ya no había nada más por lo que luchar. Claro que quedaba su hija Luci. Una preciosa criatura de seis años que con su sola sonrisa era capaz de iluminar el día más gris de Londres, pero sabía que ella un día también le dejaría. Cuando Maryam pronunció el nombre de su hija el primer día que se conocieron, él por primera vez en mucho tiempo sintió algo, aunque fuera simplemente desazón y preocupación. Se había preguntado cómo una reclusa aislada había obtenido toda esa información y, sobre todo, cómo sabía que él iba a visitarla. Después se había dado cuenta de que Maryam no era una mujer corriente. Tampoco una psicópata como otras muchas que había conocido; tenía algo especial. Una especie de magnetismo que te atraía, aunque al mismo tiempo podía llegar a destruirte. La reclusa era como el vacío bajo tus pies desde la cornisa de un edificio de cien pisos. Un sitio del que sabías que era mejor alejarse, pero que te llamaba al mismo tiempo a sumergirte dentro de él.

Desde su llegada a los Estados Unidos no había podido hablar con ella a solas. En el vuelo apenas habían cruzado algunas palabras. Maryam pasó la mayor parte del trayecto dormida, como si el movimiento después de una larga temporada sin salir de una celda le produjera un agotamiento casi insoportable. Él no dejaba de dar vueltas a todo lo que había pasado en las últimas horas, sobre todo a la actitud de Grace. En el poco tiempo que se conocían él había llegado a apreciarla. Veía en su mirada triste y su rostro descuidado el mismo sello de maldición que tenía su vida: la soledad. Le hubiera encantado tomar con ella unas pintas de cerveza y charlar de lo divino y lo humano en algún *pub* de la zona. Dejarse llevar por el ambiente e imaginar por unos instantes que era feliz. Pero ahora estaba en un coche del FBI dirigiéndose a una iglesia para dar caza a un secuestrador psicópata y le asaltaban un millón de dudas.

Maldonado detuvo el vehículo en una gasolinera y les comentó que necesitaba ir

al baño. Los dos se quedaron en silencio mientras observaban la fuerte tormenta que parecía decida a limpiar la escoria del mundo con millones de gotas frías.

—Ese agente nos oculta algo —dijo la mujer mientras se sentaba al filo del sillón de la parte trasera y apoyaba sus brazos en los dos cabeceros.

Anthony la sintió tan cerca que pudo olfatear su piel mojada y sentir el perfume de su pelo negro y rizado. Sus rasgos eran fuertes, pero hermosísimos. Un ángel negro de profundos ojos verdes.

—No te entiendo —dijo confuso el hombre, como si el aspecto de la mujer no le hubiera permitido escuchar sus palabras.

—Maldonado nos comentó que no había imágenes claras del secuestrador en las cámaras de seguridad de la biblioteca, pero noté en su cara que nos mentía. Me han engañado suficientes veces para que sepa identificar a un mentiroso.

—¿Por qué nos iba a mentir? Es una agente del FBI, está al cargo de un caso importante.

—Ya lo sé, Anthony, pero le encuentro nervioso. Nos contó todas aquellas teorías absurdas de la muerte de los pastores, pero creo que más que ayudarnos pretende confundirnos. Le he quitado esto —dijo la mujer sosteniendo entre sus dedos el lápiz USB.

—¡Te ha vuelto loca! Estamos en su jurisdicción y tú eres una reclusa fugada, ¡por el amor de Dios! No quiero terminar el resto de mis días en una cárcel de Texas.

La mujer frunció el ceño y se guardó el lápiz USB en el bolsillo. ¿Qué se creía ese maldito policía escocés? Ella llevaba dos años encerrada en aislamiento. A las únicas personas que veía eran a su psiquiatra y al supervisor, y antes de eso había pasado casi siete años en un manicomio en estado catatónico. Le importaban una mierda los temores que pudiera tener ese maldito policía. Había planeado salir de la cárcel. Por un lado deseaba compensar el gran dolor que había producido. Si encontraba a la familia Cox al menos podría sentirse en parte redimida de todas sus culpas. No recordaba la mayor parte de los crímenes y los pocos que tenía en mente los veía como a través de una especie de nebulosa. Se había encargado de algunos de los enfermeros del centro psiquiátrico que habían abusado de ella sexualmente, también del doctor... que la había mantenido encerrada todo ese tiempo para que no revelara qué era El Círculo, pero del resto apenas guardaba alguna imagen confusa que de vez en cuando le golpeaba la mente como una especie de bumerán y la dejaba sin aliento.

—Estoy convencida de que el agente Maldonado no está actuando con normalidad; puede que hayan amenazado a su familia o que sea parte del plan de ese psicópata.

—Creo que deberías seguir tomando la medicación. No has dejado de suministrarte las dosis que acordamos, ¿verdad?

—¡Maldita sea! No estoy loca, por lo menos hasta el punto de no ver lo que tengo delante de mis narices.

Vieron como se aproximaba el agente y ella se recostó en su asiento. Las palabras

de Maryam siguieron resonando en su cabeza el resto del viaje. ¿Y si tuviera razón? No era la primera vez que amenazaban a la familia de un policía. Él sería capaz de engañar y matar a cualquiera para salvar a su pequeña. Pero ¿cómo podía actuar? Si intentaba sonsacar a Maldonado y este se daba cuenta de que ellos sospechaban algo, no tardaría en descubrir que Grace Kung era realmente Maryam Batool y que él había introducido en el país a una de las psicópatas más peligrosas del mundo.

El coche se adentró en los frondosos bosques del este de Houston. La circulación era fluida, aunque a medida que se acercaban al lago cada vez había menos coches. Maldonado tomó una de las carreteras secundarias. Los gigantescos árboles se convertían en algunos puntos en una inmensa bóveda vegetal, ocultando la poca luz que dejaba pasar la tormenta. En ese momento el viento comenzó a soplar con tal fuerza que podían escuchar con nitidez el crujido de las ramas y los troncos sacudidos con fuerza por el viento casi huracanado. De repente escucharon una especie de chasquido y una inmensa rama se desplomó a un lado del camino, Maldonado intentó frenar, pero el vehículo recibió un impacto en el lateral izquierdo y comenzó a girar sobre sí mismo hasta salirse del asfalto y quedarse sobre el lodo del arcén.

Los tres quedaron algo aturdidos hasta que Maldonado accionó el limpiaparabrisas que estaba cubierto de barro negro. La lluvia parecía caer con más fuerza y cuando el agente apretó el acelerador las ruedas comenzaron a hundirse en el fango.

—Mierda, estamos atascados —dijo el hombre. Después sacó de la guantera unos chubasqueros y se los pasó a sus dos compañeros—. Deberán salir para empujar el coche. No creo que lo logre sacar yo solo.

—Estaca cayendo el diluvio universal —se quejó la mujer.

Se colocaron los chubasqueros y salieron del vehículo. El viento era tan fuerte que apenas lograban mantenerse en pie. El barro les llegaba casi hasta los tobillos.

—Creo que lo ha hecho aposta —gritó Maryam mientras se sujetaba la capucha amarilla con la mano.

El viento aullaba de tal manera que apenas podían oírse.

—Se trata de un simple accidente.

—Creo que quiere deshacerse de nosotros. Este es un buen lugar. Estamos en un sitio perdido en medio de una tormenta. Mira cómo se mueven las copas de los árboles. Además, esto debe estar repleto de serpientes y otros bichos peligrosos.

—Eres una paranoica. Ayúdame a empujar.

Anthony golpeó la parte trasera del coche para que el conductor comenzara a acelerar. Las ruedas patinaron sobre el barro y empezaron a lanzar pegotes de lodo por todas partes. Empujaron de nuevo y el vehículo comenzó a moverse lentamente. Salió del lodo y dio marcha atrás.

Los dos faros iluminados enfocaron a Maryam y Anthony mientras Maldonado se frotaba su cabeza medio calva. Aquella era la oportunidad que había estado esperando. Simplemente tenía que apretar el acelerador y empujarlos al barro. No

sobrevivirían en medio del bosque con aquella tormenta y mucho menos malheridos. Posó lentamente el pie en el acelerador y el coche se enfiló a toda velocidad hacia los dos británicos medio deslumbrados por los faros.

16

LA CAZA

El cuerpo es capaz de poner todos los mecanismos en marcha para su supervivencia cuando se encuentra en peligro. Betty llevaba más de doce horas sin descansar, sin comer y ahora el lodo comenzaba a invadirlo todo. El camino empezaba a desaparecer bajo sus pies, aunque estaba casi convencida de que no quedaba mucho para llegar a la carretera principal. Ahora la oscuridad era casi completa; el único reflejo que veía era el de los relámpagos que iluminaban la ciénaga y, tras un breve segundo, la oscuridad se hacía de nuevo con la noche. Le dolía el tobillo de la pierna izquierda, la rodilla y sentía que la herida en el antebrazo le quemaba, como si tuviera fiebre alta. En los últimos minutos caminar se había convertido en una pesada tarea. Los pies se le hundían hasta los tobillos y el barro la atenazaba al suelo como si llevara unos grilletes invisibles.

Ahora sabía que Philip había colaborado en el secuestro de sus padres, aunque tenía serias dudas de que hubiera actuado en solitario. Todo aquello le parecía absurdo; le conocía desde hacía años y nunca había percibido un comportamiento inusual. Era cierto que el chico en ocasiones parecía un friki obsesionado con los ordenadores, pero nadie hubiera imaginado que podía comportarse como un psicópata sádico y sanguinario.

Las fuerzas comenzaron a fallarle. Llegó a un punto que dejó de importarle morir; en cierto sentido perder la vida era la única forma de descansar. Llevaba casi dos años desorientada y perdida, se sentía agotada. Se paró en seco y dejó que por unos segundos el sonido de la lluvia ocupase por completo su mente. Después se giró al escuchar un coche a sus espaldas. Los focos le deslumbraron al principio, pero no se movió.

El coche se detuvo a un par de metros. Las puertas delanteras se abrieron y dos figuras que apenas podía percibir caminaron hasta ella. Cuando superaron los focos distinguió sus contornos, pero sus rostros seguían velados.

—Buena chica —dijo la voz grave de un hombre.

Llegaron a su altura y la aferraron con ambas manos por sus brazos delgados y blanquecinos. No opuso ninguna resistencia. La llevaron en volandas y la introdujeron en el maletero del vehículo. En cuanto apoyó la cabeza sobre el suelo sintió como el sueño le invadía. Olía a tierra mojada, aceite de coche y metal oxidado, tuvo la misma sensación que un difunto recién enterrado en su tumba, pero no sintió miedo. Simplemente experimentó una profunda paz y se quedó dormida.

No despertó hasta que alguien abrió el maletero de repente. Abrió los ojos y la luz de lo que parecía un garaje le hizo parpadear antes de poder ver en qué lugar se

encontraba. Parecía un sótano amplio de un edificio grande, no de una de las casas pequeñas que se veían a orillas del lago. El desconocido la obligó a salir del maletero. Sus músculos estaban entumecidos y las heridas comenzaron a dolerle de nuevo.

Tenía las manos atadas por delante y una mordaza en la boca, pero a aquella gente no parecía preocuparle que ella pudiera ver a dónde se dirigían. Se preocupó al pensar que si no les importaba que hubiera testigos era porque no pretendían soltarlos con vida, pero intentó quitar esa idea de su cabeza.

Caminó torpemente hasta un pasillo estrecho de hormigón y pasaron por cuatro puertas metálicas de color naranja antes de llegar a la última. Después subieron unas escaleras muy empinadas. Sus pies tropezaban constantemente, pero el hombre la tenía bien agarrada por el brazo e impidió que se cayera escaleras abajo.

Una puerta naranja les llevó a la planta superior. Lo primero que le chocó fue la mullida moqueta color vainilla que tapizaba el pasillo. Estaba caliente y suave. Notó cómo sus pasos torpes recorrían el pasillo pintado con estuco color mostaza y salpicado de cuadros con pequeñas lamparitas doradas. Al final llegaron a un recibidor amplio con una larga escalera de espiral. El hombre la empujó hacia la derecha y estuvo a punto de caer de bruces, pero el secuestrador aferraba su ropa ya completamente seca para sostenerla. Se preguntó cuánto tiempo habían estado en el vehículo y a qué distancia estarían del pantano.

Entraron a un amplio salón decorado con motivos marineros. Parecía el camarote de un viejo capitán de barco. Sobre unas estanterías descansaban las maquetas de diferentes buques. También algunas piezas valiosas de viejos buques y algunos cuadros con nudos marineros y escenas de batallas olvidadas.

Sentado en un gran sofá de piel oscura, de brazos torneados y respaldo muy alto, había un hombre viejo, de arrugas profundas, párpados caídos y ojos vidriosos. Tenía una barba canosa y corta, fumaba un cigarro largo con una boquilla verdosa y muy decorada. El anciano hizo un gesto al secuestrador y este dejó a la chica en el sillón de enfrente; se colocó a un par de pasos, pero el anciano le hizo un nuevo gesto y el hombre dejó la sala.

—Estábamos esperándola, señorita Cox. Queríamos que toda la familia estuviera reunida. Sería una pena que las circunstancias les separaran, cuando siempre han estado unidos por un mismo destino.

Betty no entendió ni una palabra, aunque no pudo evitar echarse a temblar y sentir una vez más que el mal se concentraba en aquella sala como nunca antes había experimentado. En cierto sentido se encontraba frente al mal en estado puro. Observó el rostro del hombre y, a pesar de reflejar cierta serenidad, aquel individuo exhalaba por cada poro de su piel un fétido olor a oscuridad.

* * *

Grace se despertó dando un salto en el colchón. Había tenido una desagradable

pesadilla. Maryam había regresado a la cárcel después de descubrir quién había secuestrado a la familia Cox. Las dos se reunieron en la sala de interrogatorios. Se sentía como si se hubiera desdoblado y estuviera en el cuerpo de otra persona. Vestía con el mono naranja reglamentario, llevaba las muñecas esposadas y unidas por una cadena a los grilletes de los tobillos. Caminaba torpemente hacia la mesa metálica donde le esperaba Maryam vestida de calle, con un elegante traje con falda corta y una blusa blanca escotada. Ella se sentaba con la cabeza gacha, como si tuviera temor a mirar a la mujer directamente a los ojos. Su paciente comenzaba a hablar y la trataba de manera condescendiente, hasta que Grace le gritaba: «Quiero recuperar mi vida». La paciente le sonreía y sin pestañear le contestaba que estaba loca y que nunca más saldría de allí.

—¡Dios mío! —gritó mientras se bajaba el cuello de la camiseta, como si intentara recuperar el aliento.

Es una pesadilla, tranquila. Se dijo así misma para intentar recuperar el sosiego. Después se dirigió al baño y estuvo un largo rato bajo la ducha, mientras su mente recuperaba en parte la cordura. Aunque la fuerte medicación de las últimas horas había mermado mucho su capacidad mental. Se cambió de ropa y metió su uniforme sucio por la trampilla; después se dirigió a la sala principal para intentar conectar el ordenador, pero no había línea. Sin duda después del último incidente su supervisor Frank Gordon había decidido quitarle sus privilegios.

Se dirigió frustrada hacia la televisión. Necesitaba pensar en otra cosa y olvidar sus pesadillas, pero apenas había encendido el aparato cuando notó un extraño olor en la sala. Una mezcla de perfume y medicina. Al instante supo de qué se trataba. Querían dormirla para examinarla. Después del último incidente ya no se atrevían a utilizar el método tradicional de inyectarle un tranquilizante potente. Notó como los ojos se le nublaban; se dirigió hacia la celda, pero chocaba con todo a su paso y notaba cómo las piernas le flaqueaban. Se apoyó en el quicio para no caer de bruces, pero lentamente fue escurriéndose hasta quedarse sentada en el suelo. En ese momento se escuchó el chasquido de la puerta metálica al abrirse y vio a un hombre con un uniforme especial y una escafandra entrar en la celda. Su último pensamiento fue nebuloso, como si se tratara de un sueño. Pensó en Maryam Batool y en que no tardarían en dar de nuevo con ella. Por un lado se sintió aliviada, como una niña a la que han descubierto en una mentira, pero que ya no podía soportar más el peso de la culpa, aunque sabía que tendría que dar muchas explicaciones y que la condena por ayudar a una asesina peligrosa a escapar era muy dura. Entonces cayó en un profundo sueño.

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Maldonado pisó el acelerador y notó cómo el coche se le iba; afortunadamente, la psiquiatra y el agente se echaron a un lado. Puso el freno de mano y se bajó del vehículo. Estaba pálido. Su rostro moreno había adquirido un tono marrón claro, pero la lluvia era tan intensa que sus dos compañeros que se estaban levantado del fango lo único que percibieron fue el fuego de su mirada.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Nos ibas a asesinar! —gritó la mujer, y se abalanzó sobre él.

El agente del FBI, que no se esperaba aquella reacción, se escurrió con el agua del asfalto y perdió el equilibrio. La mujer se aferró a su cuello con tanta fuerza que a pesar de sujetar sus brazos y tirar con todas sus fuerzas, apenas pudo quitarle las manos del cuello.

—¡Déjalo! —gritó Anthony algo asustado. Sabía de lo que era capaz aquella mujer.

Maryam no soltaba al hombre; tenía una fuerza sobrehumana y su expresión parecía maléfica, como la de una persona poseída. Al final logró separarla del agente y aferrarla con fuerza, ella no dejaba de patear y sacudir los brazos, pero no lograba zafarse.

—Ha sido un accidente. Tenía los zapatos mojados y el pie se escurrió del acelerador —dijo Maldonado desde el suelo mientras se tocaba el cuello dolorido.

—Nos ocultas algo. ¿A quién viste en las cámaras de la biblioteca? ¿Por qué has intentado confundirnos y ocultarnos información desde que llegamos? —preguntó la mujer furiosa.

El agente dudó unos instantes. La vida de sus gemelas y su esposa embarazada se encontraban en peligro. Aunque sabía que esa gente era capaz de eliminarle a él y a toda su familia después de haber conseguido su objetivo, tenía que obedecerles. La lluvia le nublaba en parte la visión; miró la oscuridad casi infinita que se cernía sobre ellos. En los últimos días había percibido esa misma penumbra en su vida. Tenía que salir de esa situación. Tal vez si encontraban pronto a aquella maldita familia ya no tendría que temer nada.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre echándose a llorar.

—¿Quién le ha amenazado? —le preguntó Anthony mientras soltaba a la mujer, que parecía mucho más calmada.

Los tres se encontraban a la intemperie, bajo el fuerte aguacero, pero ninguno sentía el agua fría de la tormenta ni el fuerte viento que sacudía los árboles creando un estruendo casi ensordecedor.

—Amenazaron a mi familia. ¿Qué podía hacer? Querían que los eliminase pero no puedo —dijo el hombre echándose a llorar.

Anthony le ayudó a levantarse y le puso una mano sobre el hombro. Aquel gesto le hizo sentir seguro, como si de repente ya no estuviera solo.

—Debía eliminarles aquí y dirigirme yo solo a la iglesia. Entonces me devolverían a mi familia sana y salva —comentó Maldonado.

—Pero, eso no tiene sentido. ¿Por qué harían una cosa así? —preguntó Anthony.

—No lo sé —dijo el hombre.

—Será mejor que regresemos al coche. Iremos a la iglesia, pero usted fingirá que se ha desecho de nosotros, tal vez así podremos atrapar del secuestrador.

El plan del agente de la Interpol parecía demasiado sencillo para salir bien, pero era la única forma de sacar a aquel psicópata de su guarida.

Mientras se sentaban en el coche Maryam no dejaba de dar vueltas a todo aquello. ¿Por qué querían eliminarlos? Si Matthew sabía que era ella no tenía sentido que quisiera eliminarla, pero si pensaba que se trataba de la psiquiatra y que le estaban tendiendo una trampa, tal vez todo aquello tuviera algo de lógica.

El coche arrancó a la primera y lentamente recorrió los cuatro kilómetros que le separaban de la carretera principal. Allí pudieron ir a más velocidad. No había obstáculos en el asfalto y parecía que el viento y la lluvia habían amainado un poco.

Cuando entraron en el pueblo las calles estaban completamente desiertas. La radio local había anunciado que se aproximaba una fuerte tormenta y que se habían localizado al menos tres tornados en las cercanías del lago Livingston.

Aparcaron a un par de manzanas de la iglesia. Los dos británicos descendieron del vehículo y antes del que Maldonado se dirigiera hacia el lugar de enlace Anthony le advirtió que a la menor sospecha de peligro les advirtiera.

El agente del FBI circuló despacio hasta el gigantesco aparcamiento de la iglesia. Aparcó el coche y caminó con pasos cortos, como si no quisiera llegar al edificio. Después se situó enfrente de las puertas. La principal estaba cerrada, pero una de las laterales parecía ligeramente entornada. Vaciló unos instantes. Le pasó por la cabeza que si entraba al edificio ya no volvería a salir de él con vida. Nunca había tenido ese tipo de pensamientos antes de comenzar una operación. Sacó su arma y respiró hondo antes de empujar levemente la hoja. El ambiente en interior del templo era de absoluta calma. La tormenta parecía algo ajeno, casi un escenario al otro lado de las grandes vidrieras decoradas del altar. El edificio era austero, pero elegante. Los bancos de madera color miel estaban perfectamente alineados; al fondo había una plataforma y detrás un coro con una barandilla torneada. El púlpito de metacrilato, con una mesita al lado en la que estaba colocada una Biblia abierta eran los únicos adornos de la sala. El hombre caminó despacio por el pasillo principal y se detuvo a medio camino entre la entrada y la plataforma.

Entonces escuchó su teléfono. El sonido se propagó por toda la sala vacía y el hombre se llevó la mano al cinto, donde tenía la funda. Lo sacó rápidamente y miró la

pantalla. Le estaban llamando de la central. No supo qué hacer, pero optó por cortar la voz y apuntar con la pistola a todos los lados, temiendo que el secuestrador hubiera aprovechado aquel leve entretenimiento para acercarse hasta él.

Escuchó un nuevo sonido del aparato que aún sostenía en la mano izquierda. Miró la pantalla y apareció un mensaje que únicamente pudo leer a medias, ya que la frase se cortaba de repente: «Soy...».

Iba abrir el resto del mensaje cuando escuchó una voz por la megafonía de la iglesia. Al principio se sobresaltó y pensó que Dios mismo le hablaba desde el cielo, después se dio cuenta de que alguien estaba en algún punto de la iglesia utilizando un micrófono.

—¿Has llevado a cabo mis instrucciones? —preguntó la voz.

Él no supo qué responder. Temblaba de miedo mientras daba vueltas y apuntaba a todas partes. Al final se detuvo y miró hacia la parte alta de la grada. En la oscuridad había una especie de cabina, seguramente desde donde se dirigía el sonido.

—¡Sí, los he matado! —dijo en voz alta.

Aquellas palabras le parecieron algo sacrílegas en aquel lugar, pero al menos al escuchar su voz fuerte y segura tuvo la sensación de que recuperaba parte de su valor.

—Estás mintiendo. Sé cuando un policía está mintiendo. Sabes cuál es el precio de tu mentira.

De repente en la pantalla gigante apareció una imagen. Era la mujer de Maldonado intentando dormir a las gemelas. Una cámara les enfocaba a corta distancia. En ese momento vio como un cuchillo asomaba delante del cámara. Su esposa se dio la vuelta al escuchar un ruido, pero apenas pudo reaccionar. Abrió mucho los ojos mientras intentaba gritar, pero no pudo hacerlo. El cuchillo le cortó el cuello de un solo tajo y una sangre muy roja comenzó a brotar de su cuellos moreno, empapando su camión rosa. La mujer se derrumbó en el suelo, el hombre que grababa vertió algo por la cuna y el resto de la habitación. Después salió al pasillo principal y arrojó una cerilla. Las llamas se extendieron con rapidez.

Maldonado miró la pantalla paralizado por el horror. Sintió cómo se le revolvía el estomago y comenzó a vomitar. Después levantó la cabeza y comenzó a disparar a la cabina.

—No debiste mentirme. Los dos extranjeros están subiendo las escalinatas de la iglesia. Acabas de asesinar a tu propia familia —se escuchaba por la megafonía mientras el hombre no dejaba de disparar hasta quedarse sin balas.

Cuando Anthony y la mujer entraron en la sala, Maldonado estaba de rodillas llorando. Se acercaron hasta él, pero el hombre levanto la palma de la mano para que se detuvieran, después apretó una palanca en su pistola se metió el cañón en la boca y antes de que pudieran reaccionar, se disparó. La parte trasera de la cabeza estalló como si se tratara de un jarrón repleto de frambuesa. Los dos miraron horrorizados al agente, pero cuando llegaron hasta él su cuerpo de rodillas estaba tumbado hacia atrás. Aún tenía el cañón de la pistola en la boca y los ojos abiertos.

Anthony miró instintivamente hacia arriba y observó una sombra moverse por la pasarela que llevaba a la puerta de atrás del palco.

El agente de la Interpol sacó su arma y corrió por el pasillo central de la iglesia, después se dirigió hacia las escaleras para intentar interceptar al secuestrador, pero cuando llegó notó cómo la puerta de emergencia se cerraba. Salió al aparcamiento, pero lo único que pudo ver fue una furgoneta negra que salía del recinto a toda velocidad.

Entró de nuevo en la iglesia y vio la cara de Maryam. Su rostro moreno parecía horrorizado, como si intuyera lo que había sucedido. Después levantó un teléfono y lo puso a la altura de los ojos del hombre. Leyó brevemente el mensaje y miró con los ojos desorbitados a la mujer.

* * *

Continuaba con las manos atadas. El sillón era cómodo, pero las palabras del anciano le inquietaban. Miró discretamente a ambos lados de la sala y pensó en escapar. Podía abalanzarse sobre el hombre, reducirle y tratar de saltar por alguna de las ventanas. Fuera la tormenta parecía mucho más intensa que una hora antes, pero al menos estaría fuera del alcance de aquella gente. Después desechó la idea; había llegado hasta allí para intentar salvar a su familia.

—¿Qué piensas que es mejor? ¿Morir por tu familia o matar por ella? —preguntó el hombre en voz baja, como si le estuviera confesando un secreto.

Ella intentó reflexionar antes de dar una respuesta. Sabía que lo que contestara podía dar la vida o la muerte a sus padres y hermanos.

—Prefiero matar por mi familia.

—Muy bien, has respondido sabiamente. Muy sabiamente.

TERCERA PARTE

18

MATAR

Comenzó a recuperar la consciencia cuando su supervisor estaba relleno el formulario. Le observó con los ojos borrosos y se incorporó en la cama. Ambos cruzaron una mirada rápida, pero ella detectó enseguida el reproche que reflejaba aquel gesto. Frank Gordon siempre había defendido que ella no estaba preparada para el puesto de psiquiatra del centro penitenciario. Aducía que a Grace le faltaba curtirse más antes de enfrentarse a mentes depravadas que eran capaces de manipular a gente muy inteligente y bien formada. El tribunal de personal no había aceptado las alegaciones del supervisor, pero desde ese momento ambos se habían enfrentado en una guerra silenciosa para demostrar al otro que estaba equivocado.

—Grace, Grace, Grace... ¿Qué voy a hacer contigo? Por tu culpa la mujer más peligrosa del Reino Unido acampa a sus anchas por la calle. Imagino que te sustituyó en ese maldito viaje a Estados Unidos al que yo me opuse. Has cometido tantas infracciones y delitos que quedarás inhabilitada para el resto de tu vida, pero ese es el menor de tus problemas —dijo el hombre dejando de escribir por unos momentos y colocándose sus lentes sobre la frente.

—Lo siento, Frank —se atrevió a decir la mujer.

—¿Lo sientes? Has agredido a un guardián, casi pierde las dos manos. Además, esa loca de Maryam Batool puede comenzar a matar de nuevo. Eres cómplice de fuga, agresión y suplantación de personalidad. Lo mínimo que te caerán serán diez años —comentó el hombre.

—Maryam ha viajado a Estados Unidos para colaborar en una investigación. Ella tiene la clave para salvar a una familia. Por favor, no interfiera hasta que encuentren a los Cox.

—Creo que estás loca. Esa mujer te utilizó. ¿Realmente piensas que quería salir de aquí para ayudar a una familia? La reclusa es una psicópata, no puede sentir empatía por nada ni nadie.

—No estoy de acuerdo. Su perfil no es exactamente el de una psicópata, más bien tiene doble personalidad. A veces es May, una chica dulce y tímida, pero otras es Maryam, una mujer terrible y brutal. Desde muy joven fue adiestrada para convertirse en un ser despiadado, pero en ella subsisten aún las dos personalidades —comentó Grace.

—¿Qué importa eso? Aunque realmente quede en la reclusa un mínimo de humanidad, que lo dudo, siempre prevalecerá la loca asesina sedienta de sangre. Mató a muchas personas por el simple placer de hacerlo.

—No es cierto. Siempre tuvo alguna razón y además lo hizo bajo un gran estrés.

—El juego ha terminado. Quedarás encerrada hasta que la dirección de la prisión me indique qué debemos hacer contigo —dijo el hombre poniéndose en pie.

Grace se levantó de repente y se lanzó sobre él. Le golpeó con todas sus fuerzas contra la cama de hierro fijada al suelo y el fuerte impacto en la frente lo dejó inconsciente. Ella aprovechó para sacar las llaves del bolsillo del supervisor y la tarjeta de acceso. Después acostó al hombre en la cama y le inyectó un potente narcótico. Sabía que esa dosis le mataría o le llevaría a un coma irreversible. Le tapó con una manta, para que las cámaras no le reconocieran y ganar algo de tiempo. Más tarde se dirigió a la puerta de aislamiento y la abrió con su tarjeta. Corrió hasta las taquillas de personal. Se puso rápidamente la ropa de repuesto que guardaba y se colocó su bata. No le costó mucho atravesar los controles. Para el personal seguía siendo la psiquiatra Grace Kung. Después se dirigió directamente a su apartamento. Metió todo lo que pudo en una maleta pequeña y tomó rumbo al aeropuerto para tomar el primer vuelo a los Estados Unidos.

* * *

Le dieron una pistola pequeña que pudiera guardar discretamente y la llevaron a una sala contigua. Le ofrecieron ropa limpia y seca; después le dieron un teléfono móvil y su amigo Philip la acompañó a la salida, en la que les esperaba un coche, el mismo que habían utilizado para llegar hasta allí. El anciano le había advertido que si no cumplía su misión su familia moriría en medio de terribles dolores. Ella le había pedido que le diera una prueba de que aún estaba con vida y él había conectado una gran televisión. Cuando la pantalla se iluminó, cuatro cámaras enfocaban a todos los miembros de su familia en diferentes habitaciones, seguramente las mismas que había atravesado para llegar hasta allí.

Betty bajó los tres escalones de la entrada principal y se sentó cabizbaja en el asiento del copiloto. Philip tomó el volante y salió de la explanada enfrente de la casa. Ella echó una ojeada a la impresionante mansión sureña de altas columnas corintias y un gran corredor superior. Los arcos rojos centenarios la rodeaban por todas partes. Recorrieron un largo sendero de dos o tres kilómetros y llegaron a una valla alta de barrotes negros. La puerta se abrió y salieron a un camino que terminaba en la carretera principal al lago.

La chica se giró hacia su amigo y esperó unos minutos antes de intentar razonar con él.

—¿Por qué haces esto? —preguntó intentando mostrar cierta calma, aunque por dentro la tensión y el nerviosismo le habían levantado un fuerte dolor de cabeza.

—Por lo mismo que tú, pero prefiero no hablar de eso.

El joven hizo un gesto hacia el techo del coche, advirtiéndola que podían escucharlos. El resto del viaje lo hicieron en silencio hasta que llegaron al campus de la Universidad de Sam Houston en Huntsville. Aún quedaban unas semanas para que

comenzaran las clases y la ciudad universitaria estaba prácticamente desierta. Betty envió el mensaje por el teléfono y Philip aparcó el coche enfrente del Bowers Stadium. Ambos salieron y cruzaron la calle.

—¿Por qué les ayudas? ¿Quiénes son? —preguntó Betty impaciente.

—No lo sé. Contactaron conmigo por el ordenador hace dos meses, antes de que desapareciera tu familia. Me dijeron que mi madre y hermana pequeña morirían si no colaboraba con ellos. Tenía que enviar cartas a una presa en Escocia, después me dijeron que me dejarían en paz, pero hace unos días me obligaron a que os ayudara. Querían que vinieses al lago y te ocuparas de esa mujer.

—¿Estás diciendo que alguien preparó todo esto para matar a una presidiaria de Escocia?

—Al principio pensé que pretendían liberarla, pero ahora, sabiendo lo que tienes que hacer, imagino que lo que quieren es matarla.

—Pero ¿por qué le han hecho eso a mi familia?

—No lo sé —dijo el joven encogiéndose de hombros.

La chica intentaba pensar con claridad. Se encontraba en un mar de dudas. Su novio había muerto unas horas antes, ella había escapado de milagro y ahora le pedían que asesinara a una completa desconocida. ¿Quién le aseguraba que después dejarían libre a su familia? ¿Por qué esa gente les hacía eso precisamente a ellos?

—Sería mejor que regresáramos allí y liberáramos a mi familia. Después llamarías a la policía y le contaríamos todo lo sucedido.

—¿Estás loca? No has entendido nada. Esa gente no bromea. Son peligrosos. Si hacemos eso puede que maten a toda tu familia antes de que la liberemos y manden a alguien a asesinar a la mía.

—Entiendo. ¿Cuál es tu misión?

—Asegurarme de que cumples con la tuya —dijo Philip, aunque su amigo no fue totalmente sincero.

Ellos le habían ordenado que cuando estuviera seguro de la muerte de Maryam Batool, terminara con la vida de Betty Cox, pero que simulara que se había suicidado. Al recordarlo sintió un escalofrío desagradable por la espalda, pero intentó no perder la compostura; la vida de su familia dependía de ello.

—No estoy segura de si seré capaz de hacerlo —dijo la joven.

—Simplemente tienes que apretar el gatillo y salir corriendo. Piensa en Jennifer y William; también en tus padres —dijo el chico.

Philip debía asegurarse de que ella cumplía su misión, de otra manera también asesinarían a su familia. No sabía si sería capaz de acabar con su vida, aunque por otro lado, si había ayudado a atraparlos y había participado en la muerte de Robert, sabía que no dudaría en asesinar a Betty. La había amado secretamente desde que los dos eran unos niños que iban a la escuela dominical de la iglesia, pero ahora no podía dejarse convencer por ella. La última foto que le habían enviado de su familia era preocupante. Su madre y su hermana pequeña estaban jugando en la piscina. La foto

estaba tomada a pocos metros, dentro de la casa y el tiempo se agotaba. Esa gente les había dado un plazo muy corto. Si en tres horas no regresaban con pruebas de que la mujer estaba muerta, sus familias sufrirían las consecuencias.

19

SAM HOUSTON

Texas siempre fue una singularidad en la formación de los Estados Unidos, ya que tras ser un estado independiente al conseguir la independencia de México se unió voluntariamente a la Unión. El estado de la estrella solitaria forjó a hombre y mujeres fuertes e independientes. Personas que preferían resolver sus asuntos por sus propios medios y no por la intervención del estado. Cuando Maryam y Anthony pasaron delante del Sam Houston Memorial, la mujer volvió a mirar el mensaje en el teléfono aún ensangrentado del agente Maldonado: «Soy Betty Cox, he descubierto dónde está ese loco que encierra a mis padres. Por favor, reúname conmigo en el Bowers Stadium».

Maryam sabía que algo estaba marchando mal. Matthew no había intentado ponerse en contacto con ellos ni había huido tras el suicidio de Maldonado en la iglesia bautista. Aún no entendía por qué lo había hecho. Aunque no confiaba en él, desde el principio les había ocultado información.

—¿Qué piensas? —preguntó Anthony a la mujer.

—Hay algo que me hace sospechar. ¿Cómo se puso Betty en contacto con el agente del FBI?

—Seguramente Maldonado le dio su teléfono tras interrogarla —dijo Anthony.

—Es posible, pero todo este caso se complica cada vez más. Matthew huyó de nosotros y no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo —dijo la mujer.

—Lo hará, no te preocupes.

—Deberíamos ver lo que hay en el lápiz USB —dijo la mujer.

—No tenemos tiempo. En diez minutos estaremos en el estadio. Allí resolveremos todas nuestras dudas.

—¿Qué pasará cuando se enteren de la muerte de Maldonado? La policía de todo el estado se nos echará encima —dijo Maryam.

Él prefería no pensar mucho en el asunto. Sabía que estaba arriesgándolo todo por esa misión. Esperaba que tras resolver el caso salieran lo antes posible de los Estados Unidos y Maryam regresara a la prisión. No había observado ningún comportamiento anómalo en la mujer, pero temía que cuando se encontrara en mitad de la captura del asesino pudiera perder el control.

Atravesaron el campus sin cruzarse apenas gente ni coches. El aparcamiento se encontraba casi completamente desierto. Dejaron el vehículo lo más cerca posible del estadio y caminaron hasta la puerta principal sin dejar de mirar a un lado y al otro. Cuando llegaron a la entrada principal y vieron que estaba abierta, entraron y tras atravesar el edificio salieron a la gran espalda. El estadio estaba excavado en el suelo

y únicamente tenía graderíos en la parte central de ambas alas. Miraron al centro del campo y vieron a dos jóvenes, un chico y una chica.

—Esos deben ser Betty Cox y su novio Robert —comentó Anthony.

Bajaron las gradas hasta situarse al comienzo del campo. Los dos jóvenes se aproximaron a ellos. La chica caminaba unos pasos por delante del chico; parecía nerviosa y cargaba una calurosa y vieja sudadera. No había mucha luz y la lluvia que había desaparecido un par de horas antes volvía a caer con fuerza. Notaron cómo sus zapatos chapoteaban en la hierba. Después se pararon a unos pasos de la joven y esperaron.

Betty notaba cómo le temblaban las piernas. Sentía una profunda lucha interior. Sabía que asesinar a alguien a sangre fría era un acto abominable, pero la vida de su familia estaba en juego. Cuando estuvo a unos tres pasos se detuvo. Las gotas de lluvia le chorreaban por la cara. La tormenta volvía a traer fuertes vientos y peligro de tornados, pero nada de eso ya tenía importancia. En cuanto cumpliera su misión soltarían a su familia y todo volvería a la normalidad.

—¿Eres Betty Cox? —preguntó el agente.

—Sí, he descubierto donde se encuentra encerrada mi familia.

Maryam se extrañó de la voz automática de la chica. Su estado de ánimo no coincidía con el de una joven que está intentado que le acompañen para sacar a su familia del infierno.

En ese momento el teléfono de Maldonado sonó en el bolsillo de la mujer. Ella hizo amago de sacarlo del bolsillo y Betty sin mediar palabra apuntó a la mujer.

Anthony levantó las manos para que la joven se tranquilizara.

—Baja el arma, estamos aquí para ayudarte.

—Lo siento —dijo con los ojos anegados en lágrimas.

La mujer miró el arma que la encañonaba mientras que con su mano derecha seguía agarrando el móvil dentro de la chaqueta. No tenía miedo; de hecho, no sentía nada. Pero una furia interna comenzó a invadirla de repente. Algo que no experimentaba desde su estancia en el Caribe. Una especie de instinto animal que la empujaba a sobrevivir.

—No sabemos quién te obliga a hacer esto, pero si nos matas nunca más volverás a ver a tu familia —dijo Anthony.

—Lo siento —dijo de nuevo la chica mientras su mano temblaba. El agua de lluvia le recorría el brazo y caía por la manga de su chaqueta de beisbol.

Varios disparos sonaron en medio del estadio y su eco retumbó por el inmenso recinto como si de un relámpago se tratara. Después la lluvia comenzó a caer con más fuerza y la oscuridad lo envolvió todo de nuevo.

DOS SACRIFICIOS

Grace no llegó a tiempo de tomar el avión; cuando traspasó la puerta automática del aeropuerto la foto de Maryam ya estaba en todos los monitores de la terminal. Sabía que Frank no despertaría jamás. Le había administrado una dosis muy alta que le induciría un coma prolongado y casi con toda seguridad la muerte. Ahora tenía que tomar la decisión más importante de su vida, pero no podía negar que se sentía muy asustada.

Se dio media vuelta y regresó a su coche. Pensó en volver a Perth, pero desestimó la idea y se limitó a tomar el volante del pequeño Nissan y cruzar el puente de Forth Road y alejarse de Edimburgo. Tras cruzar la bahía se salió de la A90 y dirigió su coche hacia la costa. Después condujo hasta el pueblo costero de Kirkcaldy; dejó el coche cerca del parque y caminó hasta la playa. Muchas veces había estado allí con su abuela. La única que le había mostrado amor verdadero. El cielo estaba gris y a pesar de ser poco más de medio día no había mucha luz. Se quitó los zapatos al entrar en la arena y comenzó a acercarse a la orilla. La playa estaba desierta; el mal tiempo había alejado a los veraneantes que intentaban tomar algo de sol en los pocos meses que este se dignaba a aparecer en el norte de Escocia. Se aproximó a la orilla y vio cómo las olas embravecidas por el viento la arañaban. Por alguna extraña razón se acordó de su infancia. No había ido mucho a la playa desde que se graduó en la facultad, pero un verano, cuando sus padres aún no la habían dejado en casa de la abuela, viajaron a Menorca y ella disfrutó de dos semanas en un lugar lleno de sol, mar y playas interminables. Se quitó la ropa lentamente. La dejó amontonada a un lado. Después, superando el pudor, dejó la ropa interior junto al resto de las prendas. Pisó el agua helada y por un instante se sintió viva de nuevo. Estaba segura de que Maryam Batoool disfrutaría más intensamente de la vida que ella. Todos creían que era una prófuga loca y asesina, pero Grace sabía que May terminaría por vencer a Maryam. Comenzó a adentrarse en el agua gélida. Las corrientes la transportarían más al sur, posiblemente su cuerpo devorado por los peces nunca sería encontrado. La reclusa podría vivir un tiempo bajo su identidad y después simplemente desaparecer.

El agua le llegó primero a los tobillos, después hasta las rodillas y su piel morena tomó un tono rojizo, casi amoratado. Caminó decidida hacia el mar, aunque las olas la zarandeaban y le hacían perder el equilibrio. Cuando el agua pasó de la cintura se lanzó de cabeza y comenzó a nadar mar adentro. Debía perder hasta su último aliento en aquella lucha con las olas; una vez dentro del mar embravecido no podía echarse atrás llevada por el pánico o el instinto de supervivencia. Poco a poco el frío comenzó

a invadir todos sus miembros y experimentó una profunda paz. Estaba sacrificándose por otra persona y en ese acto de amor supremo fue consciente de que la vida ya no valía la pena.

La corriente la arrastró mar adentro. Levantó la vista por unos segundos y lo único que contempló fue el agua grisácea y salada. Los brazos se le paralizaron de repente y comenzó a sumergirse. Al principio se resistió, agitó los brazos pidiendo ayuda, pero después simplemente se hundió hasta lo más profundo. Le faltaba el aire, notaba cómo su boca primero y sus pulmones después se anegaban del líquido salado. Su último pensamiento fue como un chispazo de esperanza: la casa de sus padres cuando era niña y ella se encontraba sentada felizmente en el jardín delantero con sus muñecas. Intentó atrapar ese recuerdo y después, simplemente, murió.

* * *

Aferró con su mano el brazo izquierdo y se lanzó a un lado. La bala la había atravesado y notó algo parecido a una quemadura profunda. La hierba mojada le salpicó en la cara y le nubló por unos segundos la vista. Escuchó tres detonaciones más; una estalló justo al lado de su cabeza, pero las otras dos sonaron más lejanas. Cuando abrió de nuevo los ojos todavía Betty estaba en pie. Su arma se le escurría de los dedos mientras sus dos grandes ojos verdes parecían sorprendidos. Giró la cabeza y vio a Anthony con su arma aferrada con la mano derecha, mientras la izquierda le sujetaba la otra muñeca. Estaba llorando, o eso le pareció a ella, ya que las gotas de lluvia se mezclaban con las lágrimas del agente. Philip se quedó quieto a unos pasos. No intentó cubrirse ni echarse al suelo; simplemente observó la escena paralizado por el miedo.

Anthony guardó el alma en su funda y corrió primero hacia Maryam. Levantó su cabeza y la miró a la cara.

—¿Estás bien?

—Sí, mira a la chica.

El agente dejó suavemente a Maryam sobre el césped empapado y en dos zancadas llegó hasta la joven. Había intentado disparar a los brazos y las piernas, pero Betty tenía un tiro en el pecho, a la altura del pulmón izquierdo, muy cerca del corazón. Se agachó y levantó a la chica, que parecía respirar con dificultad.

—Por favor... —susurró la joven.

Él se inclinó hasta sus labios rojos e intentó escuchar su voz atenuada por los del fuerte viento y el intenso aguacero.

—Por favor, salve a mi familia. Dios mío...

La chica dio un ligero respingo, como si su alma estuviera saliendo en ese momento de su cuerpo hermoso y ligero. Él la levanto y la apretó entre sus brazos, como si intentara retenerla, pero ella ya había comenzado su viaje hacia la eternidad.

Maryam se sentó en la hierba y miró la escena. Por primera vez en los últimos

años experimentó algo parecido a la compasión. Sintió tristeza por la chica, casi una niña que comenzaba a caminar en la vida. Se acordó por un instante de su vida en el reformatorio, de las humillaciones y vejaciones, de toda esa carga que había llevado durante años e intentó llorar pero no pudo.

Anthony dejó con cuidado el cuerpo inerte de Betty y se puso frente al joven que se había inclinado hacia delante como si aquella escena le hubiera sacudido un puñetazo directamente en el estómago.

—¿Por qué preguntó?

El joven se encogió de hombros y comenzó a llorar. Maryam se puso en pie con dificultad y se acercó a los dos. Cuando Anthony vio como le sangraba el brazo le hizo un torniquete con un pañuelo para cortar la hemorragia. La herida era limpia y no tenía la bala dentro.

Cuando Maryam recuperó el aliento se acercó al joven y le dijo muy seria:

—¿Qué le prometió Matthew? ¿Que dejaría escapar a su familia? ¿Por qué quería matarme?

El joven no respondió a sus preguntas. Continuaba llorando conmovido por lo ocurrido. Anthony aferró con sus manos los brazos escuálidos del chico y le dijo:

—¿Sabes dónde los tienen? Vas a llevarnos hasta ellos.

Philip asintió con la cabeza y los tres se dirigieron hacia la salida del estadio. El cuerpo de Betty estaba completamente empapado por la lluvia, sus ojos abiertos miraban hacia las nubes plomizas y tenían una extraña expresión de felicidad, como si en el último segundo de su vida hubiera contemplado el hermoso cielo del que su padre predicaba cada domingo. Por fin había encontrado de nuevo el camino a casa; ya no se sentiría jamás perdida. Sus temores habían desaparecido y la confusión había dejado paso a la certeza. Cuando Maryam se giró en la parte alta de las graderías, notó como si una luz brillante rodeara el cuerpo de la chica. Aquella luminosidad le produjo una doble sensación: anhelo y temor al mismo tiempo. Había permanecido tanto tiempo alejada de la luz que su resplandor le abrasó los ojos y su fría alma.

21

TORNADO

William Cox notó como si alguien le hubiera arrancado el corazón mientras dormía. Llevaba muchos días encerrado sin ver la luz del sol; dormía a pequeños intervalos de quince minutos y siempre se mantenía en guardia. En todo aquel tiempo había logrado descubrir que su madre se encontraba en una celda parecida a la suya en la pared de la izquierda y su hermana Jennifer en la de la derecha. Las paredes eran muy gruesas, pero a pesar de eso podía escucharse la voz de la persona de al lado si gritaba mucho.

Recordaba perfectamente lo ocurrido la noche del secuestro. Él, desobedeciendo las órdenes de sus padres, continuaba jugando con su iPad cuando escuchó unas voces en la planta de abajo. Le extraño mucho; la casa estaba en silencio desde hacía más de una hora y aún era temprano para que llegara Betty. Al principio se asustó un poco, pero después pensó que era casi imposible que alguien entrara en la casa. Su padre Ezekiel había colocado un sistema de alarma perimetral muy sofisticado y directamente conectado con la central de la policía. Algunas veces había saltado al detectar un perro o algún animal salvaje. Detrás de la casa tenían varias hectáreas de jardín que daban directamente al bosque. Además, en esa zona de Houston nunca sucedía nada. Su padre había instalado la alarma más por miedo a que algún fanático detractor de sus libros decidiera hacerle una visita inesperada.

No era sencillo ser el hijo del predicador más conocido de los Estados Unidos. Su familia pertenecía a una larga tradición de hombres de Dios y, aunque a él le gustaba la iglesia no podía evitar sentir dudas sobre el futuro que le aguardaba. William amaba con toda su alma a su madre, también a sus hermanas, pero chocaba constantemente con su padre.

Ahora que llevaban varios días encerrados todo aquello le parecía ridículo. Sus pequeños agobios con los estudios, la chica que le gustaba del colegio o los problemas con algunos compañeros de clase.

Mientras intentaba taparse con la fina manta del catre donde pasaba la mayor parte del día le vino a la mente la escena del pasillo. Tras escuchar el ruido fue hasta la puerta de su habitación, situada muy cerca de la escalera. Miró hacia abajo y vio a dos hombres que subían a saltos los escalones. Cuando llegaron a la primera planta se dirigieron directamente a la habitación de enfrente, donde dormían sus padres. Un segundo más tarde escuchó un grito y varios golpes fuertes; después uno de los hombres sacó a rastras a su padre, que llevaba el torso desnudo y su pelo de color castaño desmarañado. Un segundo más tarde sacaron a su madre también arrastras. Llevaba un camisón ligero de verano; el secuestrador le aferraba el brazo mientras

ella intentaba agarrarse a la puerta y después a los barrotes de la barandilla. Estaba a punto de entrar en su habitación para esconderse cuando un tercer hombre apareció de repente enfrente de su cara. Se colocó tan cerca que pudo oler su aliento a tabaco y alcohol. Le sonrió a través del pasamontañas y le agarró el cuello. Le faltaba el aire, pero el secuestrador se limitó a mirarle mientras comenzaba a ponerse morado.

Después escuchó una voz que decía: «No te pases con el chico. El jefe nos ha dicho que quiere a toda la familia en buen estado». Aquello le tranquilizó y le preocupó al mismo tiempo. Por un lado significaba que nos les iba a pasar nada malo, pero por otro era consciente de que aquella gente no eran simples ladrones que habían elegido una casa al azar; se trataba de secuestradores que les conocían y querían llevárselos por alguna razón.

Les reunieron a todos en el salón. Les sentaron a los cuatro de espaldas al sofá de piel blanco. Estaban a medio vestir, hacia mucho calor, pero él estaba tiritando de miedo y frío. A su derecha estaba su padre Ezekiel, que tenía un arañazo en la cara y un ojo amoratado, a la derecha su madre y su hermana pequeña. Intentó no mirar a ambos lados, tenía suficiente con su propio temor y no quería contagiar a los otros.

—¿Dónde está su hija Betty? —preguntó el que parecía el jefe del grupo.

—No lo sé. Es mayor de edad y en ocasiones llega tarde o no se presenta a dormir —contestó su padre muy serio.

—La hija del reverendo es una oveja descarriada. Pues esperaremos a que venga.

—No podemos quedarnos mucho en la casa. Puede que se eche todo a perder —dijo otro de los secuestradores.

—La orden es que nos llevemos a los cinco. Esperaremos.

Los tuvieron un par de horas sentados. Las luces estaban apagadas, pero los enfocaban de vez en cuando con potentes linternas. William se sentía mentalmente bloqueado. Al ver que Betty no llegaba, les sacaron a golpes y les subieron en una furgoneta azul sin distintivos.

Recordaba perfectamente que el viaje duró al menos un par de horas. Por lo que calculó que podía estar cerca de Beaumont, Columbus o Huntsville. Él pensaba que debían estar más próximos de la tercera opción. Aquella zona estaba menos poblada y había bosques inmensos con cabañas perdidas en medio de la nada. Cuando les sacaron de la furgoneta con los ojos cerrados le vino un fuerte olor a humedad y agua retenida.

Desde entonces los días se habían convertido en una eterna presencia de oscuridad y frío. Les llevaban una comida por la mañana y otra por la noche. Tenía un cubo para hacer sus necesidades y nunca les hablaban. Únicamente en dos ocasiones les había reunido en la misma sala. La primera a las pocas horas de llegar a aquel lugar. Un hombre de mediana edad a cara descubierta les había indicado las normas. Después cada uno había sido llevado a su celda. La segunda vez había sido como dos semanas más tarde. Les sacaron uno a uno para meterles en una celda mucho más grande. Allí había una mesa metálica y lo que parecían utensilios de un

quirófano. Dos hombres habían sujetado a su padre y lo habían colocado en una silla con correas de cuero. Después le habían obligado a que eligiera entre que le cortaran un dedo de su mano derecha o que uno de nosotros sufriera un castigo peor. Le obligaron a extender el brazo y colocar la mano sobre la mesa. William estuvo a punto de orinarse en los pantalones cuando uno de los secuestradores sacó un cuchillo gigantesco y le seccionó uno de los dedos. Después de grabar en video su agonía, le permitieron a su madre que le curara la mano. Había sangre por todas partes.

La última vez que les habían reunido había sido hacía apenas unas horas. Se veía a los secuestradores nerviosos, pensó el chico al mirar los rostros de los hombres debajo de los pasamontañas. El único que llevaba la cara descubierta era el jefe. Les puso en fila y por unos instantes pudo ver el cuerpo enflaquecido de su madre, la figura casi asustada de su hermana y la espalda molida a golpes de su padre.

El hombre se comenzó a mover entre ellos y les dijo: «Muy pronto serán liberados. Será mejor que hagan un último esfuerzo y no comentan ninguna tontería. Ya está reunida toda la familia».

William, a sus nueve años, era ya un niño muy inteligente y maduro. Supo que detrás de aquellas palabras había una amenaza velada. Su liberación no consistía en simplemente marcharse a casa. Si el jefe les había mostrado el rostro, sin duda su plan era eliminarlos a todos. No perdería la primera oportunidad para escapar y pedir ayuda.

Mientras les hablaban le comenzó a faltar el aire. Después sintió un fuerte dolor en el pecho y supo que un miembro de su familia había muerto. No se trataba de un presentimiento, estaba completamente seguro de que alguien de su familia había muerto y no podía quitar de su mente a su hermana Betty. Se levantó de la cama e hizo una breve oración por ella. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar a su familia. Ya no podía conformarse con sobrevivir.

* * *

Philip continuaba temblando cuando los tres subieron el coche. La muerte de Betty le había dejado paralizado. Estaba dispuesto a acabar con ella para salvar su vida, pero al contemplar su cuerpo inerte sobre el césped del estadio fue consciente de que el juego en el que había estado involucrado los últimos meses se había terminado. Mientras indicaba al hombre el camino hasta la mansión una sola frase se repetía en su mente «Matar a Maryam Batool». Supuestamente esa no era su misión, pero ahora que Betty había muerto él debía encargarse de todo el trabajo y por un momento se sintió aliviado. Era más fácil asesinar a una asesina confesa y prófuga que a su amiga de la infancia. Aunque sabía que si tocaba un pelo de la mujer el agente inglés le pegaría un tiro como había hecho con su amiga.

El viento exterior parecía huracanado. La lluvia caía con tanta fuerza que nublaba el limpiaparabrisas e impedía que vieran a más allá de un metro de distancia.

El chico estaba sentado junto al conductor; la mujer, en la parte trasera, aunque en algunos momentos se incorporaba y situaba su cabeza a la altura de ellos dos. Apenas quedaban unos minutos para que llegaran al camino que atravesaba el bosque cuando notó como la mujer pasaba el brazo por su cuello y comenzaba a apretar.

—¿Qué haces? —preguntó Anthony asustado.

—Acabo de ver el video. Mientras vosotros estabais buscando el lugar. Conecté el lápiz USB al monitor que Maldonado tiene para sus hijos en los asientos de detrás. ¿Sabes quién sale mandando los mensajes desde la biblioteca? Efectivamente, Philip, el amigo de Betty.

—No me mate, se lo contaré todo —dijo el joven medio asfixiado por el brazo de la mujer.

—Será mejor que nos digas la verdad. ¿Por qué intentó matarme Betty? ¿Qué tienes que ver tú en todo esto?

El chico se tocó el cuello cuando la mujer aflojó un poco el brazo. A simple vista Maryam no parecía una mujer muy musculosa, pero tenía suficiente fuerza para ahogarle o romperle el cuello.

—Un día unos tipos me contactaron por Internet. Me amenazaron primero con matarme si no hacía lo que ellos me pedía. Quería que me carteara con una asesina que estaba encerrada en Escocia.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué tenías que hacer eso? —preguntó la mujer impaciente.

—Lo desconozco. Simplemente hice lo que me pedían. Después me exigieron que les pasara información sobre las costumbres de la familia Cox y de Betty. Cuando les secuestraron supe que esa gente iba en serio.

Anthony comprendió que de alguna manera el objetivo no era la familia Cox. El secuestro únicamente había sido una excusa para que trajera a Maryam desde Escocia.

—No podemos ir a esa casa. Esa gente te quiere a ti. La familia Cox permanece con vida todavía porque no te han asesinado.

—No lo entiendo. ¿Quién sería capaz de secuestrar a una familia para que yo saliera de la prisión? ¿Por qué precisamente los Cox y en Texas? —preguntó Maryam aturdida.

—¿Quién te quiere ver muerta? —dijo Anthony deteniendo el coche al principio del sendero.

La mujer pensó por unos instantes. Sin duda había mucha gente que deseaba verla muerta. Posiblemente la familia de Salomón, y también la de Edward Rod, por no hablar de los magnates que había asesinado en el Caribe, sobre todo *Mr. Robert*, el millonario de los perritos calientes.

—¿Mientras estuviste trabajando en la City de Londres hiciste algún trabajo para magnates de Texas?

—Sí, claro. El sector del petróleo siempre ha sido muy importante en la bolsa —

dijo Maryam intentando recordar.

En ese momento escucharon un fuerte estruendo a sus espaldas. Un tornado de enormes dimensiones se acercaba al coche. Anthony no se lo pensó dos veces, pisó el acelerador y entró en el sendero a toda velocidad, apenas había avanzado un kilómetro cuando notó que algo frenaba el vehículo.

—¡Póngalo a resguardo de aquella pared de roca! —gritó el chico mientras observaba cómo el tornado absorbía todo a su paso.

El agente colocó el coche lo más pegado que pudo a la roca. Cuando el tornado llegó a su altura, el coche se elevó, poniéndose casi de lado, pero la pared impidió que diera la vuelta. Después se rompieron los cristales y cientos de fragmentos se expandieron en todas las direcciones. Escucharon un crujido y un gran trozo de la pared de roca comenzó a desprenderse. Maryam intentó abrir la puerta, pero no pudo. Escuchó un fuerte golpe en el techo del coche y observó cómo poco a poco este se hundía sobre sus cabezas. Su mente se dirigió justo en aquel momento a un recuerdo infantil que casi había sepultado por completo. El olor de las especias cocinadas en la lejana Pakistán, cuando era una niña pequeña. Después notó cómo le faltaba el aire y perdió el conocimiento.

22

RECUERDOS

El sonido era casi insoportable. Sabía que estaban en algún sótano, pero el edificio se movía como si se estuviera produciendo un terremoto, aunque en esa zona no eran nada comunes y William estaba casi seguro de que en realidad se trataba de un tornado. En su corta vida había vivido muchos momentos como ese. Su casa tenía un cuarto especial en el sótano, pero en una ocasión le tocó sufrir uno en la autopista, mientras se dirigía con su familia a San Antonio. Afortunadamente, lograron alejarse del tornado y todo se quedó en un susto. En ese momento escuchó ruido en el pasillo y se preparó. Lo tenía todo planeado. Tenía la cama colocada al lado de la puerta. Cuando aquel tipo abriera saltaría sobre él, le golpearía con una barra de la cama que había logrado arrancar y después saldría al pasillo. Al principio pensó que sería mejor salvar al resto de su familia, pero después creyó que lo más conveniente era huir y pedir ayuda.

Escuchó el cerrojo al abrirse, se preparó encaramado detrás de la puerta y cuando el secuestrador empujó la hoja, él se lanzó sobre el hombre. Aquel tipo no esperaba una reacción como aquella de alguien que se había mostrado asustado y sumiso todas aquellas semanas. Logró derrumbar al hombre y le golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza. El secuestrador se lo quitó de encima mostrando una fuerza tremenda, pero él se levantó rápidamente y le golpeó repetidas veces hasta que el tipo se tambaleó. Aferró la barra con las dos manos y como si de un bate se tratará le golpeó justo en la frente. El secuestrador se derrumbó hacia atrás. El chico le registró rápidamente los bolsillos, le quitó una linterna, una pistola y un teléfono. Después lo empujó dentro de la celda y la cerró por fuera. William tardó unos segundos en aclarar su mente. A un lado había un pasillo que terminaba en unas escaleras y al otro lo que parecía un sala más grande. Se digirió hacia la sala y se dio cuenta de que se trataba de una especie de garaje. Había una gran puerta mecánica y dentro de ella otra más pequeña con una manilla. Intentó abrirla, pero no lo logró. Entonces escuchó como se accionaba el mecanismo de la puerta automática y se ocultó detrás de unas cajas.

Un vehículo grande y negro entró en el garaje en medio del vendaval. El viento era tan intenso que la puerta se estremeció, como si estuviera a punto de partirse en dos. Cuando al final se cerró de nuevo únicamente se escuchaba cómo el cercano tornado rugía en el exterior.

Dos hombres salieron del vehículo. Después tomaron del asiento de atrás el cuerpo de una mujer y la dejaron en el suelo; después el de un hombre. Ambos estaban cubiertos de sangre y parecían muertos, pero no lo estaban. Los dos secuestradores cogieron por los pies y las manos a la mujer y se la llevaron por el

pasillo. Unos cinco minutos más tarde regresaron a por el hombre.

William no sabía qué hacer; pensó intentar despertar a aquel desconocido, pero esa gente podía llegar en cualquier momento. Antes de transportar al hombre, los dos tipos se apoyaron en el coche y se encendieron unos cigarrillos.

—Hicimos bien en seguirles. Sabía que esos dos críos no podrían hacer el trabajo ellos solos —comentó uno de los hombres.

—Sí, aunque la chica tenía agallas, al menos lo intentó —contestó el otro.

—El jovencito los estaba trayendo hacía aquí, puede que para intentar engañarlos, pero tengo la impresión de que quería traicionarnos. Será mejor que nos ocupemos de su familia.

—No, eso echaría por tierra nuestros planes. Tenemos que ceñirnos a lo acordado, ya sabes lo que nos pasa cuando improvisamos.

Los dos secuestradores terminaron sus cigarrillos, los arrojaron al suelo y se llevaron al hombre.

Esperó unos segundos antes de salir del escondite e intentó aclarar sus ideas. Fuera había un verdadero vendaval y era consciente de que no llegaría muy lejos a pie. Por otro lado, el tipo que había dejado en la celda no tardaría en montar un escándalo o alguno de sus compañeros lo echaría de menos. Debía intentar salvar al resto de su familia. Tal vez logran escapar en ese vehículo. William se dio media vuelta y abrió la primera celda. Su hermana Jennifer se encontraba en una esquina vistiendo aún el camisón de la noche que la secuestraron, pero completamente sucio de polvo y sudor. Cuando le vio comenzó a llorar y corrió para abrazarle.

—Tranquila. No hagas ruido, tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes.

El chico se soltó de su hermana y se dirigió a las otras dos celdas. Abrió la primera pero estaba vacía; lo intentó con la segunda, pero tampoco había nadie dentro.

—Están arriba —dijo casi en un susurro a su hermana.

La chica comenzó a llorar, como si se estuviera liberando en aquel momento de la angustia pasada en soledad en las últimas semanas. Él la abrazó de nuevo y después sacó la pistola de su bolsillo.

—¿Qué haces con eso? —preguntó la hermana mirando el arma.

—Tenemos que sacarlos de aquí antes de que les pase algo malo.

—Pero nuestros padres...

El chico le puso un dedo sobre los labios de la chica y esta se quedó callada mientras las lágrimas continuaban recorriendo sus mejillas sucias hasta caer sobre el camisón ennegrecido.

Ascendieron por las escaleras despacio; después abrieron una puerta que daba a un pasillo y se dirigieron pisando suavemente sobre la moqueta hasta un salón. La puerta estaba entornada. Sus padres estaban de rodillas, atados por la espalda y amordazados. En el suelo se encontraban el hombre y la mujer que habían subido los secuestradores unos minutos antes. Al otro lado se encontraban tres hombres en pie y

un anciano sentado en una gran butaca.

William intentó pensar, pero notaba cómo la sangre le golpeaba las sienes. Estaba demasiado nervioso para tener la mente clara. Respiró hondo y una vez recuperado el sosiego se le ocurrió cómo podía sacar a sus padres de aquella situación.

* * *

Una de las cosas que pasó por su mente fue que estaba muerta. Lo había imaginado muchas veces, no porque estuviera deseando morir, más bien por esa especie de consciencia constante de la realidad que había tenido desde que despertara en aquella clínica de Londres. Desde entonces muchas veces se había sentido una mera observadora de su propia vida, como si otra persona fuera la que controlara su voluntad. En algún momento, cuando entregó su vida a la organización de El Círculo, supo que había firmado un pacto con el Diablo. Ellos daban todo, pero pedían todo a cambio. Ella era una estudiante brillante, llena de complejos por su condición de huérfana, pero que de alguna manera soñaba con crecer y formar la familia que nunca había tenido. Ellos tenían unos planes muy diferentes para su vida. Los miembros de El Círculo no podían tener intereses personales; sin duda poseían lo que otros apenas se habían atrevido a soñar, pero vivían como monjes ascetas, ya que todo era de El Círculo y para El Círculo. Seguían un estricto código ético que sobre todo buscaba salvaguardar la reputación de sus negocios y disimular su verdadera naturaleza, pero ella se había cansado de fingir y se había dejado llevar por todos los placeres inventados por el hombre.

Prácticamente May se había quedado arrinconada en una parte de la mente de Maryam mientras esta hacía las mayores aberraciones y cometía los más terribles crímenes, pero ahora estaba dispuesta a luchar contra su otra mitad.

La psiquiatra la había descubierto en sus largas sesiones en la cárcel, como si la retorcida mente de Maryam, medio oculta en su gran ego y maldad, esperara pacientemente para poder volver a salir a la luz. Grace había sido la única en conocer el verdadero fondo de su alma, aunque ella seguía preguntándose si no era tan responsable de aquellos crímenes atroces como su otra mitad.

Cuando surgió el caso de la familia Cox Maryam vio una posibilidad de engañar a esa estúpida psiquiatra de buen corazón y escapar a América. La oportunidad se dio tras la visita del agente Anthony, un tipo solitario y amargado que estaba comenzando a enamorarse de Grace. Lo que Maryam no sabía era que su otro yo que luchaba por salir a la luz quería utilizar aquel viaje como una especie de redención por sus muchos pecados.

Cuando el chico les habló en el coche antes de que el mundo entero se les cayera encima, ella supo que El Círculo la había atraído hasta allí. Primero pensó por un momento qué podían querer de ella tanto tiempo después. Maryam había intentado apartarse de ellos y que la dejaran en paz, pero seguía teniendo algo que les

pertenecía, la información suficiente para desmontar sus empresas fantasmas, sus cuentas en paraísos fiscales y su responsabilidad en la mayor crisis bursátil de la historia. Maryam había guardado todo aquello tras escapar de la casa de Salomón Lewin, simplemente como un salvavidas, por si ellos quería regresar y ajustar cuentas. Ahora lo había entendido todo. Podían encargar a alguien su asesinato en la prisión, pero ella había dado orden a un testafierro que en el mismo momento que muriese toda esa información fuera entregada a la Reserva Federal. Ahora la tenían en sus manos.

Notó la moqueta mullida bajo su cuerpo. Después la respiración próxima de alguien tendido a su lado y el olor a sangre y barro, pero se quedó quieta, intentando pensar cómo reaccionar cuando despertase.

Les habían sacado del coche medio aplastado por las rocas. Maryam tenía un fuerte dolor en la cabeza y los brazos magullados, pero sobre todo le dolía el costado, como si tuviera una costilla rota.

Intentó imaginar por qué habían elegido a los Cox para atraerla a América. No imaginaba una razón lógica, pero de una manera u otra habían conseguido su objetivo.

Maryam comenzó a despertarse de nuevo en su mente, May no quería enfrentarse a ella. Sabía que la única forma de vencerla era con la paciencia y la astucia. Unos segundos más tarde la inocente chica asustada había desaparecido dejando lugar a su yo más oscuro.

—Hola, Maryam; percibo que has vuelto. Estábamos esperándote impacientes. Hemos tenido que preparar un plan muy elaborado para traerte de nuevo a El Círculo. Ya sabes que somos tu familia. Me siento como el padre que recibe de nuevo al hijo pródigo que regresa tras años de ausencia. Eras mi preferida, siempre lo fuiste. Se puede decir que prácticamente te formé yo. Una perfecta bróker de la bolsa, una mujer independiente, fuerte y despiadada, pero sabía que tu otro yo te empujaría a salir de la prisión para poder lavar tu sucia conciencia y ahora estas aquí, delante de mí. Has vuelto a casa.

La voz del anciano parecía inundar poco a poco toda la sala, mientras el viento huracanado del exterior sacudía las cercanías del lago Livingston. Los Cox miraban atónitos la escena, aún sin entender qué hacían allí, por qué les habían elegido como el cebo mortal. No lograban escuchar con claridad la conversación. La voz del anciano parecía casi un susurro. Ezekiel giró por unos instantes su cabeza y vio en la rendija de la puerta uno de los ojos de su hijo William. Deseó poder gritarle que escapara, pero nadie puede huir del infierno mientras el Diablo vigila la puerta.

LA FAMILIA COX

Su ojo estaba muy hinchado y apenas le permitía ver algo. A su lado se encontraba su esposa Julie; su aspecto no podía estar más deteriorado. Su melena rubia se encontraba enmarañada y sucia, su rostro pálido no podía disimular las huellas de la edad, y sus profundos ojos grises permanecían ahora apagados y sin vida. Llevaban semanas encerrados y cada minuto que pasaba las esperanzas de escapar con vida eran mucho menores.

Cuando entraron aquella noche en su casa al principio se imaginó que se trataba de ladrones comunes, pero por desgracia enseguida descubrió que aquella gente era mucho más peligrosa de lo que en un primer momento había pensado. Después de que los maniataran y amordazaran dentro de la furgoneta comenzó a creer que aquellos tipos eran algún tipo de secta fanática que no estaba de acuerdo con su interpretación de las Sagradas Escrituras. Cada día aparecían en YouTube y otras plataformas todo tipo de extremistas acusándole de hereje, de ser un pastor permisivo y apostata. Solo era cuestión de tiempo que alguno de esos fanáticos pusiera en práctica lo que vociferaban en las redes sociales.

El único pecado de Ezekiel Cox era pertenecer a una casta de famosos predicadores conservadores y haber cambiado en parte su discurso en los últimos años.

La crisis financiera había dejado a muchos de sus fieles sin un hogar o un trabajo con el ganarse la vida. Cada día veía cómo la buena gente de Houston perdía lo poco que tenía mientras las grandes corporaciones se hacían mucho más ricas. Las desigualdades entre los norteamericanos habían comenzado en los años ochenta, después de la grave crisis del petróleo, pero desde entonces no habían hecho sino crecer. Para un padre de ingresos medios era casi un milagro poder enviar a más de un hijo a la universidad. Muchos jóvenes se endeudaban durante décadas para poder pagar sus estudios.

La clase obrera estaba aún peor. Después de la crisis de 2007 era imposible que los trabajadores soñaran con mejorar sus condiciones de vida; la mayoría se limitaba simplemente a sobrevivir. La ciudad de Detroit era el ejemplo más claro de la destrucción del sueño americano.

Ezekiel había dado un paso al frente en el año 2010, cuando la crisis ya había sacudido a millones de personas de todas las razas, clases y sectores económicos. Sus libros meramente espirituales habían dejado paso a una denuncia profética contra los que oprimían al pueblo. Naturalmente, muchos de los pastores más conservadores se le habían opuesto, acusándole de meterse en política, aunque ellos mismos no habían

dejado de hacerlo durante años.

Ahora estaba allí, sentado sobre la moqueta del salón con su familia secuestrada y se sentía totalmente impotente.

Un par de minutos antes había observado lo que parecía la cara de su hijo. Aunque hubiera deseado que saliera de allí y buscara ayuda, sabía que nunca lo haría. Era incapaz de abandonarlos.

Jennifer, William y Betty eran tres tesoros que Dios le había regalado. Les quería por igual, aunque su hija mayor estuviera atravesando una época difícil de cambio y lucha interior. Durante meses había estado orando por ella durante horas; no quería que se alejara tanto de ellos como para perderse en un mundo complejo y repleto de peligros. Él había tenido una etapa de rebeldía cuando tenía sus años, justo a finales de los años setenta, cuando la droga hacía estragos en el país y la delincuencia había llegado a su punto más alto. Era cierto que en Houston la violencia no superó la de lugares como Nueva York o Los Ángeles, pero la tradicional y conservadora sociedad tejana se había resquebrajado desde entonces.

Él mismo había cometido el mayor error de su vida al poco tiempo de convertirse en el novio de Julie, al acostarse con una compañera de la universidad y dejarla embarazada. Toda la vida se había arrepentido de aquel error, pero únicamente tuvo valor para confesárselo a su esposa hacía más o menos dos años, justo antes de que el escándalo saltara a los medios de comunicación. Aquel pecado de juventud había conseguido que se tambaleara su familia y su ministerio; desde entonces Betty se había alejado de él. De alguna manera se sentía defraudada por el que consideraba hasta ese momento el hombre perfecto. Cuántas lágrimas había derramado por aquel error. Ahora había decidido reconocer a su hijo y recuperar el tiempo perdido, pero sus enemigos parecían tener otros planes para su vida.

Julie Cox miró de reojo a su marido. El pobre Ezekiel parecía muy decaído y tenía por todo el cuerpo el rastro de las palizas que había sufrido en los últimos días. Ella misma le había tenido que curar el dedo amputado e, intentando guardar la calma, había reservado sus emociones para la soledad de su celda. Temía por la vida de Jennifer y William. Ellos eran demasiado pequeños para asimilar todas aquellas cosas, pero también pensaba mucho en Betty. La última vez que la habían visto discutieron por un *piercing* que su hija quería ponerse en la lengua; ahora se arrepentía de no haberla abrazado. Su primogénita era una de las personas que más amaba en este mundo y temía no poder volver a verla nunca más.

Ser la esposa de un predicador famoso nunca había sido fácil y aunque desde un primer momento había aceptado su destino, eso no significaba que eso le hubiera ahorrado algunos sufrimientos. Julie no tenía amigos de verdad. Estaba rodeada de gente, colaboradores y feligreses que la ponían en un pedestal, pero ella no se creía mejor que ellos. No podía mostrar debilidades, tampoco cometer errores o simplemente decidir desconectar unos meses de un trabajo absorbente que ocupaba casi las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Ezekiel pasaba la mayor

parte del día trabajando sin parar. Ella le admiraba profundamente, pero le echaba de menos. Los chicos comenzaban a ser más mayores e independientes y ella cada vez tenía más la necesidad de retomar su propia vida, pero ya no quedaba nada de la joven Julie ambiciosa y con el sueño de convertirse en actriz. Además, las mujeres de los predicadores no podían ejercer ese tipo de profesiones.

Cuando su esposo decidió volcarse con los más necesitados y denunciar los abusos de algunas empresas y grandes magnates ella le apoyó con todas sus fuerzas. Gracias a aquel giro inesperado Julie había encontrado una nueva causa a la que dedicar la mayor parte de su tiempo. Lo que en ese momento no podía imaginar era que buena parte de la alta sociedad de Houston con la que se había criado le daría la espalda. Aunque lo peor fue cuando Ezekiel le contó su aventura con una compañera de la universidad durante su noviazgo. Era cierto que en todos aquellos años de matrimonio se había mantenido fiel, pero aquello no disipó el dolor profundo de sentirse engañada durante todo ese tiempo. Ahora su familia parecía deshacerse como un terrón de azúcar en café negro y fuerte. No podía rendirse, debía luchar hasta el final.

El anciano se puso en pie y camino al lado de las dos personas tumbadas en el suelo y los esposos Cox. Podía sentir todo ese odio dirigido hacia él y eso le hacía sentir mucho mejor. Disfrutaba viendo cómo las pocas personas bondadosas que aún no habían sucumbido al egoísmo desenfrenado, al materialismo estúpido y a la más completa indiferencia terminaban dejándose gobernar por los celos, la envidia, el rencor o el odio.

—Mientras nuestros nuevos invitados se despiertan creo que es el momento de zanjar un viejo asunto. La familia Cox ha esperado impaciente todas estas semanas un desenlace de su precaria situación y aunque la Biblia dice que la «prueba de la fe produce paciencia...», creo que este es un buen momento para ponerles a prueba.

El anciano se paró delante de Ezekiel y se agachó ligeramente; después su cara se transformó en una verdadera mueca de odio. Aquel tipo apestaba aún a decencia y bondad. El olor más fétido para un hombre de negocios tan viejo como el mundo.

—Ezekiel, somos viejos amigos. Puede que tú no sepas quién soy, pero yo te conozco profundamente. Sé tus debilidades y tus virtudes, aunque si te soy sincero siento más aprecio por las primeras. Pensé que tú serías menos testarudo que tu viejo padre. Es cierto que era un tipo un tanto arrogante y rígido, pero nunca llegó a ser un legalista o un predicador altivo; se mantuvo fuera de mi alcance casi todo el tiempo, pero contigo tenía muchas más esperanzas. Los hijos de los predicadores son mi predilección. Simplemente, con que se desvíen un poco, pueden llevar a muchos a sus mismos errores. No puedes imaginar cuántos mercachifles manejo a mi antojo todos los días. Hombres y mujeres que únicamente desean dinero, poder y sexo. Muy aburrido, te lo confieso.

El anciano aferró con sus manos huesudas el pelo castaño del hombre y tiró con fuerza para atrás. Ezekiel tuvo que sostenerle la mirada y notó un misterioso color

rojizo debajo de sus apagados ojos grises.

—Te facilité fama y poder. Te convertiste en el consejero del presidente, un tipo arrogante que pensaba que iba a salvar el mundo, pero que únicamente se ha dejado llevar por la ponzoñosa corriente de la historia. Hasta te hice un escritor de éxito, pero tú no te saliste de los límites. El santurrón de Ezekiel Cox y su familia perfecta.

El predicador notó la desagradable sensación que comenzó a recorrerle todo el cuerpo. ¿Cómo había estado tan ciego? Llevaba tanto tiempo luchando contra la maldad y aún no sabía reconocerla cuando la tenía enfrente.

—Ahora todo eso ya no tiene importancia. La familia Cox me ha prestado un último servicio, pero ya no me es útil; ahora ya nada me impide que simplemente desaparezcáis. Pero antes espero que sufráis lo indecible.

Ezekiel notó una fuerte opresión en el pecho. Parecía como si una fuerza invisible le estuviera aplastando. Comenzó a respirar hondo, pero sus pulmones apenas recibían aire.

—Me hubiera gustado que vierais a Betty antes de morir, pero el destino ha preferido que las cosas fueran de otra manera. Este hombre que está aquí tendido, Anthony Wise, le ha pegado un tiro en el estadio de los Bowers dejándola tirada en el césped como si fuera un perro. Tu querida hija ya no terminará la universidad ni se casará, tampoco continuará la tradición familiar de convertirse en salvadora de almas. Anthony la ha matado para salvar a esta puta, una de las asesinas más peligrosas y sanguinarias que existe. ¿Crees que merecen vivir?

El hombre se inclinó hacia delante roto por el dolor. No hay nada más terrible que un padre pierda a un hijo. Betty era la niña de sus ojos; con ella habían aprendido como matrimonio la belleza de crear y formar una nueva vida. Ahora Betty, simplemente, había desaparecido.

—¡Dios mío! ¿Por qué lo has permitido? —gritó Ezekiel traspasado por el dolor.

Su esposa le miró atónita. Aún no se podía creer lo que había escuchado. Betty estaba muerta, su niña, su pequeña estaba tirada en medio de la lluvia, completamente sola. Comenzó a llorar mientras su marido a su lado se derrumbaba por completo.

El anciano disfrutó unos instantes de la escena antes de intervenir. Ese dolor tan humano era una de las *delicatessen* por las que merecía la pena servir a su Señor.

—«Ojo por ojo y diente por diente» —dijo el anciano percibiendo cómo el dolor de la pareja se convertía poco a poco en odio puro.

Ezekiel levantó la vista y observó a la pareja que yacía inconsciente. ¿Quién era aquella gente? ¿Por qué habían asesinado a su hija?, pensó mientras todo lo demás, el sufrimiento y su lucha interior, quedaba a un lado. Ahora era un padre enfrente de las personas que habían terminado con la vida de su pequeña.

—Liberaré a tu bella esposa y a tus hijos si me ahorras el trabajo de ensuciarme las manos. Son una puta y un detestable agente a quien lo único que le importa es encontrar alguna zorra que se acueste con él. ¿Qué me dices? —preguntó el anciano mientras se relamía esperando la respuesta.

Sabía que las últimas resistencias del predicador habían caído, pero ahora quería verle revolcarse en su odio y destruirle interiormente. No había nada tan potente como una verdad a medias; aquel juego siempre daba el resultado esperado.

La mente de Ezekiel estaba muy confusa. Miraba a su esposa intentando adivinar sus pensamientos, pero lo único que veía en sus ojos era un vacío tan insondable como el suyo propio. Al final afirmó con la cabeza y el anciano hizo un gesto a sus hombres. Le pusieron en pie y le desataron las manos.

—Sé que eres un buen tirador, pero imagino que un cuchillo es un arma mejor para descuartizar a dos alimañas como estas.

El anciano le entregó el cuchillo. El hombre lo miró como si no supiera qué hacer con aquel objeto. Supo que le estaba utilizando, pero no tenía más alternativa. Si quería salvar a su familia tenía que acabar con la vida de aquella gente.

—¡Hazlo, maldita sea! —gritó su mujer—. No quiero perder a mis otros dos hijos.

Ezekiel se volvió hacia su mujer aturdido, pero sabía que tenía razón. Apretó el mango del cuchillo con fuerza y dio un paso hasta la mujer tendida en el suelo. Intentó orar en su interior, pero Dios parecía muy lejos de aquel lugar.

El tornado estaba a menos de un par de kilómetros de la vieja casa colonial. Su furia parecía absolverlo todo, nada podía resistirse a su inigualable fuerza.

PROMESAS INCUMPLIDAS

Las lágrimas apenas le dejaban ver nada. En algún momento la había odiado, tal vez porque había visto lo que había hecho sufrir a sus padres, pero William amaba a su hermana con toda su alma. En muchas ocasiones la había visto como el modelo a seguir. Betty era buena estudiante, le gustaba cantar en el coro de la iglesia y, hasta hacía dos años, se había comportado como una perfecta hermana mayor. Claro que a veces se peleaban y que él siempre deseaba llamar su atención, pero a pesar de ser tan distintos eran inseparables.

A William le gustaba crear máquinas, la mayoría de ellas totalmente inservibles. Betty siempre le animaba a continuar aquel camino. En el último año y medio apenas se habían visto. Ella estaba en la universidad y se había hecho mayor. Cuando miró hacia atrás observó que Jennifer estaba a punto de echarse a llorar. Le tapó con fuerza la boca; no quería que aquellos tipos los descubriesen. Tenía un plan, pero todo lo que había oído dentro del salón le había dejado completamente desconcertado.

Intentó serenarse, pero cuando vio que el anciano le entregaba el cuchillo a su padre el corazón se le aceleró de repente. No había más tiempo, debía actuar cuanto antes.

—Jennifer, al fondo de se pasillo está la entrada principal. Quiero que vayas hasta allí. Cuando escuches un disparo abre la puerta y comienza a correr. No pares hasta que llegues a alguna carretera y después pide ayuda. Si no encuentras a nadie llama a emergencias con este teléfono. ¿Lo has entendido? El tornado se está aproximando, por eso es importante que corras hacia el este —dijo William a su hermana en voz baja.

—No puedo hacerlo —contestó ella temblando.

—Sí puedes. La vida de nuestros padres depende de ello.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Yo tengo que hacer algo para distraer a esa gente; debemos ganar todo el tiempo que podamos —contestó William mientras agarraba la cara de su hermana con las dos manos. Después le dio un beso en la mejilla y la empujó hacia el pasillo.

La chica se puso en pie, pero se quedó quieta, observando a su hermano, como si tuviera el cuerpo paralizado. Este le hizo un gesto para que se moviese y la chica comenzó a correr por el pasillo. Estaba descalza, pero la moqueta amortiguaba sus pasos. Cuando llegó al gran recibidor vio la puerta de la calle y se dirigió hacia ella a toda velocidad. La abrió y contempló el tornado que se acercaba directamente a la casa. El gran embudo de aire la atraía como si se tratara de una hoja de papel, tuvo que aferrarse al pomo para no salir volando. Logró ponerse de nuevo en pie y cerrar

la puerta. No podía salir por allí. Corrió de nuevo hacia el pasillo y bajó las escaleras que le conducían al sótano. Tal vez por la parte trasera de la casa el viento no fuera tan fuerte, se dijo mientras pasaba por las puertas que habían sido la prisión de su familia en los últimos días. Entonces escuchó a sus espaldas un ruido: uno de los guardas de la casa le debía haber visto en la entrada de la casa y le había seguido hasta el sótano. Se dirigió directamente al garaje y encendió la luz; después apretó el botón de la puerta automática. Esta comenzó a abrirse lentamente. Jennifer miró a su espalda y vio a un hombre negro, muy corpulento y con la cabeza rapada que se dirigía a ella a toda velocidad. La puerta apenas había subido un palmo, pero decidió tirarse al suelo e intentar pasar. Consiguió sacar la mitad del cuerpo, pero notó como una mano le aferraba la pierna. Intentó golpear al hombre con sus pies desnudos, pero lo único que consiguió fue que el secuestrador le atrapara la otra pierna y tirase de ella con fuerza. Su cuerpo se arañó con el cemento del suelo, pero logró girarse en parte. Un fuerte viento sacudió la puerta a medio abrir y les empujó hacia fuera. El hombre soltó a la chica para poder erguirse de nuevo e intentar agarrarse a algo antes de que el viento se lo llevara. Jennifer notó como el aire la absorbía, pero logró aferrarse a la pierna del secuestrador y este no tuvo más remedio que tirar de los dos y volver a entrar en el garaje. Entonces la chica aprovechó la situación para girarse y propinarle una patada al hombre en sus partes. El secuestrador aulló de dolor, ella se aferró a los tubos de la luz y le pegó una patada en la espalda que le sacó del garaje. Después se giró y dio con el pie al botón de la puerta, que comenzó a descender lentamente. El hombre reaccionó y se giró para agarrarse a la puerta, pero el viento no se lo permitió: simplemente le absorbió y desapareció en medio de las ramas y otras cosas que arrastraba el tornado.

Cuando la puerta se cerró por fin Jennifer respiró aliviada, aunque ahora se encontraban encerrados en aquella casa infernal.

Miró en el bolsillo de camisón y notó el teléfono. Lo encendió y marcó el número de emergencias, pero la línea no funcionaba. Estaban incomunicados. Pensó en correr para advertir a William, pero escuchó un disparo y se quedó paralizada, sin saber qué hacer.

* * *

Después de dejar pasar un tiempo razonable, el chico sacó el arma de su bolsillo y apuntó al anciano. No estaba seguro de poder hacerlo, pero debía intentarlo. Levantó el arma y acarició el gatillo. Esperaba que con la sorpresa, y ahora que su padre estaba armado con un cuchillo, les fuera más fácil huir a los tres. En ese momento el anciano se giró, como si pudiera adivinar qué estaba a punto de hacer y William se quedó paralizado por completo. Intentó apretar el gatillo, pero las manos no le respondían.

—¡Dios mío! —gritó el chico, que notaba como si una mano invisible le

impidiera apretar el gatillo.

Aquella simple palabra desconcertó al anciano, que le miró con sus ojos grises como si pudiera fulminarle con la mirada. Ezekiel aprovechó para hincar el cuchillo en el brazo del anciano con un gesto rápido, que dio un fuerte gemido. Se giró hacia él y con una fuerza inesperada lo lanzó hacia atrás. Los secuestradores reaccionaron intentando atrapar al hombre, pero William logró disparar a la espalda de uno de ellos y el resto se puso a cubierto. Maryam se levantó de repente y golpeó al otro, mientras Ezekiel aprovechaba para levantar a su mujer del suelo y correr con ella hacia la salida.

El anciano se agarró el brazo herido, pero enseguida reaccionó pidiendo a sus hombres que los atrapasen. Maryam miró el cuerpo aún inconsciente de Anthony y supo que no podía hacer nada por él, al menos por el momento.

Los secuestradores comenzaron a disparar contra los tres fugitivos, pero William respondió al fuego y se cubrieron tras el sillón.

Cuando los tres estuvieron en el pasillo, cerraron la puerta y se dirigieron a la entrada principal. El viento impedía que pudieran escapar de la casa, por lo que decidieron correr a la primera planta.

Los disparos silbaban a su espalda, pero lograron subir las escaleras y desaparecer antes de que los alcanzaran. Ezekiel y su familia corrieron hacia la derecha, entrando en lo que parecía una gran biblioteca, y se ocultaron por las estanterías. Maryam siguió corriendo, encontró unas escaleras y subió hasta el desván. Se escondió entre los cachivaches e intentó recuperar el aliento.

El anciano parecía fuera de sí. Se agarraba su brazo herido, pero lo que realmente le dolía era que en el último momento sus presas se hubieran escapado con vida, aunque no tardarían mucho en estar de nuevo en su poder. Miró a Anthony, que parecía despertarse lentamente después de escuchar los disparos. El hombre sonrió al ver que al menos el agente aún continuaba en su poder. Quería observar hasta qué punto Maryam había cambiado o era uno de sus muchos trucos para sobrevivir.

El anciano tomó uno de los bastones que guardaba en un hermoso paraguero dorado. Estaba ricamente adornado con pan de oro y la empuñadura tenía la forma de un diablo que se aferraba al largo bastón de madera. Tiró con fuerza y de su interior hueco salió un largo estilete. Lo puso en el cuello del agente y esperó a que este despertara del todo.

—Anthony Wise, agente de la Interpol, padre divorciado, el tipo de hombre solitario que termina arruinando su vida. Afortunadamente, ha cumplido bien su misión. No hay nadie más estúpido que un hombre que se considera invulnerable. Su vida no tiene ningún valor. ¿Piensa que alguien le echaría de menos? Lo dudo. Hasta para su hija pequeña es usted un tipo anodino y sin valor. Qué triste es cuando somos incapaces de dejar alguna huella en el mundo.

Anthony tardó unos segundos en entender las palabras del anciano y verle con nitidez. Había recibido un fuerte golpe en la cabeza cuando la gran roca de la pared se

desprendió. Después todo había sido oscuridad. No sabía dónde se encontraba ni qué había sucedido con Maryam.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—El Círculo, por favor... ¿No me diga que no ha escuchado hablar sobre él? ¿Acaso no leyó el informe de la reclusa que tenía que interrogar?

—Sí, claro que lo leí, pero no entiendo qué quiere decir.

—Maldito estúpido —dijo el anciano pasando la afilada hoja del estilete por la cara del agente y haciéndole un profundo corte en la mejilla.

El agente se retorció de dolor mientras se tapaba la cara para impedir que la sangre saliera a borbotones de la mejilla. Miró más detenidamente el rostro del anciano y percibió algo oscuro y malévolamente en él. Algo que no pudo explicar, pero que le hizo estremecer de temor.

25

EN EL CORAZÓN DEL INFIERNO

El tornado se aproximó a la fachada de la vieja mansión mientras arrasaba el jardín delantero a su paso. Algunos árboles centenarios no pudieron resistir la extrema virulencia del viento y se quebraron como cañas de bambú mientras el aire les sacudía con todas sus fuerzas. A pesar de los refuerzos de las paredes y los cristales de seguridad, muy pocos edificios podían resistir un tornado. Aquel edificio había soportado varios huracanes y muchos ciclones, pero no podría sobrevivir a un tornado que le pasara justo por encima.

Ezekiel, Julie y William estaban ocultos en la biblioteca. No se sentían a salvo, pero al menos permanecían juntos y con vida.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó la mujer algo inquieta.

—Le pedí que saliera a buscar ayuda. Tiene un teléfono y estará llamando a emergencias.

—¿Le dijiste que saliera con un tornado a pocos kilómetros? —preguntó su padre.

—En ese momento no se encontraba tan cerca y creí que era lo mejor. Espero que no le pase nada —contestó el chico intentando tragar saliva. Nunca se perdonaría que le pasara algo malo a su hermana.

—Ya he perdido una hija, no quiero quedarme también sin Jennifer —dijo Julie poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta.

—Quieta —dijo su esposo tirando del brazo—, no puedes salir allí fuera. Te matarán.

—No me importa morir. Tengo que hacer algo.

Julie estaba fuera de sí; su familia comenzaba a desmoronarse y Ezekiel no parecía preocupado. No permitiría que nadie le hiciera daño a su pequeña.

Se escuchó un fuerte golpe al otro lado de la puerta y los muebles que habían colocado para bloquearla se sacudieron, pero aguantaron el primer envite.

—Saldremos de esta, pero tenemos que permanecer unidos. Es la única forma de sobrevivir —dijo Ezekiel.

—¿De qué conoces a ese hombre? —preguntó la mujer volviéndose a agachar.

—No lo he visto en mi vida, pero por lo que nos contó no se trata exactamente de un hombre.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Julie frunciendo el ceño.

—En otro tiempo debió ser un hombre, pero ahora es algún tipo monstruo. El alma de ese tipo está poseída; el mal le ha absorbido por dentro como si se tratase de un limón, lo único que vemos ahora es la cáscara. Nos enfrentamos a algo más peligroso que a un simple y sádico asesino.

El cielo comenzó a oscurecerse, dejando que las sombras lo invadieran todo. Miraron hacia las ventanas y observaron cómo el tornado se encontraba a menos de un kilómetro.

—No podemos quedarnos aquí, debemos intentar ir al sótano. Cuando esté sobre nosotros toda esta planta desaparecerá —dijo Ezekiel mientras se ponía de pie.

Los secuestradores empujaron con todas sus fuerzas la puerta y lograron romper la cerradura; las sillas y la mesa se tambalearon con una nueva sacudida. Ezekiel comprobó la pistola. Quedaban cuatro balas, debía utilizarlas con prudencia.

La cara del primer individuo apareció por el hueco y el predicador apuntó a la cabeza. El disparo acertó de lleno y el tipo se desplomó encima de la mesa. Dos armas surgieron por la rendija y comenzaron a disparar. Los Cox se tiraron al suelo e intentaron reptar fuera del alcance de las balas.

Los secuestradores quitaron de en medio el cuerpo de su compañero y lograron abrir del todo la puerta. Dispararon contra las estanterías y después comenzaron a recorrerlas para buscar a la familia.

El viento sacudía los cristales y el estruendo parecía inundarlo todo. Ezekiel levantó la vista y vio cómo el tornado comenzaba a tocar la casa.

—¡Al suelo! —gritó a su familia mientras las ventanas comenzaba a estallar.

Parte de la fachada exterior fue engullida por el inmenso remolino. Los secuestradores se giraron para contemplar horrorizados que se encontraban al borde del vacío, mientras la fuerza del viento les atraía hacia el centro del tornado. Intentaron huir mientras sillas, libros y todo tipo de objetos parecían cobrar vida y salir volando de la casa.

Ezekiel observó a sus espaldas lo que parecía una puerta disimulada. Le hizo una indicación a su esposa e intentó abrir. William comenzó a ser absorbido por el viento, pero su madre aferró su mano con fuerza y tiró de él. El hombre logró abrir la puerta. Dentro se veía una escalera secreta que conducía a la planta baja. Aferró a su mujer y a su hijo y los empujó escaleras abajo.

El edificio crujía y temblaba mientras los secuestradores intentaban acercarse al umbral de la puerta. Uno de ellos se agarró a la madera, pero el otro comenzó a retroceder, como si caminara hacia atrás; después el aire, literalmente, se lo llevó en volandas.

Ezekiel tiró con todas sus fuerzas del resto de su cuerpo hasta que logró introducirse dentro de la escalera e intentó cerrar, pero la puerta parecía pesar una tonelada absorbida por la fuerza centrífuga del tornado. Miró a un lado y vio cómo toda la pared de la biblioteca comenzaba a deshacerse hasta llegar al secuestrador que fue absorbido con el resto de ese ala de la casa. Miró atónito cómo literalmente el edificio desaparecía ante sus ojos y comenzó a correr escaleras abajo. Llegó a un comedor; afortunadamente, la fachada de la planta baja era de piedra y únicamente habían estallado los cristales de las ventanas.

Julie y William respiraron aliviados al ver aparecer al hombre. El techo de madera

temblaba y pudieron escuchar cómo los tornillos comenzaban a desenroscarse.

—¡Esto va salir por los aires! —gritó Ezekiel.

—Mira allí —dijo William.

Se veía la hoja de madera entreabierto de un cuarto de baño. Corrieron hasta ella y la cerraron. El niño y la madre se metieron en la bañera mientras él intentaba sujetar la puerta. Afortunadamente, el baño no tenía ventanas y estaba completamente alicatado. El suelo comenzó a temblar y la puerta se sacudía mientras Ezekiel la sujetaba con todas sus fuerzas. Entonces se oyó un estruendo ensordecedor.

* * *

Maryam escuchó los pasos de los hombres que la siguieron escaleras arriba. No estaba armada y aún se encontraba dolorida por la herida de bala y el accidente. Miró a la puerta e intentó aclarar su mente, pero se sentía totalmente superada. En los últimos meses había intentado con todas sus fuerzas controlar sus impulsos e impedir que su viejo yo tomara de nuevo el control de su vida, pero no era nada sencillo conseguirlo. Por otro lado, cada vez que por fin lograba ser de nuevo May el sentimiento de culpa por todos los crímenes cometidos se hacía casi insoportable. Ahora se encontraba allí, acorralada y sin esperanza; pero tal vez era eso lo que se merecía.

Escuchó los golpes en la puerta e intentó buscar algo con lo que defenderse. Miró a su alrededor y levantó varios trapos que tapaban muebles y baúles, pero no parecía haber nada útil que usar. Al final vio una vieja barra decorativa medio oxidada. Los hombres golpearon con violencia la puerta y lograron abrirla. Ella pudo verles bien antes de esconderse. Eran dos, pero tan grandes y fuertes que uno solo hubiera bastado para inmovilizarla.

Los secuestradores se dividieron y con sus armas en la mano comenzaron a revolver el trastero. La respiración de Maryam comenzó a agitarse. El corazón le latía con fuerza, pero tenía que intentar no perder los nervios y enfrentarse a aquellos tipos.

Estaba sentada, con la barra en la mano y apoyada en un viejo piano, cuando vio primero la pistola y después el rostro de uno de los secuestradores. Actuó con rapidez y le golpeó en la muñeca. El tipo soltó el arma con un alarido de dolor y ella se lanzó para recogerla, pero antes de que pudiera conseguirlo el matón le pegó una patada en plena cara que la dejó casi inconsciente. Su cuerpo se sacudió ante el golpe y la cabeza comenzó a darle vueltas.

—Ya te hemos cazado, maldita zorra —dijo el secuestrador, y avisó a su amigo.

El hombre se inclinó para recoger el arma y ella aprovechó para levantar una pierna y darle una patada en plena cara. El tipo se cayó de espaldas y ella intentó ponerse en pie. Tenía la nariz rota y le salía abundante sangre por el labio partido.

El secuestrador se puso de nuevo en pie y miró el arma en el suelo, pero al final

se decidió a terminar con la mujer con sus propias manos. Su compañero llegó por la otra parte y rodearon a Maryam. Ella se acurrucó en la pared en un intento de resistir, aunque sabía que era del todo inútil.

En ese momento se escuchó un fuerte crujido a su espalda. El tornado había ido devorando parte de la casa y ahora engullía la escalera de la primera planta y la pared interna de la guardilla. De repente el edificio tembló y la pared que tenían justo detrás desapareció. Uno de los secuestradores se quedó al filo del abismo que se abría bajo sus pies; intentó mantenerse en pie, pero terminó cayendo al vacío.

Ella agitó los brazos para intentar recuperar el equilibrio. Se aferró de la chaqueta del otro matón y este intentó zafarse de ella, pero Maryam tiró con fuerza y logró desequilibrarse. Mientras ella caía sobre el suelo que aún resistía entero el secuestrador era absorbido por el tornado que comenzaba a devorar todo a su paso.

Maryam se levantó lo más rápido que pudo y corrió hacia lo que quedaba de la pared. Cruzó el umbral de la puerta y comenzó a bajar las escaleras. La barandilla de la izquierda había desaparecido y a medida que descendía lo que quedaba del trastero comenzó a volar por los aires. Logró llegar a la pierna planta, pero simplemente para darse cuenta de que ya nada la separaba de la furia del viento. La otra escalera había desaparecido y casi toda la primera planta ya no existía. Corrió en dirección contraria al viento y se lanzó al vacío con la intención de sujetarse al tronco de uno de los pinos del jardín trasero. Logró agarrar el viejo árbol de corteza gruesa, pero enseguida comenzó a escurrirse por él mientras se arañaba brazos y piernas. El viento empezó a atraerla, pero logró mantenerse pegada al tronco. Entonces se giró y lo pudo ver en toda su majestad. Aquella enorme espiral de color negro azulado absorbía todo lo que tenía a su alrededor. La casa se deshacía ante sus ojos como si se tratara de un castillo de arena alcanzado por las olas. Cerró los ojos y se sujetó con todas sus fuerzas al tronco, pero el árbol comenzó a sacudirse con fuerza, como si una fuera invisible lo zarandeara para desarraigarlo para siempre del jardín de la mansión colonial.

* * *

Parecía el fin del mundo, o al menos eso era lo que pensaba Jennifer. Su padre se lo había explicado unos meses antes. Antes de la venida de Cristo se sufrían todo tipo de plagas y desastres naturales, además de la llegada del Anticristo, lo que terminaría con la destrucción de la tierra y el regreso de los escogidos. Lo que nunca imaginó fue que tendrían que sufrir todo eso antes de ir con Dios.

El edificio temblaba como una hoja sacudida por el viento, pero decidió quedarse en el garaje, aunque alejada de la puerta, que parecía que en cualquier momento saldría volando. Se acurrucó al fondo, detrás de unas cajas, pero no tardaron en cumplirse sus peores pesadillas. El tornado llegó hasta la parte trasera de la casa y se llevó la puerta de cuajo. Todos los objetos menos pesados comenzaron a volar hacia

el bosque. Ella corrió en dirección contraria y se ocultó en una de las celdas. No llevaba ni un minuto dentro cuando escuchó cómo alguien cerraba el pestillo y la dejaba encerrada de nuevo.

La chica comenzó a llorar. Su hermano había hecho todo lo posible para que escapase, pero ella por cobardía había permanecido en la casa. ¿Dónde estarían William y sus padres?

Sacó el teléfono e intentó llamar, pero el aparato no daba señal. Después se sentó en el camastro e intentó tranquilizarse. Pensó en cosas agradables. Su hermana Betty le había enseñado a hacerlo cuando se sentía angustiada por algo. Recordó el verano de hacía dos años en Florida. Su padre había ido a Miami para dar unas conferencias y después pasaron dos semanas en una zona residencial cercana a la ciudad. Disfrutaron del mar, el sol y los largos paseos al atardecer. Había sido la última vez que estuvieron todos juntos; después Betty comenzó a comportarse de manera extraña, con todos aquellos ataques de furia y las peleas con sus padres.

Ella sabía que estaban pasando cosas malas en casa. Sus padres estaban enfadados casi todo el tiempo, pero en los últimos meses casi todo había vuelto a la normalidad, aunque Betty se mantenía al margen del resto de la familia. Las dos hermanas siempre habían estado muy unidas, pero ahora todo eso parecía muy poco importante. Lo único que deseaba era recuperar a su familia.

El estruendo comenzó a cesar y ella se inquietó aún más. Temía que tras la tormenta volvieran los secuestradores. Se acurrucó como si fuera un ovillo y cerró los ojos. Mientras, intentaba recordar los días buenos para que la realidad no la volverse loca.

Escuchó como se abría el portón y apareció uno de los hombres.

—Al menos tenemos a una Cox —dijo en voz alta.

Se trataba de uno de los jefes, el que había mantenido la cara descubierta casi todo el tiempo. Lo había visto el primer día en su casa, pero creía que más de una vez se había cruzado con él en la iglesia, aunque eran tantos que era muy difícil asegurarlo.

—Vamos princesita. Tenemos que darnos prisa —dijo el hombre moviendo la mano.

Ella se quedó quieta, pero él fue hasta el fondo de la celda y aferró con fuerza su mano. Tiró de ella hacia la puerta y ambos salieron de nuevo al pasillo. Cuando llegaron a la primera planta a ella le sorprendió que un ala entera de la casa había desaparecido por completo. El hombre la arrastró hasta el pasillo y la llevó al gran salón.

Allí había otros cuatro hombres. Dos de ellos eran los secuestradores, pero los otros no parecían ese tipo de personas, pensó Jennifer. Uno era muy anciano y se apoyaba sobre un bastón de madera; el otro estaba en el suelo y tenía una herida en el rostro.

—Mi niña está bien. Veo que no has sufrido ningún daño. El tornado casi termina

con nosotros, pero aquí estamos sanos y salvos. Tu padre diría que gracias al buen Dios, pero yo no creo que él prefiriera tenerme con vida. Siéntate, no te preocupes, muy pronto toda la familia estará de nuevo reunida.

La niña se acercó al sillón en silencio; aquel anciano le producía una sensación desagradable, pero prefirió no llevarle la contraria. La sala estaba casi intacta, pero por los grandes ventanales se observaban los resultados del tornado. Árboles arrancados de cuajo, ramas por todas partes, el cobertizo hundido y restos del tejado, las paredes y los muebles de la casa desperdigados por todos lados.

El tornado se alejaba en el horizonte. El cielo, casi negro hasta ese momento, dejaba que algunos rayos de luz atravesaran las nubes grises, como si el mundo volviera a renacer de nuevo. Jennifer pensó que tal vez aquel día no era el del fin del mundo, pero estaba equivocada. Cada día el mundo terminaba para decenas de miles de personas que volvían a la nada de donde habían surgido sin que nadie pareciera estar interesado en lo que les sucedía. La familia Cox no sería una excepción. Dentro de poco su desaparición sería apenas una anécdota que había sucedido unos años antes, pero a la que nadie daba importancia.

26

LA TENTACIÓN

Cuando el viento huracanado por fin cedió, Maryam bajó lentamente del árbol. Sangraba por los brazos, el cuello y las piernas. Se sentía agotada y dolorida y sabía que era el momento de huir e intentar esconderse de nuevo. Miró el viejo jardín destrozado por el tornado: en apenas media hora estaría en la carretera y no tardaría mucho en buscar una nueva identidad e intentar rehacer su vida. Nunca lograba deshacerse de todos sus fantasmas, pero al menos lucharía por intentarlo de nuevo.

Las dos mujeres que había en su interior comenzaron una pugna silenciosa. Maryam sabía que la fuga de la cárcel y su llegada a los Estados Unidos eran una oportunidad única para continuar con su vida, si es que a lo que tenía antes de que la atraparan se le podía llamar realmente vida. May, en cambio, quería salvar a la familia Cox y por ese propósito había recorrido miles de kilómetros. Por su locura casi dos familias completas habían desaparecido; redimiendo a una pagaría en parte sus culpas.

La mujer se lavó las heridas por encima en una fuente del jardín y después buscó algo que le sirviera como arma. En el suelo había todo tipo de hierros retorcidos y maderos, pero al final se decidió por una especie de gancho que debía haber pertenecido a un perchero. Lo metió detrás de su falda y se encaminó hacia lo que quedaba en pie de la casa.

El Círculo, el maldito Círculo, la intentaba destruir de nuevo, pero esta vez no se dejaría manipular tan fácilmente. El anciano solamente era uno de los doce miembros del consejo de la corporación, pero como presidente era el que movía los hilos del resto. Aún recordaba su cara demacrada unos años antes, cuando entró en la organización y para demostrar su lealtad tuvo que eliminar al que hasta ese momento había sido el único hombre que la había amado. Pero ellos lo daban todo y por eso lo podían todo.

El recibidor había desaparecido por completo y la gran moqueta estaba cubierta de los objetos más dispares. Logro esquivar todos los obstáculos y dirigirse a la parte de piedra que había resistido mejor el tornado. Entonces vio cómo Ezekiel Cox, su esposa y su hijo salían de uno de los cuartos. Al girarse y verla con aquel aspecto se sobresaltaron.

—¿Dónde va usted? —preguntó el hombre mientras la apuntaba con una pistola.

—Eso ya no importa. Deben marcharse, yo los entretendré —dijo la mujer.

—Mi hija está con ellos —respondió el hombre.

—Pónganse a salvo, yo haré todo lo posible por liberarla.

—¿Por qué iba a confiar en una desconocida?

El hombre la miró directamente a los ojos. No creía ni una palabra de lo que pudiera decirle aquella mujer. Era una mujer desconocida y no iba a dejar la vida de su hija en sus manos.

—¡Maldito estúpido santurrón! ¡Le he dicho que saque a su familia de aquí! Esa gente no dudará en matarlos a todos. ¡Fuera! —gritó la mujer mientras le cogía del cuello de la camiseta que había logrado encontrar entre los escombros.

Julia dio un paso al frente, pero Maryam sacó el gancho y lo colocó en el cuello del hombre.

—¿Prefiere que sea yo la que descuartice a su esposo? Vayan y pidan ayuda.

La mujer se quedó aturdida por unos momentos, pero al final aferró la mano de su esposo y su hija. Maryam soltó al hombre y la familia Cox se dirigió a la salida. Ella esperó a que se perdieran entre los árboles antes de entrar en la sala. Sabía que tendría que enfrentarse a varios hombres armados y al anciano, que aunque parecía débil era el más astuto de todos.

—Ahora te necesitaría más a ti, Maryam, pero de esto me tengo que encargar yo sola —de dijo así misma para darse algo de valor.

Cuando abrió lentamente la puerta no pudo imaginar la mezcla de sentimientos que se cruzarían en su mente y corazón. Llevaba tanto tiempo anestesiando el alma que aquella sensación le hizo sentir confusa y vulnerable. Debía hacer un último esfuerzo y negarse a percibir cualquier tipo de emoción.

—La propia Maryam Batool ha venido a unirse a la fiesta —dijo el anciano al verla entrar. El resto de los secuestradores apuntaron sus armas hacia ella.

—Creo que han organizado todo esto por mí. ¿Cómo no iba a presentarme? —contestó la mujer.

—Bueno, la familia Cox también se había convertido en un estorbo. Algunas veces es mejor matar a dos pájaros de un tiro. Al fin y al cabo, organizamos un plan perfecto. Un psicópata llamado Matthew secuestra a la familia Cox. El agente Anthony decide liberar a Maryam Batool y traerla a Estados Unidos para que le ayude en el caso con la colaboración de la psiquiatra Grace Kung. Grace se suicida en Escocia al verse descubierta y la loca de Maryam Batool se fuga sin dejar rastro, después de ayudar a su amigo Matthew a asesinar a toda la familia y al agente Anthony. Nosotros eliminamos a la única persona que podría descubrirnos ante la opinión pública y todos felices.

—Bueno, las cosas al final no han sido tan fáciles. Además, creo que se ha dejado un par de cabos sueltos —contestó la mujer.

—Esto es la vida, no una novela. En la vida siempre quedan cabos sueltos —contestó el anciano mientras se sentaba en la butaca.

—La familia Cox ha escapado casi al completo. Además, antes de que me detuvieran en el Caribe dejé a buen recaudo los documentos que escondí antes de que me encerrara en el psiquiátrico. En caso de que muera o desaparezca sin dejar rastro durante más de un año, él sacará toda esa información a la luz. Estoy convencida de

que muchos periódicos de los Estados Unidos y el Reino Unido estarían gustosos de publicar esa información.

El anciano refunfuñó, aunque también había previsto ese inconveniente. Obligaría a Maryam a que revelase dónde se encontraba toda la documentación.

—Ahora que eres una buena chica será más fácil convencerte de que nos des lo que es nuestro. Por favor, acercadme a Jennifer.

Uno de los secuestradores llevó a la niña hasta el hombre. Él la sentó en su regazo y mientras acariciaba su pelo rubio con sus dedos huesudos le dijo:

—Si colaboras con nosotros podrás salvar a la niña y al agente, de lo contrario los mataré a los dos y tú correrás la misma suerte. ¿No querías convertirte en salvadora? Pues esta es la oportunidad perfecta.

Maryam se quedó pensativa. Sabía que aquel tipo de dilemas siempre resultaban un desastre y nada le garantizaba que el anciano cumpliera su palabra, pero debía intentar ganar tiempo.

—De acuerdo, pero necesito algunas garantías. En primer lugar, liberarán a la niña y a Anthony. Yo respondo por ellos. Pueden hacerme lo que quieran. Les diré dónde se encuentra el lápiz USB y el resto de los documentos.

—Perfecto. Levantad a ese patán del suelo.

Dos de los secuestradores pusieron en pie a Anthony, que no dejaba de bambolearse de un lado al otro. El agente parecía encontrarse aturdido y sangraba por la espalda, la ceja y la mejilla. El anciano empujó a la niña al lado del hombre y después sonrió. Sus dientes eran perfectos, pero había algo verdaderamente malévolo en el rostro. La niña sintió un gran alivio al alejarse de aquel individuo.

—Sáquenlos de aquí y llévenlos al vehículo que tenemos en el garaje.

Cuando el anciano se quedó a solas con la mujer y dos de los secuestradores comenzó a explicarle lo que realmente quería de ella.

—No me importa lo que le pase a ese perdedor ni a Jennifer; estoy seguro de que se ocultará en el pueblo más alejado de Escocia e intentará proteger a su hija. Pero el matrimonio Cox debe morir. Ezekiel es demasiado testarudo y no parará hasta descubrir a la opinión pública qué es El Círculo.

Maryam hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía que aquello era lo mismo que volver a vender su alma al Diablo, pero no veía otra alternativa.

—Si no haces lo que te pedimos, Jennifer y su hermano William morirán, y también la hijita del agente. ¿Lo has entendido?

—Sí, lo he entendido.

—Tienes exactamente cuarenta y ocho horas; después ya no servirá de nada lo que hagas, todos ellos morirán. Ahora indícame exactamente dónde tienes nuestros papeles.

Cinco minutos más tarde la mujer salió del cuarto. Se dirigió directamente al sótano y cuando llegó hasta el vehículo los dos matones la dejaron pasar y sentarse en el asiento del conductor. La mujer les miró con desprecio. Aquellos tipos eran

mercenarios capaces de hacer cualquier cosa para ganarse su sueldo.

Miró por el espejo y vio a Anthony con la cabeza caída hacia un lado y Jennifer con la espalda tiesa, como si el respaldo tuviera pinchos.

El vehículo salió al bosque. El camino que rodeaba la casa estaba totalmente cubierto por restos del edificio, ramas caídas y todo tipo de objetos, pero logró dar un rodeo y llegar a la parte frontal. La vieja mansión victoriana estaba completamente destrozada; únicamente el ala este se mantenía en pie. Se adentraron en el camino y vieron una especie de línea paralela de destrucción que había creado el tornado a su paso.

Cuando salieron de la finca principal torcieron directamente hacia Houston. De alguna manera Maryam sabía que los Cox habían optado por ese camino para ir a pedir ayuda.

Mientras se alejaban de la mansión todos experimentaron una especie de alivio, como si la atmósfera maléfica que desprendía la casa hubiera desaparecido de pronto, pero ella sabía que no era así. En sus frágiles hombros llevaba un peso insostenible. Fuera cual fuese la decisión que tomara, mucha gente sufriría.

Llevaban unos kilómetros en la carretera cuando vieron a tres figuras caminando debajo de la lluvia. Eran los Cox. Maryam puso el intermitente y detuvo el coche justo al lado. Cuando Julie y Ezekiel vieron a su hija Jennifer en la parte de atrás corrieron a abrir la puerta y la abrazaron emocionados. Mientras la familia no dejaba de besarse y llorar, la mujer les observaba por el retrovisor. Aquello era una familia, algo que ella nunca había tenido; sintió cómo su corazón se partía en dos. En aquel momento comprendió por qué May se había ocultado durante tanto tiempo bajo el caparazón de Maryam. Era muy difícil hacer las cosas bien y arriesgarse a amar. La compasión era la forma de debilidad más extrema que había conocido, capaz de exterminar a pueblos enteros, pero al mismo tiempo tenía un poder inigualable. Una especie de fuerza capaz de cambiar el mundo. Miró por un instante los intensos ojos de Ezekiel Cox y vio aquel tipo de amor. Después arrancó el vehículo y se dirigió a casa.

27

COMPASIÓN

Maryam Batoool se dio cuenta de que el anciano tenía razón. La gente siempre creía lo que realmente quería creer. No le había costado mucho convencer a la policía de Houston y al FBI de que el asesino de Robert y Betty Cox no había sido otro que Philip, que además aparecía en las grabaciones de la biblioteca. Philip se había hecho pasar como Matthew en las cartas que enviaba a Maryam en la cárcel. El agente Maldonado se había quitado la vida tras descubrir que toda su familia había muerto en un desgraciado incendio.

Anthony apenas recordaba nada. Había estado inconsciente la mayor parte del tiempo y la familia Cox parecía tan contenta que apenas habían hecho declaraciones hasta el momento, aunque la policía debía interrogarlos al día siguiente. El agente de la Interpol y Maryam entraron en el edificio escoltados por la policía. La familia Cox al completo les esperaba en la entrada. No parecían los mismos totalmente arreglados y duchados. La primera en acercarse a ellos fue Jennifer, que entregó a la mujer un ramo de rosas blancas.

—Gracias —dijo Maryam mientras la niña le abrazaba.

William también se acercó y abrazó al agente y a la mujer.

—Muchas gracias por haber salvado a mi familia, a casi toda... —dijo Julie. Su traje sencillo y una rebeca color marrón la avejentaban un poco, pero aún conservaba toda su hermosura. Intentó tragar saliva, pero no pudo evitar que dos lágrimas surcaran sus bellos pómulos hasta la barbilla.

Ezekiel se acercó a su esposa y la besó en la mejilla.

—Todavía estamos intentando hacernos a la idea de que Betty ya no está con nosotros. Afortunadamente, sabemos que se encuentra al lado de su Salvador. Puede que el mundo no estuviera preparada para una niña tan dulce y amorosa. Dios se la llevó a su lado y ahora nos espera en los Cielos.

Después de un largo silencio, Julie reaccionó y les pidió que se dirigieran al salón principal para tomar algo fresco. Tras el tornado había vuelto el calor y el ambiente bochornoso era asfixiante.

—Cariño, mientras sacas de la nevera la limonada, quiero enseñarles mi biblioteca a los agentes.

Ezekiel les cedió el paso y los tres se dirigieron al despacho. El cuarto era muy amplio; las paredes estaban forradas por unas estanterías de color caoba y llegaban hasta el alto techo. Una escalera dorada en uno de los lados te llevaba a una especie de pasarela que te permitiría ver los títulos de más arriba. En un rincón, junto a la chimenea, había dos sillones de cuero y una mesita; al otro el gran escritorio y una

silla alta de piel con el mismo tono de los sillones, que indicaba el lugar de trabajo del pastor.

—Mañana iré a hablar con la policía con mi familia. La verdad que es muy difícil recordar todo lo sucedido. Además de doloroso, también es muy confuso. Imagino que es normal. Algunos psicólogos piensan que el estrés postraumático puede borrar muchos datos de nuestro cerebro.

—Sí, de alguna manera la mente nos protege siempre de los recuerdos más dolorosos, de otra manera no podríamos vivir con nosotros mismos —le contestó la mujer.

—De todas formas, recuerdo perfectamente la cara de esos tipos, en especial del anciano. Aquel tipo dijo que usted era una peligrosa psicópata llamada Maryam Batool, pero hoy he leído que esa mujer escapó hace dos días de una cárcel de alta seguridad en Escocia y se suicidó introduciéndose en el mar.

—Aquel viejo formaba parte de la secta extremista; seguramente intentó que creyera eso para poder manipularle —dijo Anthony. No recordaba nada de aquello, pero no podía desvelar la identidad de la mujer sin meterse en graves problemas.

—Imagino que en momentos de puro fanatismo como aquellos son capaces de casi cualquier cosa —dijo el pastor.

Maryam notó cómo se le ponían rígidos todos los músculos de la espalda. En su interior se producía una gran lucha interior, aunque intentara disimularla.

—¿Cómo logró salvar a la niña y al agente? Jennifer nos ha comentado que la dejaron a solas con el anciano y que a ellos les llevaron a un coche; después llegó usted y simplemente la dejaron escapar. ¿No le parece todo demasiado extraño?

El agente miró sorprendido a la mujer. Aquello no coincidía en nada con lo que le había contado Maryam. Ella se giró e intentó sonreírle, mientras con la mano derecha palpó suavemente la pistola que llevaba escondida. El tiempo se agotaba y cada vez tenía más dudas. Tal vez, si advirtiera a los Cox, la policía podría protegerlos hasta que descubrieran a todos los miembros de El Círculo, pero ella albergaba serias dudas. Los miembros del consejo tenían suficiente poder para localizar a unos testigos protegidos y eliminarlos. Aunque ella aportara todas las pruebas que había reunidos contra ellos durante años, ¿quién le aseguraba que no se vengarían asesinando a toda la familia Cox y a la hija de Anthony?

—¿Nos puedes dejar a solas? —dijo de repente la mujer.

—¿Por qué? —preguntó el agente.

—Tengo que hablar en privado con el pastor —contestó Maryam.

—Pero...

—Por favor, no hay ningún problema. Ahora mismo nos reuniremos con ustedes.

Cuando se quedaron completamente solos, la mujer se apoyó en el respaldo. El hombre se inclinó hacia delante y le dijo:

—Déjeme que le cuente una historia, señorita Grace. Hace mucho tiempo hubo una gran hambruna en una ciudad asediada por unos enemigos feroces. Después de

varias semanas sufriendo penurias y los ataques de los ejércitos enemigos, muchos de los habitantes de aquella ciudad asesinaron a sus propios hijos para sobrevivir. Al final el rey de aquellas tierras logró romper el asedio y liberar a sus habitantes. Por desgracia, se habían cometido tantos desmanes entre las murallas que el rey pasó los dos días siguientes intentando impartir justicia entre los supervivientes. Como podrá imaginar, la mayoría de los casos eran terribles. Mucha gente había robado, violado y asesinado a sus vecinos, pero el peor crimen sin duda había sido dar muerte a sus propios hijos para alimentarse de ellos. El último caso que se presentó ante el rey era uno de los más difíciles de resolver. Dos madres reclamaban a uno de los pocos bebés que habían sobrevivido al asedio. Una de las madres decía que era su hijo y que la vecina lo había robado en un momento de descuido; la otra mujer se defendía diciendo que ella era la auténtica madre y que su vecina había asesinado a su propio hijo para sobrevivir. El rey era un hombre sabio y justo, pero como no había testigos debía confiar únicamente en el testimonio de las dos mujeres, pero ¿cómo saber cuál de ellas decía la verdad? Al final decidió que los guardas trajeran al bebé y lo colocaran encima de una bella mesa de ébano. Dejaron al angelical retoño sobre la mesa. El niño les observó con sus hermosos y curiosos ojos negros y el rey tomó de uno de sus guardas una larga espada. Después les dijo: «Las dos dicen ser la madre de esta criatura. No hay testigos que puedan ayudarnos en esta causa y el niño es demasiado pequeño para que nos diga quién es realmente su madre. Lo que haremos será dividirlo por la mitad y cada una de ustedes se llevarán una parte del bebé». Una de las madres comenzó a llorar y con todas sus fuerzas suplicaba que le dieran el bebé a la otra, pero que no lo hicieran daño. La otra se limitó a mirar al bebé indiferente. El rey se giró furioso hacia la madre que tenía a su izquierda y le dijo: «Si eres capaz de permitir que se parta a un bebé por la mitad, tú no eres la verdadera madre del niño». Después bajó la espada con toda su fuerza y mató a la mujer. Acto seguido entregó el bebé a su verdadera madre.

Ezequiel miró a la mujer tras terminar su relato. Ella no sabía a dónde quería llegar con todo aquello, pero se limitó a sacar disimuladamente su arma y colocarla al lado de la pierna.

—¿Cuál es la moraleja de la historia?

—Querida Grace, la moraleja de historia es muy sencilla. Los que afirman vivir y decir la verdad son capaces de sacrificar todo por ella; los mentirosos se conforman simplemente con quedarse con lo que no le corresponde.

—Pero a veces hay que perder al bebé para salvarle de una muerte terrible — comentó Maryam.

—El bebé nunca estuvo en peligro. En el fondo el rey sabía que una verdadera madre nunca permitiría que asesinaran y descuartizaran a su propio hijo.

Maryam se dio cuenta de que el pastor sabía quién era y exactamente por qué estaba aquella noche en su casa.

—Para usted, ¿qué hubiera sido más importante? ¿Qué se salvara el niño o que se

hiciera justicia?

—No se puede separar a una cosa de la otra. ¿Piensa que una madre capaz de asesinar a su propio hijo cuidaría mejor el de otra mujer?

—Imagino que no.

—Usted nos ha mentado a todos. ¿Verdad? Permitted que Grace Kung ocupara su lugar en la cárcel de alta seguridad. Después, gracias a su muerte, se convertía en una persona completamente libre. Salvó el pellejo llegando a alguna clase de acuerdo con el anciano. ¿Qué le pidió? ¿Qué nos asesinara?

La mujer acarició el gatillo del arma. Ezekiel se puso en pie y se aproximó a su escritorio. Se sentó en el filo de la mesa y miró fijamente a la mujer.

—Tengo que hacerlo si quiero salvar a sus hijos.

—La «madre asesina» se hace cargo de los retoños de dos pastores. Una serpiente cuidando a dos polluelos.

—¿Por qué no se lo ha contado a la policía? —preguntó Maryam inquieta.

—El rey no supo quién era la verdadera madre hasta que levantó la espada para partir al bebé en dos. Todo lo que le he dicho eran conjeturas. No entendía cómo habían salido de allí con vida, pero todo me encajó cuando Jennifer me explicó lo que recordaba.

—Preferiría no tener que hacerlo.

—Me temo que está mintiendo. Una asesina psicópata nunca se arrepiente de lo que hace. No puede arrepentirse.

Maryam se puso en pie y apuntó al hombre con el arma. Ezekiel no se inmutó. La mujer notó una voz desde el fondo de su cabeza, al principio no entendía lo que decía, pero al final lo escuchó con claridad: «Mátalo».

Sintió un escalofrío y comenzó a temblar. ¿Por qué Maryam le animaba a hacer aquello? ¿Desde cuándo la parte asesina de su alma deseaba hacer un acto bondadoso?

—Deje el arma e intentaré ayudarla. Su alma está controlada por otro ser que no es usted.

—¿Se ha vuelto loco? Simplemente soy una persona enferma, pero he logrado controlarlo. Debo hacer esto para...

—¿Segura? ¿Qué pasó después de que Jennifer y Anthony salieran de la habitación? ¿Lo recuerda?

La mujer intentó regresar justo hasta ese momento, pero su mente parecía bloqueada, como si Maryam estuviera desde dentro bloqueando aquellos acontecimientos en su cabeza.

—Llegué a un trato. Usted debe morir, pero lo hará por una buena causa; salvaré a sus hijos. ¿No es como la historia que me ha contado?

—No, Maryam, usted quiere la mitad del bebé, pero la mitad de un niño partido es simplemente un cadáver.

Comenzó a temblar tan fuerte que sintió cómo una fuerza se apoderaba de ella, un

vigor extraño. Su mente comenzaba a hundirse en la confusión mientras que la voz que le susurraba antes que lo matara ahora se lo gritaba con tal fuerza que creía que le explotarían los oídos.

—No tiene por qué hacerlo —dijo el pastor—, déjeme que la libere. Su alma descansará de una vez por todas.

—¿Que me libere? No necesito que me libere de nada. Estoy haciendo esto por sus jodidos hijos. Vine a los Estados Unidos para salvarles.

—Sabe que eso no es cierto. Planeó todo esto para escapar. Lo que no sabía era que la gente de El Círculo aprovecharía su huida para intentar capturarla y que les devolviera la información que les robó. Recuerdo perfectamente lo que le dijeron —dijo Ezekiel.

—Miente. Tengo que salvarles. Usted no lo entiende. Es un maldito mentiroso. Vivió toda la vida ocultando a su esposa que tenía un hijo. Su hija Betty le odiaba; por su culpa ella murió —dijo la mujer fuera de sí.

—Es cierto, fui un mal padre y un mal pastor, pero al menos he intentado cambiar las cosas. El mal no me controla, pero usted está poseída por él.

La mujer comenzó a insultarle mientras movía el arma sin parar. En ese momento apareció Anthony por la puerta. Cuando vio la escena sacó su arma y apuntó a la mujer.

—Suelta la pistola; por favor, no me obligues a disparar.

—Tengo que hacerlo. Debo salvarles —dijo la mujer sin dejar de apuntar al pastor.

—No tienes que hacerlo, Maryam —contestó el agente.

—No me llames Maryam —dijo la mujer girándose de repente y comenzando a disparar al agente.

Anthony no tuvo tiempo de reaccionar. Sintió dos impactos fuertes en el pecho y se desplomó contra el suelo. Sus ojos miraron el techo alto de la casa y la gran lámpara de cristales que daban extraños destellos por la luz de las bombillas. Después su corazón se detuvo.

Maryam sintió en parte la muerte de Anthony; él no debía morir. No era necesario que muriera.

Ezekiel aprovechó la oportunidad y corrió hacia la salida, pero la mujer se giró con agilidad y disparó al hombre por la espalda. Cayó al suelo en el acto, en medio de un charco de sangre. Después se dirigió hasta la cocina. Julie estaba en ese momento dirigiéndose al salón cuando se la encontró de frente con la pistola en la mano.

—¿Qué ha sucedido?

—Tranquila. Todo está bien —dijo con la pistola aún entre las manos; después apretó el gatillo y alcanzó a la mujer en el brazo, pero cuando volvió a disparar el arma no respondió.

Julie gritó de dolor, pero después se dirigió hasta la encimera y sacó un gran cuchillo de la cuchillera. Cuando se giró vio a Maryam que se lanzaba sobre ella. La

mujer se derrumbó en el suelo, pero intentó hincarle el cuchillo a su agresora. Esta logró frenarle con la mano, pero la mujer del pastor era más fuerte de lo que parecía. Acercó el cuchillo hasta el cuello de la mujer y la afilada hoja le rozó la garganta, que comenzó a sangrar. Maryam apretó con la otra mano la herida del brazo y Julie gritó de dolor, soltando el cuchillo. Maryam comenzó a estrangularla. La mujer luchaba con todas sus fuerzas, pero la falta de aire comenzaba a debilitarle; no podría aguantar mucho. Entonces se escuchó un disparo a sus espaldas y Maryam notó un intenso pinchazo en el brazo.

La asesina se giró furiosa y vio a William con un arma en la mano.

—¡Maldito crío! ¡Hacía esto para salvaros! —gritó mientras atrapaba entre los dedos el enorme cuchillo y se dirigía hacia el chico a toda velocidad.

William se quedó paralizado, pero cuando la mujer estaba a menos de un metro de distancia apretó del nuevo el gatillo, alcanzándola en el costado. La mujer bramó de dolor, pero se lanzó sobre él y lo inmovilizó en el suelo. Levantó el cuchillo gritando:

—¡Lo hacía para salvaros!

Maryam sintió que algo se clavaba en su espalda. Dejó caer el arma de su mano, como si ya no pudiera soportar su peso, y giró levemente la cara. Jennifer la miró aterrorizada, pero terminó sacando la hoja de su espalda para hundirla varias veces hasta que la asesina se derrumbó sobre William, cubriéndole con su sangre. Mientras su corazón dejaba de latir, notó como salía de su cuerpo algo. Llevaba tanto tiempo en su interior que casi se había convencido de que era una parte de ella misma, pero no lo era. Aquel último segundo de liberación le hizo verter una lágrima final mientras el último aliento profundo se la llevaba para siempre de su prisión interior.

EPÍLOGO

Ezekiel Cox tomó la última curva y enfiló el coche hasta el estadio de los Bowers. Su esposa llevaba el brazo en cabestrillo, pero él parecía completamente recuperado de los dos tiros en la espalda. Ninguna de los dos le había tocado un órgano vital, aunque la habían mantenido en el hospital más de un mes. Detrás estaban Jennifer y William. Habían insistido en venir a pesar de que sus padres no querían. Dejaron el coche cerca de la entrada principal y se dirigieron hasta el estadio. Mientras caminaban de la mano Ezekiel pensó por unos segundos en Maryam Batool. Allí había asesinado a su hija Betty unos meses antes, aunque ella misma no hubiera apretado el gatillo. Las heridas de su corazón aún eran profundas, pero no sentía odio. Aquella mujer era una de las principales víctimas de sus asesinatos.

El FBI, tras el intento de asesinato de los Cox y la desgraciada muerte del agente Anthony Wise, había reconstruido lo sucedido en la vieja mansión colonial antes de que Maryam la abandonara. Cuando Jennifer y el agente fueron conducidos al coche, Maryam aprovechó un descuido para sacar el hierro que escondía entre su ropa, cortar el cuello a uno de los guardaespaldas y con el arma de este asesinar al otro secuestrador y al anciano. Después había prendido el salón y bajado al garaje. Los otros secuestradores no sabían nada y la dejaron subir al vehículo. Ella les había asesinado a sangre fría tras sacar el vehículo del garaje y regresar por unos momentos al mismo para penderle también fuego.

Ezekiel estaba convencido de que de alguna manera Maryam había logrado borrar todo eso de su mente. Cuando él le contó sus sospechas ella pareció sorprendida. Después se desató una tremenda lucha interior que terminaron por ganar de nuevo sus demonios interiores.

Julie miró la gran explanada de césped. Sabía exactamente dónde había yacido el cuerpo de su hija Betty. Los cuatro bajaron los graderíos y cruzaron parte del campo. Después se pararon y la mujer se agachó, dejando el ramo de flores sobre la hierba mojada. Después se abrazó a su marido y se echó a llorar.

Ezekiel miró al cielo y contempló una hermosa nube blanca que flotaba solitaria en un océano azulado. Comenzó a llorar recordando todos los buenos momentos que había vivido con su hija, pero después respiró hondo y comenzó a andar de nuevo hacia los graderíos.

Aquella mañana, antes de tomar el coche para rendir un último homenaje a su hija, Ezekiel había visto en las noticia cómo los papeles ocultos de Maryam habían salido a la luz destapando la compleja estructura financiera de El Círculo. Sin duda, que unos pocos millonarios avariciosos y una organización criminal que utilizaba la economía mundial en su propio beneficio terminaran en la cárcel no cambiarían

radicalmente la situación del mundo, pero se sintió aliviado al saber que al menos Maryam Batoool había hecho algo bueno por los demás, aunque fuerza en su último acto de venganza.

Llegaron a lo más alto del graderío y se giraron de nuevo. El color de las rosas blancas brillaba sobre el césped verdoso. Desde aquella distancia no podían percibir su perfume, pero los Cox sintieron que aquella última fragancia era la oración que todos ellos dedicaban a la memoria de Betty. Después se dirigieron a la salida con la seguridad de que algún día volverían a verla y serían una familia completa de nuevo.

Notas

[1] Versión Reina Valera 1960, Éxodo 12:28. <<

[2] Versión Reina Valera 1960, 2 Samuel 22:45. <<

[3] Versión Reina Valera 1960, Mateo 3:24. <<

[4] Versión Reina Valera 1960, 1 Corintios 13:12. <<